

RONQUILLO

VIAJE DE NOVIOS

FLOR QUE RENACE

SEGUNDA EDICIÓN

TALLERES TIPOGRÁFICOS DE «LA UNIÓN»

—
1917

Herminio Briceño m. DC. 10/99 Ocesionad \$10000.

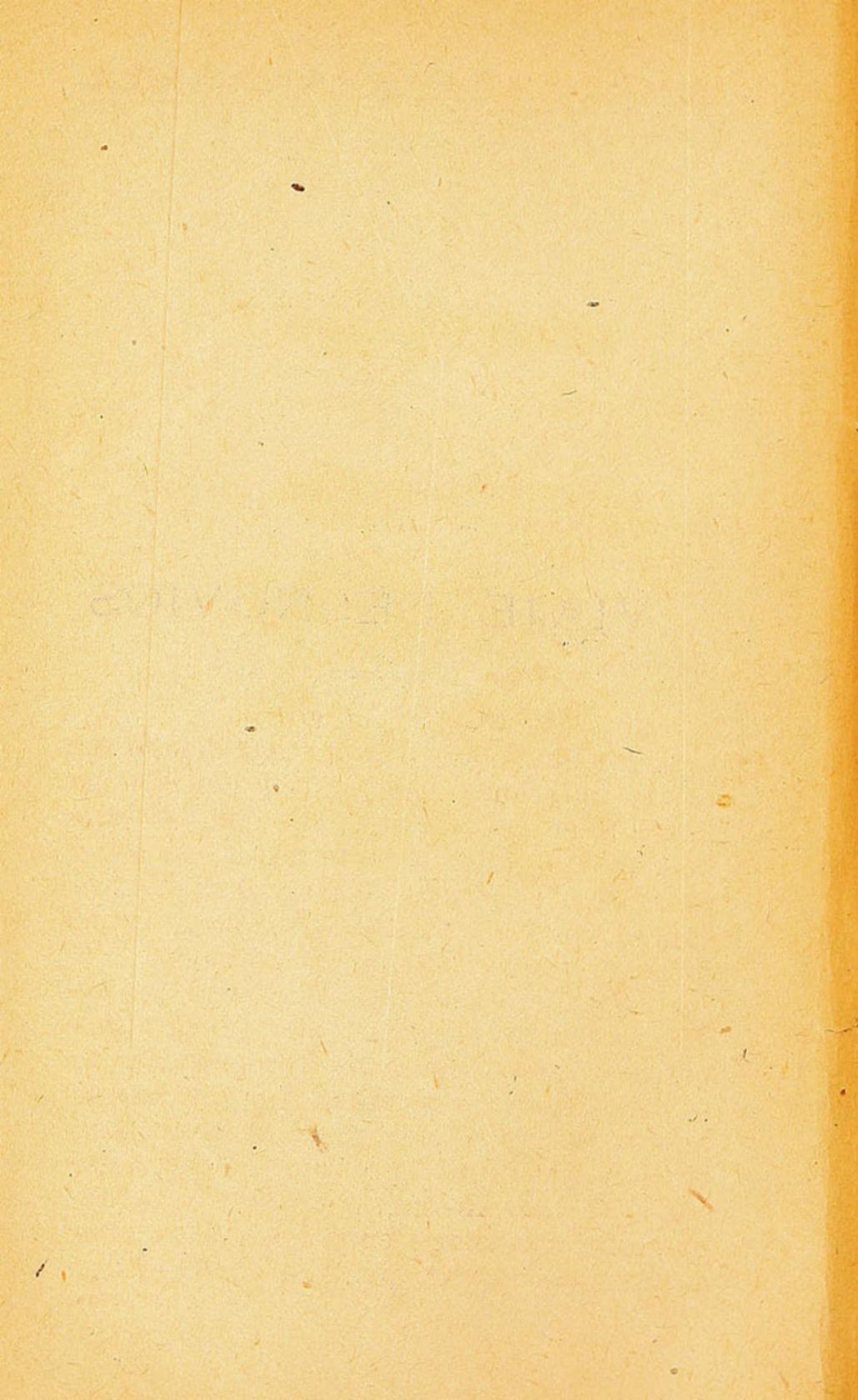
180076

Es propiedad

Amal Dominguez

1918

VIAJE DE NOVIOS





I

—¿De Concepción? Entonces, debe ser de José María, y seguramente me trae noticias de la presunta prenda. Veamos lo que dice.

Abrió Emilio la carta y leyó en ella lo siguiente:

“Mi querido amigo:

Por el silencio en que has dejado mis cartas anteriores después del empeño que gastaste en pedirme los datos que necesitabas, veo que todavía no te decides ni por el pro ni por el contra. Entre tanto la chica espera y, sobre todo, desea que haya alguna decisión para decidirse ella también.

Ya te he dicho en mis anteriores que Julia es una niña meritoria, de familia respetable y muy estimada en Concepción; no le han faltado pretendientes, y últimamente, esto es, desde hace unos seis meses, estaba muy dispuesta a aceptar compromiso con José Luis Rodríguez y hasta hubo algo parecido a noviazgo entre ellos. Pero como en las vacaciones últimas se encontró con-

tigo en los Baños de Catillo y como tú te le acercaste mucho y emprendiste popoleo serio, de éstos que van rectamente al matrimonio, el joven Rodríguez se quedó mirando a la luna, pues la chica, al volver de Catillo, se le mostró menos accesible y el noviazgo comenzó a eclipsarse.

Por tu parte, bien recordarás que tomaste la cosa con calor y de ahí las cartas frecuentes, en que me pedías datos, noticias e informaciones, todo lo cual te lo envié con oportunidad y francamente favorable, pues Julia, sin ser la 'deidad de los enamorados, es una niña que vale la pena. Pero después de esto, te has enfriado y cuando esperaba verte llegar para venir a pedir a la dama, tus cartas se distanciaron y al fin cesaste de escribir.

Comprendo que están en lucha dentro de tí la natural inclinación a la libertad y la soltería, de una parte, y, de la otra, el cariño que te inspiró Julia, y el pensamiento, muy natural en un individuo de buena conducta, de que el matrimonio es necesario. Pero es menester que te resuelvas luego, pues esta situación no se puede prolongar, honradamente.

Es verdad que no has contraído ningún compromiso con Julia, pero en tus pololeos con ella adelantaste lo bastante para que ella tenga perfecto derecho a esperar que tú te resuelvas o a pedirla o a dejarla decididamente en libertad. Que te tiene cariño, yo mismo puedo atestiguarlo, aunque ese cari-

ño no llegue a pasión; que serías muy bien recibido en la familia, no hay que dudarle tampoco, pues un novio como tú cae admirablemente en todas partes; y por esto mismo es tanto más necesario que adoptes una resolución.

Además, el joven Rodríguez, que se ha retirado de Julia y que tiene pendiente otro compromiso por otro lado, no pierde del todo las esperanzas. Si tú no renuncias todavía a ser soltero o no te decides por Julia, avísamelo luego, pues se lo haré saber a ella con cierta diplomacia, y todavía será tiempo de que se reanuden sus antiguas relaciones con el referido joven. Mas en la situación actual, ni tú te resuelves a pedir a Julia, ni Julia desahucia definitivamente a Rodríguez, ni Rodríguez ajusta su matrimonio con la otra dama, que es una de las niñas más interesantes de esta ciudad.

Espero, pues, carta y respuesta tuya definitiva y que ponga término a este cobreallá, para que todo quede en su lugar correspondiente.

Y con esto y con el mismo sincero afecto de siempre, te saluda tu amigo de corazón,
—José María Zamora.”

Dejó Emilio la carta sobre la mesa y comenzó a pasearse por el escritorio y a dar vueltas interiormente a aquel problema.

—Es indiscutible—pensaba— que debo casarme: tengo 28 años, que son una buena edad; a nadie daño con hacerlo, pues mis her-

manas están bien colocadas con buenos maridos y no necesitan de mí; dinero me sobra, pues el oficio de corredor me deja holgadamente cinco mil pesos mensuales y, aunque no he sido económico, he capitalizado buenas sumas. Y si sigo esta vida de soltero, acabaré por dejar de ser joven y me casaré tarde y mal, si es que no me ocurre algo peor y que me inhabilite socialmente. ¿Pero he de casarme precisamente con Julia del Valle? “Ecco il problema”. Es buena moza, simpática, inteligente, de familia respetable y acomodada: todo esto es muy cierto; pero...

“Pero... mientras conversaba con ella en los Baños, me sentía tentado a cada momento a jurarle amor y a pedirle la mano; y apenas dejaba de verla, se me enfriaba el entusiasmo y sentía renacer el amor a la libertad. Luego, no me llena el corazón. Sin embargo, otro tanto me ha ocurrido con dos o tres niñas, si bien con ninguna adelantaron las cosas tanto como con Julia; y sospecho que lo mismo puede ocurrirme después con otras; y así acabaré por no casarme nunca.”

Y continuó monologando, inclinándose a veces a un lado y otras al otro; mas a medida que profundizaba en el asunto, hablaba más y más alto la razón y al fin concluyó por decir:

—Pues, paso el Rubicón: lo demás es tontería y sacarle el cuerpo a una solución que tiene que venir. Me caso con Julia y creo que hago un buen matrimonio. Y lo mejor es proceder pronto y decididamente.

Se metió la carta en el bolsillo, llamó a su empleado principal, le dió detalladas instrucciones para que procediera durante cinco o seis días de ausencia, salió de la oficina, se dirigió al telégrafo y envió a su amigo de Concepción el telegrama siguiente:

“Voy mañana miércoles por el expreso, para definir el asunto pendiente.”



II

Al día siguiente, a las 7.25 A. M., tomaba Emilio el expreso para Concepción; escogió asiento, compró los diarios de la mañana y se sentó a leer.

El coche se llenó rápidamente y muy pronto no quedó sino un solo asiento desocupado: precisamente al lado del que ocupaba Emilio.

En San Bernardo se detuvo el tren como de costumbre y entraron varios pasajeros, pero Emilio no paró atención en ellos, hasta que oyó decir a uno, sentado a corta distancia y que se dirigía a un vecino:

—¡Fíjate! ¡qué niña tan interesante!

Levantó la vista y vió venir a tres o cuatro hombres que buscaban asiento ansiosamente y detrás de ellos una dama que era realmente hermosa: alta, muy gallarda, esbelto cuerpo, cabellos castaños que se escapaban del sencillo sombrero con opulencia mal contenida, ojos pardos, grandes y muy vivos, y vestida con elegantísima sencillez. Avanzaba por el pasillo, entre los asientos, también en busca de uno, llevando en una

mano un maletín y en la otra una cartera colgante y una sombrilla, y andaba con paso ágil, resuelto, y escrutando con los ojos el carro entero.

Apenas tuvo Emilio algunos segundos para mirarla, pues llegaron hasta él los otros viajeros que buscaban dónde instalarse y uno de ellos le preguntó:

—¿Está desocupado ese asiento, señor?

Pero otro de los viajeros, más emprendedor y resuelto, adelantó una pierna para pasar por delante de Emilio y ocupar el sitio vacante.

—Nó, señor—, contestó Emilio, y al mismo tiempo cerró con un brazo el camino al que se adelantaba y lo hizo detenerse y retroceder.

—¿Y por quién va ocupado?—preguntó el detenido.

—Por esta señorita que viene detrás de Uds.

Volviéronse los otros para mirar a la dama y Emilio aprovechó el momento para levantarse, y dirigiéndose a la viajera:

—Señorita — le dijo—, aquí tiene Ud. asiento.

—Gracias—respondió ella con una voz muy fresca, sonora y argentina, y pasó delante de Emilio a ocupar el sitio que éste le designaba, mientras los viajeros le echaban miradas codiciosas y se volvían para buscar acomodo en alguna otra parte.

—Los dos carros de primera vienen completamente llenos—dijo uno.

—Tendremos que ir de pie—dijo otro— hasta que se desocupe un sitio.

Entre tanto la viajera, galantemente atendida por Emilio, se instalaba en aquel asiento, después de colocar en la rejilla los objetos que traía en la mano.

—Repito mis agradecimientos, señor— dijo en seguida a Emilio—: sin su galantería tan oportuna, habría hecho “a pie” un viaje de tantos kilómetros.

—¡Eso nó, señorita! ¿No cree Ud. que todos nos habríamos levantado para cederle el asiento?

—Pues, no lo creo. Ya ve Ud.: he recorrido todo el carro en busca de sitio y nadie se movió para cederme el suyo. Ha sido Ud., pues, una excepción, porque se sacrificó... dándome un asiento desocupado.

Y dijo esto con aire de verdadera travesura, alegremente, como persona de buen humor que da y recibe una broma de buen gusto.

—¡Y qué sacrificio tan bien y tan prontamente recompensado, señorita! En cambio de él, quedo yo en tan amable compañía.

—Hasta con tiempo para aburrirse, pues mi viaje es muy largo.

—¿Y a dónde va Ud., señorita, si no es indiscreción preguntárselo?

—A Concepción, señor, y por consiguiente me ha prestado Ud. un servicio muy grande, de 580 kilómetros de largo.

—Celebro oírsele, pues yo también voy a Concepción.

—¿De veras? ¡qué casualidad! Está Ud., pues, condenado a mi compañía con carácter de incurable, a menos que prefiera Ud. cambiar de sitio con algún otro viajero.

—Por mi parte, protesto que nó, con muchísima energía; pero bien puede ser que Ud. quisiera que yo hiciera el cambio.

—No faltaría algún interesado, me parece; pues hace un momento, al recorrer el carro, un boquiabierto me lanzó un chicoleo al pasar, como quien caza una perdiz al vuelo. Pero, no tengo interés alguno en cambiar de compañero: nadie me sigue y voy completamente sola.

—Y eso me ha llamado la atención, pues no es cosa frecuente que una dama chilena y de sus condiciones se atreva a hacer sola tan largo viaje. Hubiera sido más conveniente para Ud. tomar pasaje en el Pullman.

—Cuando pedí asiento en él, ya estaban todos tomados. Además, con un poco de reflexión, cualquiera puede hacer otro tanto: confío en la seriedad y buena educación de los demás viajeros: y confío en que, si hubiera alguno tan descortés para faltar al respeto que se debe a una dama, habría otros que lo hicieran entrar en vereda; y si no los hubiera, créame que no me faltarían medios de hacerme respetar.

—He ahí algo que manifiesta una energía femenina muy poco frecuente.

—Es rara, no lo niego, pero en mí tiene su explicación. Soy la menor y la única mujer entre cuatro hermanos: los tres recibie-

ron una educación muy a la inglesa, con mucho box, mucha equitación, mucho “sport”; y yo, educada en ese mismo ambiente, he sido y soy amazona, Diana cazadora, me he habituado a los ejercicios físicos, sin descuidar la educación intelectual y propia de una dama cristiana, y así me he acostumbrado a valerme a mí misma y hasta he ayudado a mi padre en algunos negocios. Soy, pues, hasta cierto punto una mujer inglesa en el carácter y en la educación.

—Pero nó en lo físico, señorita.

—¿Porque no soy rubia?

—Porque todo su sér protestaría contra tal afirmación. ¿No sabe Ud., señorita, que la humanidad se divide en hombres, mujeres e inglesas?

—No lo sabía, ¡y vea usted cuánto se aprende en los viajes! Mas, volviendo a lo primero, quedamos en que somos compañeros de viaje hasta Concepción.

—Para mucha honra mía, si se digna Ud. aceptarme como tal.

—Aceptado, y desde luego es bueno que nos conozcamos: Valentina Reyes, menor de edad, hija de familia, entregada a las labores de su sexo y servidora de Ud.

—Emilio Campos, mayor de edad, corredor de comercio, y su atento y seguro servidor.

Y ambos se estrecharon las manos con toda cortesía y solemnidad.





III

Riéronse ambos de buena gana después de esta solemne presentación, y mientras seguían charlando se acercó a ellos uno de los pasajeros, que llevaba trazas de haber pasado la noche o la mañana bebiendo y apenas había logrado oírse.

—Mire, compañero—dijo en voz alta dirigiéndose a Emilio—¿quiere hacerme el servicio de cederme su lugar un momento?

—¿Y con qué derecho me hace Ud. tal petición?—preguntó a su vez Emilio.

—Porque no ha de ser Ud. el único que goce de tan grata compañía. Le tocó la suerte de que esta dama se le sentara al lado, y creo que bien puede concederme ahora a mí el turno de picar en tan exquisita fruta.

Y dijo esto el intruso con la tartamudéz de su mal desvanecida borrachera. Iba a contestar Emilio, pero se adelantó Valentina, que preguntó muy seria:

—¿Me encuentra Ud. cara de fruta?

—¡Y deliciosa!

—¿Y Ud. quiere sentárase al lado tal vez para ponerme en aguardiente?

Soltaron la carcajada algunos viajeros que habían vuelto la cabeza al oír el diálogo, y uno de ellos se levantó, tomó al borracho y se lo llevó a su asiento.

—Ya vé Ud. , señorita, cómo tiene sus peligros el viajar sola—observó Emilio.

—Y ya vé Ud. también que no falta quién contenga a un irrespetuoso—contestó sonriendo la muchacha. — Pero volvamos a nuestra conversación. ¿Me dice Ud. que es corredor de comercio?

—Sí, señorita.

—¿Y qué es eso?

—Los corredores son individuos que se encargan de comprar y vender valores por cuenta ajena.

—¡Ah, ya! Son los que juegan en la Bolsa: ¿no es verdad?

—Sí, señorita.

—Pues tengo la idea de que el juego de la Bolsa es algo parecido a la caña de pescar.

—¿Por qué, señorita?

—Porque se dice que la caña es un instrumento que principia por un anzuelo y acaba por un tonto, y el juego de la Bolsa tiene un anzuelo en el medio y un pillo en cada punta.

La frase resultaba ofensiva, pero la dijo Valentina con tal aire de travesura y tanta gracia que Emilio soltó a reír de buena gana.

—¡Gracias por el concepto que de mí se forma!

—¡Oh, nó! Perdóneme: no he querido ofenderlo; es una ligereza. Pero ¿no hay algo de eso en la Bolsa?

—Y mucho que sí; afortunadamente no es ése mi género: compro o vendo según los encargos que me dan, nunca por cuenta propia, y me gana la comisión del cliente; y así, sin jugar jamás, he ganado alguna confianza y buena fortuna.

—Me agrada oírsele; pero insisto en pedirle que no vea mala intención en lo que he dicho.

Emilio explicó más detalladamente a su gentil compañera de viaje en qué consistía el juego de Bolsa y el trabajo de los corredores, y Valentina hacía de paso algunas observaciones que mostraban su inteligencia, su sagacidad y, al mismo tiempo, su ingenio y donosura en muchas alegres ocurrencias. Y por éstos y otros temas siguió discurrendo la conversación, y con ésta se fué afirmando más y más la confianza entre uno y otro, y al cabo de una hora charlaban ya como si hubieran sido conocidos de larga fecha.

Entre tanto llegó el tren a Rancagua y Emilio preguntó a su compañera si bajaba a tomar desayuno en el “restaurant”.

—Gracias, señor: desayuné antes de salir de casa.

Bajó Emilio y volvió a los diez minutos con una pequeña cesta en la mano; pero al entrar al carro halló un espectáculo inesperado: Valentina estaba de pie, con la espalda vuelta hacia la ventanilla, el borracho es-

taba sentado en el sitio de Emilio y el conductor del tren, de pie en el pasillo, discutía con el borracho; la joven tenía aspecto de verdadera alarma.

—¿Qué ocurre, señorita?— preguntó el mozo al ver aquello.

—Que apenas salió Ud. y los demás pasajeros—respondió Valentina—, este insolente, viéndome sola, vino a instalarse al lado mío: llamé a un empleado, ha llegado este caballero, pero no consigue hacer salir al intruso.

—Tiene la testarudez de los borrachos—agregó el conductor—, y no quiere entender de razones.

—¡Salga Ud. inmediatamente!— dijo Emilio con voz tranquila pero firme.

Mas el borracho miró al joven con ojos vidriosos, dió una chupada al cigarro, se metió las manos en los bolsillos del pantalón, estiró las piernas, reclinó la cabeza en el espaldar y dijo:

—¡Déjenme dormir!... ¿eh?... ¡y que me despierten a la hora del almuerzo!

—¡Voy a llamar a la policía!—exclamó indignado el conductor.

—No es necesario, señor—contestó Emilio.

Y con la mano izquierda tomó al borracho por el cuello del abrigo, con la derecha lo cogió a la altura del estómago y, haciendo un esfuerzo, lo levantó, lo sacó del sitio y lo tiró sobre un asiento del otro costado del coche. El borracho cayó allí parando los pies, mien-

tras el conductor abría la boca y los ojos como buzón de correo ante aquella muestra de enorme vigor muscular.

—Para otra vez — agregó Emilio dirigiéndose al ebrio—sale Ud. por la ventana.

Entre tanto Valentina, temerosa de alguna barbaridad del borracho, se aferraba del brazo de su compañero; pero el intruso se sentó, se cubrió el rostro con el sombrero y no se movió más.

—¡Qué fuerzas las tuyas, señor!—exclamó la joven cuando volvieron a su sitio.

—No se necesitaba mucha, señorita — contestó sonriendo Emilio— ¡si ese hombre es puro espíritu!

—¡Cómo ha de ser espíritu esa pipa de alcohol!

—Precisamente por eso: es puro espíritu... de vino.

—Entonces debieran ponerle una mecha que le llegara hasta el estómago y aprovecharlo como anaife. Pero, bromas aparte,— agregó la gentil muchacha, con tono serio y con cierta vibración en la voz—: parece que la Providencia me lo ha dado a Ud. por compañero en este viaje.

—Y si no acude tan a tiempo el conductor, señorita Valentina, ¿qué habría hecho Ud. para defenderse del borracho?

—¿Qué habría hecho? Pues, mire Ud.— Y señalando un largo alfiler de sombrero que llevaba en la mano derecha, agregó:—Estaba lista para darle una estocada a fondo.



IV

El incidente, que había tenido algunos testigos, fué referido por éstos a otros viajeros, y todos miraron con atención a aquella pareja: al joven, por las hercúleas fuerzas de que había dado muestras y que parecían increíbles en un mozo que pecaba más bien de elegante y fino; y a la dama, por su belleza y su distinción, cualidades que se denotaban en sumo grado en el rostro y en el aire. Pero las miradas eran discretas, pues la muchacha, a pesar de la viveza de sus 22 años, inspiraba respeto.

Entre tanto los dos jóvenes seguían conversando como dos antiguos amigos: si al principio Emilio pudo dejarse llevar de la hermosura de su compañera para decirle algunas frases de discreta galantería, pronto adoptó el tono propio de un buen amigo, jovial y de buen humor, pero respetuoso y tranquilo: aquella muchacha se había confiado a él sin conocerle, lo había aceptado como compañero por todo el largo viaje, y aunque la buena educación y la natural delicadeza no lo hubieran inclinado al respeto, ha-

bría bastado para ello la sola consideración de que debía hacerse digno de la confianza de Valentina. Por su parte, la joven, después del incidente, bien veía y sentía muy bien que había sido una fortuna para ella aquel compañero de viaje, que le seguía tan bien el humor, que conversaba con tanta amenidad y talento y que se conducía como un verdadero gentil hombre y la rodeaba de exquisitas atenciones, como el más afectuoso de los hermanos.

—¿Me permite una pregunta, señorita Valentina?

—Las que guste. . . . pero, antes de seguir adelante, dejémonos de señorita y de señor: ¿quiere?

—No me atrevería a tanto.

—Déjese de cumplidos: somos compañeros de viaje, llevamos ya tres horas de vecindad y de charla, nos quedan aún otras siete u ocho de compañía; basta por consiguiente de ceremonias: Valentina, Emilio, y nada más.

—Acepto y se lo agradezco de corazón.

—Diga usted ahora qué pregunta iba a hacerme, Emilio.

—¿Tiene usted familia en Concepción, Valentina?

—Por cierto: tengo familia propia y otra que luego va a ser mía.

—¿Cómo es eso?

—Sencillamente, porque voy a casarme.

—¿A casarse! . . . Pero ¿es posible?

—¿Y por qué nó, señor mío? ¿Se le figu-

ra a usted que soy tan desgraciada de físico que no pueda encontrar novio?

—Ya lo creo que sí y muchos. Pero si me he admirado de tal noticia es porque me ha llamado la atención una curiosísima coincidencia: yo también voy a Concepción. a casarme.

—¡A casarse! . . . Pero ¿es posible?

—¿Y por qué nó, señorita mía? ¿O me halla tan desgraciado de figura que no haya podido yo encontrar novia?

—¡Buena vuelta de mano! Pero, ¡qué curioso! ¡Esta sí que es coincidencia! ¡De manera que usted y yo estamos de novios?

—Efectivamente, Valentina: es un hecho que usted y yo vamos a casarnos.

—¡Esto es realmente delicioso! Pero el asunto ha despertado mi curiosidad: cuénteme usted su noviazgo: ¿data de mucho tiempo?

—¿Y me cuenta usted después el suyo?

—Con mucho gusto: se lo prometo.

—En realidad, no voy a casarme, sino a pedir la mano de mi futura. La conocí en los Baños de Catillo, hace tres meses; me entusiasmé, pololeé, el pololeo pasó a afecto más serio y ahora voy a pedirla.

—¿Y en tres meses se ha enamorado usted? Se conoce que es corredor de comercio: novia a noventa días vista. ¿Y va usted realmente resuelto?

—Pues ahí hay algo de curioso. Pasé un mes en los Baños: mientras veía a la da-

ma, me entusiasmaba con ella y pensaba en el matrimonio inmediato; dejaba de verla, y se me amortiguaban los bríos. Pero ayer pensé seriamente y hoy me he lanzado a pedir la blanca mano de mi futura.

—Pues suponga usted que le venga un nuevo amortiguamiento de bríos después de pedirla...

—Sería horrible; pero en todo caso cumpliría como caballero.

—Lo que no impediría que usted y su esposa fueran desgraciados.

—Es verdad.

Y Emilio se quedó un momento pensativo y su compañera le vió marcársele una arruga en el entrecejo y pasarle un velo por los ojos.

—Ya ve usted, Valentina—continuó el joven, serenándose muy pronto—, que he sido sincero. Ahora espero su confianza, si la merezco.

—Ciertamente que sí, y mi noviazgo, para que se completen las coincidencias, tiene mucho de semejanza con el suyo. Puedo decir que mi matrimonio lo será casi de conveniencia.

—De conveniencia para su futuro esposo, se entiende.

—Nó, para mí: usted verá. Mi padre y mi madre son ancianos y delicados; mis tres hermanos, casados los tres, están esparcidos, pues hay uno en Europa, otro en Victoria y otro en Temuco, y ya he dicho a usted que soy hija única. Mis padres temen morir y

dejarme sola, y por esto me han buscado marido según su cariño: mi futuro es un compañero de mi niñez; era inseparable de mis hermanos, iba casi todos los días a casa en las vacaciones, pues nuestras haciendas están vecinas, es un excelente joven, y mis padres pensaron que era el marido que me convenía y arreglaron la cosa. Hace un mes se planteó la cuestión en forma; acepté, porque era el gusto de mis viejos, pero pedí algún tiempo, y aproveché el viaje de una tía que regresaba a San Bernardo para venir con ella; y ayer recibí carta de mi mamá que me avisaba que mi papá se siente inquieto por su salud y por esto me suplicaba que regresara pronto, para proceder al matrimonio. Y éste es el motivo de mi viaje: como mi tía es de edad, he tenido que hacer este viaje sola.

—Ahora debo preguntar a Ud.: Valentina ¿ama usted a su novio?

—No sé decirlo: lo quiero y lo estimo mucho, por nuestra amistad y compañerismo desde la infancia; pero amor.... amor.... creo que no lo tengo: nunca he sentido palpar el corazón al verlo. Mas como es bueno y hay afecto sincero entre nosotros, lo acepto y probablemente seremos felices. ¿No ve usted cómo su noviazgo y el mío se parecen mucho?



V

—¿No ha vuelto a molestar el borracho a la señorita?—preguntó en esos momentos el conductor, acercándose a los jóvenes.

—Nó—respondió Emilio—: ya lo vé Ud. allí durmiendo la mona.

—Con la lección recibida—agregó Valentina—, creo que se guardará de volver a sus impertinencias.

—Sin embargo—observó el conductor—hay que tener cuidado, pues es un mal individuo: lo conozco y sé que es capaz de una jugada de pícaro.

—¿Y por qué no lo ha hecho usted bajar del tren?

—Porque en realidad no está verdaderamente borracho, sino bajo la influencia de una borrachera de ayer; y además es individuo que tiene ciertas relaciones en Concepción y puede darme un mal rato: ya sabe Ud. que la cuerda se corta por lo más delgado.

—Pues si de algo le sirve mi testimonio, me tiene usted a sus órdenes.

—Gracias, señor.

—¿Parece que llevamos atraso?

—Sí y considerable: perdimos diez minutos en Rancagua, pues un tren del sur no llegó a tiempo al cruzamiento; y como sucede siempre en estos casos, un atraso de esta importancia va creciendo en el camino: el expreso irá llegando tarde a todos los futuros cruzamientos y tendrá que ir cediendo el paso a otros trenes, pues es preferible que se atrase uno y no varios.

—Es muy razonable. ¿A qué hora llegaremos a Curicó?

—Cerca de las 12, con más o menos una hora de retardo. ¿Bajan ustedes a almorzar allí?

—Sí; es la última estación que nos queda para comer algo, pues Parral está demasiado lejos.

—Entonces debo hacerles una advertencia. Con el atraso, ya no hallarán mucho que comer en Curicó, pues los pasajeros de los otros trenes arrasarán con cuanto haya; y lo que se encuentre será más o menos fiambre o restos dejados por otros pasajeros.

—¡Tiene usted razón! ¡Es un contra-tiempo!

—Pero puedo indicar a ustedes un recurso. A los conductores nos tratan siempre bien en los “restaurants” del camino. Yo me bajo, despacho lo que tengo que hacer en la oficina y en seguida los espero en la puerta del comedor; ustedes me buscan y yo los llevaré a un rinconcito en donde serán mejor servidos.

—Muchas gracias, señor: será un gran

servicio. Pero, conste que no queremos imponerle molestia ni gravamen alguno.

—Nó, señor, no es molestia, sino un placer para mí atenderlos; y en cuanto a gravamen, ustedes pagan el consumo; pero a lo menos, tengo yo el gusto de colocarlos en situación de que sean bien atendidos.

—Es usted muy amable y le repetimos nuestros agradecimientos.

—¿No ha tenido usted ningún incidente en los otros coches de pasajeros?

—Nunca faltan, señor: los conductores debemos tener una paciencia de santo. Vea usted lo que me pasa ahora. Subió en Santiago al tren un viajero no mal presentado y ocupó un asiento en el otro coche de primera; le pedí su boleto y me respondió que no había tenido tiempo de comprarlo.—Tómelo usted en San Bernardo—le dije—pues, si no, lo hago bajar del tren. — En San Bernardo se me escondió, lo hallé en el coche de segunda, le pedí el boleto y me contestó que por la apretura de gente no había podido comprarlo.—Si usted se está burlando de mí—le observé—, no se lo tolero: en la próxima estación se provee usted de billete, y si no lo hace, bajará a puntapiés. — Se me escondió nuevamente y ni el ayudante ni yo pudimos descubrirlo, hasta que el ayudante, que tiene malas pulgas, lo encontró al salir de Rancagua, siempre sin boleto, y lo hizo bajar.

“Ya creíamos estar libre del “pavo”, pero en Rengo lo encontró nuevamente el ayudante, muy instalado en segunda, y sin más

miramientos le dió un par de puntapiés y lo echó tren abajo.

—¡Pobre hombre!—exclamó Valentina.

—Pero, señorita ¿y qué quiere Ud. que hagamos? Si tiene necesidad de viajar, debe decirlo y entre los pasajeros le reúno el valor del boleto, y hasta yo mismo lo ayudo; pero este engaño, esta burla, irritan a cualquiera. Y mire usted lo que son las cosas: cuando empezábamos a salir de San Fernando, de repente encuentra el ayudante al mismo viajero en asiento de primera, disfrazado con anteojos y leyendo muy tranquilamente el diario: ¿no es esto para sacar de paciencia a un santo? El badulaque, después de recibir los dos primeros puntapiés, había caído al andén en Rengo, pero había vuelto a subir, sobre andando, en uno de los últimos carros del tren. Pues, otra dosis de puntapiés, y se ha quedado en San Fernando rascándose el sitio afectado.

Valentina comentó el relato con una risa muy sonora y alegre.

—Usted perdone — dijo en seguida al conductor—; pero me hace gracia la tenacidad del individuo.

—Sí, es gracioso el asunto; pero ha de saber usted, señorita, que, si nos pillan con pasajeros de guerra, somos nosotros, los empleados, los que pagamos, no el pato, sino el “pavo”.

El tren silbó en ese momento y el conductor se despidió diciendo:

—Vamos a llegar a Curicó: pueden us-

tedes bajar tranquilamente, pues dejo en el carro un empleado para que cuide los equipajes. Los espero, como he dicho, en la puerta del comedor. Hasta luego, señores.

—Muchas gracias, y hasta luego.





VI

El expreso entró en la estación de Curicó cerca de las 12, efectivamente; todos los pasajeros se precipitaron como un alud al comedor, y sucedió lo que el conductor había previsto: por causa del atraso, los pasajeros de los trenes que habían pasado antes habían agotado el almuerzo y lo que quedaba era poco y sospechoso.

Valentina y Emilio esperaron algunos momentos en el andén hasta que vieron aparecer al atento conductor en una de las puertas del "restaurant"; se dirigieron hacia él y, bajo su guía, fueron a ocupar una mesita en un rincón del vasto comedor.

—Tengo que hacer a usted, Emilio—dijo Valentina—, la misma observación que usted hizo al conductor: no le permito que cargue usted con todos los gastos del almuerzo.

—¿Y por qué no ha de serme lícito ofrecérselo a mi estimada compañera de viaje?

—Porque ya es bastante carga la de las atenciones que le debo.

—Pero a lo menos permítame que sea su cajero y después arreglaremos cuentas.

—¿Sinceramente?... Convenido.

Se sentaron a la mesa y el conductor se acercó a decirles:

—Ya está prevenido el administrador para que sean ustedes atendidos. Pueden almorzar con calma, pues aquí debemos esperar otro tren y tenemos tiempo de sobra.

—Muchas gracias: es usted un buen amigo.

—Pero, ¡por Dios! ¿a qué hora vamos a llegar a Concepción?—exclamó Valentina.—
¿Cómo se prolonga este viaje!

—¿Le va pareciendo a usted muy largo, Valentina?

—Nó, amigo mío; pero pienso en mis padres, que me esperan a las 6 P. M.

Almorzaron sobriamente, como personas que no se preocupan mucho de la comida: un caldillo, un bifeec, un poco de vino y una taza de café. Fueron realmente bien servidos y Emilio pagó con generosidad.

Del comedor se dirigieron ambos a pasear por el andén. La pareja llamó allí vivamente la atención.

—Deben ser novios o recién casados —decía uno.

—No me parece —respondía otro—: los novios y los recién casados son siempre muy pegajosos, muy chinchosos, y éstos se conducen muy discretamente.

—¡Y caramba que son una pareja realmente hermosa!

—Tal para cual: lindas figuras, mi amigo. La muchacha es una reina.

—Y él no la desmerece: ¡qué buena planta de mozo!

Por este estilo seguían los comentarios de mujeres y hombres en los distintos grupos.

En uno de los paseos se acercó a los jóvenes una mujer del pueblo, que llevaba una niñita de cuatro años de una mano y una canastita en la otra. La chicuela, muy pobremente vestida, con un pañolito cruzado sobre el pecho, y con su carita redonda, color de manzana, y sus ojitos negros, era un primor de simpatía y gracia infantil.

—Mi señorita linda—dijo la mujer, dirigiéndose a Valentina—, hágame una gracia: Ud. debe ser tan buena como bonita.

—Muchas gracias, señora: ¿qué puedo hacer por usted?

—Tengo dos tortitas que no he podido vender: cómpremelas, mi señorita: son muy ricas y muy limpiecitas; un peso cada una solamente.

—Con mucho gusto, señora. ¿Y esta niñita tan rica?

—Es mi nietecita, señorita.

—¡Mire, Emilio, qué chiquitina tan dije! ¡Véngase conmigo, mi amorcito lindo!

Y la gentil muchacha tomó cariñosamente en los brazos a la chicuela, la estrechó con afecto maternal, le dió sonoros besos en las mejillas y continuó acariciándola y hablándole, mientras Emilio pagaba las tortas

y la mujer, encantada, hacía a aquélla inútiles observaciones:

—¡Señorita, mire que esa chiquilla le va a manchar de tierra el vestido! ¡No la tome en los brazos!

—¡No importa! ¡no importa! ¿Cómo te llamas tú, mi chinita preciosa?

—Maía el Camme—respondió la chica con deliciosa media lengua.

—¿Y el apellido? ¿Qué hiciste con el apellido, mi ricura?

—¿El apellido?... ¡No lo tají!

Y la niñita abría los brazos y las manitas para subrayar su propio asombro de no haber traído el apellido.

—Se llama María del Carmen Salas, mi señorita—observó la anciana.

—Entonces su niña, mi viejita, va a ser muy alegre.

—¿Por qué, señorita?

—Porque se apellida Salas, y las salas se han hecho para las fiestas. ¡Dios te haga feliz, mi preciosura! Mire, mi viejita: Ud. me le va a comprar un vestidito y unos zapatitos a su nieta, ¿oye? Y para eso, tome usted.

Y buscó Valentina en su cartera; quiso Emilio adelantarse, pero ella lo detuvo diciéndole:

—¡Nó, nó, nó! ¡Esto quiero darlo yo por mis propias manos!

—Entonces, permítame unirme a su obra.

—¡Eso sí! Deme Ud. cinco pesos: tome, señora, estos diez.

—¡Dios se lo pague, mi señorita! ¡Dios la guarde, tan cariñosa y tan buena con los pobres! ¡Pero si tiene la bendición de Dios en la cara! ¡Que Nuestro Señor la haga feliz con su esposo muchos años!

Soltó Valentina una carcajada que sonó en el andén como el gorjeo de un canario.

—¿Y qué le parece mi marido, señora?

—Digno de usted, pues, mi señorita, como un príncipe para una princesa. ¡Pero suba luego, mi señorita: no se vaya a echar a andar el tren!

Valentina dió un abrazo a la viejita y otro más a la chicuela y trepó alegremente por las pisaderas y todavía riendo volvió a su sitio.

—Imagínese usted—decía a Emilio, sin poder contener sus frescas carcajadas—, imagínese usted que hubieran oído lo que ha dicho esa viejita su novia y mi novio. ¡Ja, ja, ja!

El tren se puso en marcha y a los pocos momentos llegó el conductor con aire azorado.

—¿Ha visto usted pasar—preguntó a Emilio—a un individuo de mediana estatura, pálido, de cierta edad y con una gorra como la de los empleados de los trenes?

—Nó, no lo he visto. ¿Qué ocurre?

—Que el pasajero de que hablaba enantes, el que va viajando de guerra, ha apareci-

do de repente con gorra de empleado y cobrando boletos.

—¡De guerra y de gorra!

—¡Y con qué objeto?

—Seguramente para quedarse con algún boleto que le convenga; lo han descubierto mis ayudantes y se ha hecho humo nuevamente. Sigo buscándolo: hasta luego.



VII

El tren expreso continuó el viaje, deteniéndose en estaciones fuera de itinerario y atrasándose más y más; pero, a la verdad, ni Valentina ni Emilio sentían el tiempo en medio de la conversación.

¡Qué temas tan interesantes les daba cada incidente del viaje y cuánto material sacaban de él el agudo ingenio de la muchacha y el talento del galán! Y cuando no se los daban los sucesos del viaje, los hallaban hablándose de sus respectivas familias, dándose a conocer más y más el uno al otro, refiriendo escenas y accidentes de su vida, entrando ambos en una deliciosa intimidad de antiguos amigos. La semejanza de situación, la juventud de uno y otro, el buen humor de ambos y cierta similitud de caracteres iban haciendo comunicarse sus almas, pasar cada una a la otra, compenetrarse mutuamente; y todo ello sin galanterías, sencillamente, sin esfuerzo alguno, sin que ninguno de ellos tuviera que reprimir un movimiento del ánimo que le pareciera inseguro, inconveniente o

peligroso, como dos buenos amigos que van por un camino abierto, íntimamente conocido, sin peligros, entre flores, a la plena luz de una alegre mañana de primavera.

Lo único que les molestaba un instanté era que de cuando en cuando pasaba al lado de ellos el borracho de la mañana, ya más oreado, y que lanzaba una mirada de insolente codicia sobre la aristocrática niña o de profundo rencor sobre el apuesto y vigoroso galán.

—Nunca imaginé—decía Valentina— que pudiera encontrarme con individuos de esa clase en un tren: he viajado sola muchas veces y nunca me había sucedido nada. Sus miradas me dan miedo, y sin embargo no soy cobarde. ¡Qué susto iría pasando sin la compañía de usted!

En una de las estaciones hubo algún movimiento de viajeros, y poco después de volver a partir el tren entró al coche el conductor.

—¿Qué noticias tiene de su famoso pasajero?

—Se ha hecho humo: ha sido imposible hallarlo. ¡Qué demonio de hombre!

Pero en ese mismo momento se sintió ruido en uno de los excusados del coche; oyólo el conductor, se dirigió allí y preguntó a los pasajeros más próximos:

—¿Han visto ustedes entrar a alguien en este excusado?

—A nadie, señor; sin embargo, parece que hubiera alguno adentro.

Abrió entonces la puerta el conductor y al punto lanzó una exclamación que se oyó en todo el carro:

—¡Aquí te pillé, bribón! ¡Harto me la habías jugado, pero ahora las vas a pagar todas por junto! ¡Yo te enseñaré a burlarte del personal del tren!

Y salió sacando de una oreja a un hombre no mal vestido, pálido, muy asustado, y de unos 40 años de edad. Al punto se reunieron varios de los viajeros para contemplar aquella escena.

—¡Señor, por favor, no me haga nada!— decía el infeliz con tono muy humilde y con aire de súplica.

—¡Pero no te había dicho tantas veces que compraras boleto!

—¡Ay, señor! ¡Si usted supiera!...

—¿Que no te han dolido los puntapiés que te han dado en las asentaderas?

—Sí, me han dolido; pero a veces hay cosas más fuertes que el dolor.

—¿Y por qué causa se empeña usted en viajar de guerra y en esas condiciones? —preguntó Emilio.

—Le diré la verdad, señor, ya que usted parece más compasivo. Yo estaba en Santiago y ayer recibí un telegrama en que me avisaban que estaba muy enferma una hijita mía que tengo en el sur. Era natural que resolviera ir a verla; pero no tenía dinero para el pasaje, y entonces no tuve más recurso que tratar de viajar de guerra.

—Pero, hombre por Dios ¿y por qué no

me lo habías dicho antes?—preguntó el conductor.

—Por... cortedad de genio, pues, señor.

—¿Y hasta dónde pensaba usted llegar de esa manera?—volvió a preguntar Emilio.

—Mi hijita está en Chillán, señor, y hasta allí pensaba llegar; pero, con los punta-piés que me han dado—agregó, sobándose la oficina de recepción de los ídem—llegaré hasta donde me aguanten las asentaderas.

Celebraron todos con grandes risas la ocurrencia, y Emilio se acercó al conductor y al viajero y dijo a éste en voz baja:

—Aquí tiene usted este poco de dinero: hágame el favor de aceptarlo; compre luego boleto y vaya a ver a su hijita.

El pobre hombre no acertó a dar las gracias, sino que se sentó a llorar a sollozos.

Al volver Emilio a su asiento, Valentina, con los ojos húmedos, le tendió las hermosas manos:

—¡Gracias, amigo mío! Lo he visto todo!

Entre tanto, el tren continuaba su marcha, indiferente a esta pequeña tragi-comedia.



VIII

Ya en Talca comenzó a despejarse el carro por los viajeros que iban quedando en las diversas estaciones, y el desahogo de los restantes trajo consigo, como sucede siempre, la disminución del estiramiento o etiqueta de las primeras horas, y algunos dormían mientras otros canturreaban o silbaban. En una de las estaciones de más al sur, donde el expreso hubo de esperar un cruzamiento durante algunos minutos, uno de los pasajeros comenzó a silbar, con no mal oído, la inolvidable frase del famoso dúo de Norma y Adalgisa, de la más conocida ópera de Bellini.

Al oír el silbido, Valentina paró la oreja, como se dice vulgarmente, y muy pronto, arastrada por la melodía, entonó a media voz la frase del dúo: "Mira, o Norma, ai tuoi ginocchi...", tomando el tono del silbido propio para una contralto. A las primeras notas se tentó también Emilio, y tomando la tercia alta de la frase, con voz de tenor, completó el dúo, y las dos voces siguieron corriendo por aquella melancólica frase en perfectísimo acorde y con una exactitud de ritmo y tono que dejaba ver claramente que

uno y otro poseían más que mediana educación musical. Los dos timbres se hermanaban perfectamente y las voces seguían paralelas, buscándose a veces en el unísono, separándose otras hasta la quinta, acompañándose regularmente en la tercia, por entre las elegantes curvas de la melodía, como dos fuentes hermanas que desatan sus raudales, la una al lado de la otra; y así continuaron ambos cantando con mucha expresión y riqueza de matices, hasta terminar la última nota en un tenue suspiro.

Entre tanto, algunos pasajeros habían levantado la cabeza al oír aquel hermoso conubio musical, aunque el canto se efectuaba reprimiendo las voces.

—¡Hermosa voz de contralto tiene Ud., Valentina!—observó Emilio al terminar.

—Me parece que usted no lo hace mal tampoco como tenor.

—Y no nos ha salido mal el dúo.

—Ya lo creo que nó, y hasta he sentido placer en oír mi propia voz armonizando con la suya.

—Pues ensayemos otro número: elija usted.

—Con mucho gusto. Le propongo el dúo de Manrique y Azucena, del segundo acto del “Trovador”.

—Cabalmente, es uno de los trozos que más conozco.

Y Valentina entonó inmediatamente, con hermosa voz de contralto, la estrofa de Azucena:

Ai nostri monti
Ritorneremmo;
L'antica pace
Ivi godremmo:
Sul tuo liuto
Tu canterai;
In sonno placida
Io dormiró.

La entonó tímidamente al principio, pero después, más animada, dejó volar la voz en toda su amplitud, con lo cual los pasajeros se levantaron a oirla. Apenas terminada la estrofa, tomó Emilio la frase del tenor:

Riposa, o madre,
E sul tuo seno,
La mente al cielo
Rivolgeró.

Y en seguida entraron ambos a las frases de conjunto y volvieron a hermanarse en la afinación, en la dulzura del acento y en la exquisita sensibilidad con que matizaban el canto. Al terminar, los pasajeros los premiaron con un aplauso muy caluroso, y al punto la traviesa muchacha se levantó del asiento y saludó para dar las gracias, imitando los modos de los artistas de ópera, con cómica gravedad, lo cual le valió nuevos aplausos.

—¡Bravo! ¡muy bien!... ¡bis! ¡bis!... ¡que se repita!—gritaron varios.

En ese mismo momento y como respon-

diendo al dúo de los jóvenes y a los aplausos de los demás viajeros, un ciego cantaba en el andén, acompañándose de un acordeón:

El día en que tú naciste
Se cayó un peazo e cielo;
Y hasta que no te muráis
No se tapará el aijuero.

Los viajeros siguieron aplaudiendo y pidiendo repetición a los dos jóvenes, que, entre tanto, reían aplaudiendo al ciego; pero el tren se ponía en movimiento y el ruido impedía que continuara la audición musical.

El expreso seguía atrasándose. A San Javier llegó a las 2.30, hora en que debiera hallarse en Parral para que hicieran once los pasajeros; por Linares pasó con cerca de dos horas de retardo, y tanto que no se hallaba en la estación ninguna de las vendedoras de minúsculos canastitos, las cuales siempre hacen buenas ventás con los viajeros del expreso de Santiago; y llegó a Parral cerca de las cinco, en completa obscuridad, pues a lo avanzado de la hora se agregaba que el cielo se había nublado totalmente.

En ese punto los viajeros se precipitaron ansiosos hacia el "restaurant" de la estación, pero a esa hora y con tal atraso ya no encontraron para su hambre sino unos pocos fiambres, queso, pan y otros comestibles por el estilo y que les fueron vendidos a precios exorbitantes. Afortunadamente, ni Valentina ni Emilio tenían apetito y así les impor-

tó poco la escasez de víveres de aquella estación.

Y sin más incidentes, el convoy siguió pesadamente su viaje en dirección a San Carlos y a Ohillán.





IX

A las seis de la tarde entró el expreso en la capital del Ñuble, en la ciudad de las mujeres de ojos negros y cutis de piel de durazno, en medio de una noche tenebrosa y con un viento que parecía presagiar próxima lluvia.

Apenas se detuvo el tren, entró al carro el viajero de los puntapiés y se acercó a Emilio.

—Señor, permítame darle ahora mis agradecimientos: enantes no pude dárselos... porque no pude hablar...

—Hombre, eso no vale la pena de que usted se preocupe: era mi obligación.

—Todo tenían la misma obligación, y sin embargo usted ha sido el único hombre compasivo en este viaje. A usted le debo el poder ver a mi hijita. Indudablemente, no es honrado lo que he hecho, señor, porque era un robo de dinero y un engaño, y todavía un peligro para el conductor; pero ¡qué había de hacer!.....

Sabía que mi hijita—continuó, sollozando—, mi única hijita, una chicuela de doce años, tan buena, tan graciosa, tan cariñosa

con su papá, se me moría aquí, tan lejos, y yo no tenía plata para el viaje. . . . ¿y cómo no venir a verla? . . . póngase usted en mi lugar. . . póngase en mi lugar, señorita. . . y por eso quise venirme de guerra. . . No sé cómo he de encontrar a mi hijita. . . el único consuelo de mi viudez. . . . mi única felicidad. . . En último caso, me habría venido en la trompa de la máquina.

El pobre hombre lloraba a lágrima viva al decir estas palabras.

—¿Y dónde ha dejado a su niñita en Chillán?

—En casa de una hermana mía, señor, mientras yo iba a Santiago en busca de un empleo. . . y no conseguí nada. . . Ahora tendré que llevarla al hospital, pues ¿cómo la medicino yo?

—Espérese Ud. un momento. Aquí en Chillán vive el Dr. Varas, hombre generoso y caritativo y muy amigo mío: llévele usted esta tarjeta y él le atenderá a su hijita, sin que le cueste un centavo.

Aquel rasgo aumentó la emoción del infeliz, que no podía hablar por causa del llanto.

—Señor, ¿cómo podré pagarle tantas bondades?—logró decir a través de sus lágrimas.

—Escribiéndome a Santiago con la dirección que indica la tarjeta, para darme noticias de que su hijita ha sanado.

—¿Me permite, señor, que le dé la mano?

—La mano y un abrazo, amigo mío, y que Dios lo acompañe.

Despidiéronse con un abrazo y saludóle cariñosamente Valentina con los ojos inundados en lágrimas, mientras el pobre hombre lloraba y sollozaba.

—Valentina, ¿quiere Ud. que bajemos a dar un paseo por el andén?—preguntó Emilio para disimular su propia emoción.

—Sí, Emilio: voy “contigo”.

Miróla el mozo con aire de sorpresa, mientras los ojos le relampagueaban de alegría y de ternura a la vez, pero la muchacha le cortó la palabra:

—¡Mira, por favor, no me digas nada, porque si no, me pongo a llorar a gritos!

Bajaron al andén y allí, cogiéndose ella por primera vez del brazo de su compañero,

—¡Qué viento tan frío, Emilio!—le dijo.

Y se acercó a él buscando su abrigo, su apoyo, su fuerza, como una rama que bajo el soplo del huracán se apega al árbol que la sostiene.

Pasaron algunos momentos sin hablar, hasta que preguntó ella:

—¿Qué horas son?

—Las seis de la tarde.

—¡Dios mío, la seis! La hora en que debiéramos llegar a Concepción. ¡Y mis viejos que estarán esperándome!

—Pero en la estación les dirán que el tren va con mucho atraso.

—¡Pero si ellos, los viejitos, no pueden ir a la estación! Estarán en nuestra casa pre-

parando el banquete de abrazos y besos para su niña, y nada sabrán del atraso.

—¿Y no estará tu novio en la estación, Valentina? El lo sabrá y avisará en la casa.

—Sí, seguramente; pero ¡qué larga espera!

—Es fácil ponerles un telegrama con tarifa triple.

—Sí, te lo acepto. ¿Tendremos tiempo?

—Es fácil preguntarlo.

Había tiempo y despacharon el telegrama y en seguida se volvieron a su coche. En éste se habían producido muchos claros, pues se había quedado en Chillán buen número de pasajeros.

Prosiguió el tren su carrera entre las sombras, y fueron desfilando una a una las estaciones de Bulnes, Santa Clara, Itata, Cabrero y Yumbel; y después de pasar el expreso por esta última, corrió unos nueve o diez minutos, y en seguida se detuvo casi repentinamente, con trepidación que hizo alarmarse a los viajeros.

Muchos de éstos salieron de los carros y bajaron a la línea, pero Emilio no quiso dejar sola a su compañera, pues el borracho de la mañana permanecía en el coche.

—Ya sabremos por el conductor lo que ocurre.

No tardó en llegar el conductor, y Emilio y Valentina lo interrogaron.

—¡Hemos escapado de una bonita catástrofe!

—¿Cómo?... ¿qué ha habido?... ¿qué ha pasado?

—Que el río Claro ha crecido con las lluvias de los últimos días, ha debilitado el puente y esta misma tarde se ha derrumbado un machón y ha quedado interrumpida la línea. Afortunadamente, el guardavías, muy previsor, recorrió el puente, vió el hundimiento hace apenas unos minutos y alcanzó a salir al encuentro del tren con farol de peligro; sin eso, el tren se habría precipitado en el río a toda velocidad.

—¡Dios mío! ¡qué horror! ¡Virgen Santísima!

—Ahora, no nos queda más recurso que retroceder hacia la estación de Yumbel, que dista mucho del pueblo y que no es más que un sitio desamparado— agregó el conductor —y es lo que vamos a hacer muy pronto.

—Pero hay que dar una recompensa a ese buen empleado que nos ha salvado a todos la vida. Tenga la bondad de acompañar un momento a la señorita, mientras hago una colecta.

—Nó; yo voy contigo, Emilio, y pediremos los dos.

—¡Dios te lo pague, amiga mía!

Y ambos se lanzaron por ese coche, por el Pullman, y por todos los del convoy, exponiendo lo ocurrido, en compañía del conductor, y tendiendo a todos los viajeros el sombrero de Emilio: la grande obra del guarda-vías, la hermosura y gracia de Valentina y el donaire de su compañero abrie-

ron todos los bolsillos, y todos los viajeros dieron generosamente, los ricos como ricos, los pobres como pobres, y muy pronto se reunieron cerca de mil quinientos pesos, que fueron entregados al empleado salvador.

—¡Dios mío!— exclamó Valentina—¡Interrumpido el viaje, y mis pobres viejos esperándome!

—Desde la estación—dijo Emilio—procuraré enviar noticias a la casa para que sepan lo que ocurre y no se alarmen.

El tren comenzó a retroceder, con la parte posterior hacia adelante, empujado por la máquina, que iba silbando estrepitosamente en medio de las tinieblas, para evitar el peligro de un choque, no probable, pero posible, con algún otro convoy que hubiera salido tras el expreso, de la estación de Yumbel. Los silbidos estridentes de la máquina, en medio del viento y de las sombras, parecían como un alarido de socorro, como un clamor de agonía, y repercutían a lo lejos, y volvía el eco lejano como si una voz perdida en la distancia contestara a aquellos clamores desde el seno de las tinieblas.

El convoy retrocedió lentamente y doce minutos más tarde se detenía en la desamparada estación de Yumbel.



X

Apenas se detuvo el tren, descendieron Emilio y Valentina y se dirigieron hacia el jefe de estación, que en esos momentos salía al encuentro del conductor para averiguar lo que había acontecido; cuando lo supo, el jefe se cogió la cabeza a dos manos, exclamando:

—¡Qué barbaridad! ¡Si parece que todo se junta para que resulte una desgracia!

—Dígame, señor—le preguntó Emilio—¿no sería mejor que el tren volviera a Chillán? En este desamparo ¿qué van a hacer los pasajeros?

—Sin duda, señor—respondió con rostro muy afligido—, eso sería lo mejor de todo; pero para eso hay que pedir autorización por telégrafo al jefe de la zona y avisar a las estaciones desde aquí a Chillán. Además, Chillán está muy lejos; preferible sería volver a Bulnes.

—Pues todo eso es fácil de hacer.

—¡Fácil!... ¡fácil!... Le diré la verdad, señor: no hay quien comunique...

—¿Y el telegrafista?

—Está completamente borracho.

—¡Pero Ud. debe saber telegrafía!...

—Si me hubieran enseñado; pero no sé transmitir una sola palabra ni manejar ninguno de los aparatos. Ya ve Ud.: ¿cómo vamos, pues, a comunicar? ¡Esto es para desesperarse!

—Pues no se desespere Ud., señor; todo tiene remedio: yo sé telegrafía y no soy torpe; y si Ud. me permite, yo lo saco de la dificultad.

—¡Señor, qué gran noticia! Viene Ud. como llovido del cielo. Venga conmigo.

Y el jefe se fué con el conductor y los dos jóvenes a la oficina del telégrafo de la estación.

—Dígame Ud. con quién hay que comunicar primeramente—preguntó Emilio.

—Con la oficina de Concepción, pues ahí está la jefatura de la sección de que yo dependo, y en seguida con Chillán y con Bulnes.

Emilio tocó el manipulador, lanzó la corriente con el toque de llamada y envió el telegrama siguiente:

“Concepción.—Tren número 26 detenido en Yumbel por causa de ruptura del puente sobre el río Claro. Pasajeros piden que el tren regrese Chillán o Bulnes para buscar alojamiento. Espero órdenes.—Jefe Yumbel.”

En seguida transmitió un mensaje análogo a la estación de Chillán y a la de Bulnes.

Pasaron unos pocos minutos y sonó el toque de respuesta; dejó Emilio correr la cinta y leyó en ésta en voz alta lo siguiente:

“Jefe Yumbel.—Mande detalles sobre causa e importancia accidente. Queda autorizado para hacer regresar tren a Bulnes avisando estaciones vecinas para evitar accidentes. De aquí enviamos órdenes a Bulnes.—Jefe 3.ª sección.”

Emilio transmitió en respuesta un nuevo despacho en que explicaba lacómicamente lo ocurrido; y a los pocos minutos recibía un telegrama de Chillán, que decía:

“Jefe estación Yumbel. — Recibido aviso de ésa y órdenes de Concepción para regreso del tren número 26; pero es imposible efectuar regreso: causa temporal violentísimo de viento norte y lluvia, río Chillán desbordado cubre parte línea sur de esta ciudad, trenes no pueden pasar. Además río Itata también desbordado en estos momentos impide regreso. Adopte medidas para que pasajeros pernocten en el mismo tren en esa estación.—Jefe Chillán.”

—¡Este sí que es contratiempo grave! —exclamó el conductor.—Y en el Pullman viene una señora enferma: ¿cómo va a pasar la noche en el carro?

—¿Es ella sola?—preguntó el jefe.

—Ella, una hija y un hijo.

—Pues para ella y la hija puedo ofrecer

alojamiento en mi casa, que, aunque modesta, es más útil que un carro de pasajeros para una enferma; pero me faltan en absoluto elementos con qué poder hospedar a más de esas dos personas.

—Iré a avisarles, así como a los demás pasajeros.

—Pero ahora se presenta otro peligro, señor—observó Emilio.

—¿Cuál?

—Que haya salido algún tren desde Itata o de las estaciones intermedias y que venga a estrellarse con el nuestro. ¿No será conveniente avisar por telégrafo para que lo detengan?

—Ciertamente, señor—respondió el jefe—: es una gran idea y usted mismo puede hacernos el servicio. ¡Caramba que vale dinero un hombre como usted!

—Todos tenemos obligación de servir a la medida de nuestras fuerzas.

Y lanzó inmediatamente este despacho a las estaciones vecinas, hacia el norte:

“Circular.—Tren número 26 detenido en Yumbel causa ruptura puente río Claro. Avise si ha salido de ésta en las últimas horas algún tren para ésta.—Jefe Yumbel”.

A los pocos momentos comenzaron a llegar las respuestas:

“De Santa Clara.—Treinta minutos después que pasó número 26 expreso, salió tren carga número 45.—Jefe Santa Clara.”

“De Itata.—Treinta y cinco minutos después del expreso pasó el tren de carga

número 45; después ningún otro.—Jefe Itata”.

“De Cabrero.—Cuarenta minutos después pasó tren número 26, pasó tren carga 45; sigue este momento viaje Monte Aguila.—Jefe Cabrero.”

“De Monte Aguila.—Después del expreso no ha llegado a ésta ningún tren; espero carga número 45.—Jefe Monte Aguila.”

—Ya lo tenemos ubicado—dijo Emilio—: en estos momentos el tren de carga número 45 corre entre Cabrero y Monte Aguila: hay que detenerlo.

Y sin demora lanzó el siguiente despacho a la estación de Monte Aguila:

“Jefe Monte Aguila.—Detenga ahí tren número 45 a fin de evitar choque con tren expreso detenido en ésta. Es inútil, además, que 45 continúe viaje, pues la línea está cortada en el puente del río Claro.—Jefe Yumbel.”

Monte Aguila contestó muy pronto:

“Jefe Yumbel.—Tren 45 entra en estos momentos y queda retenido.—Jefe Monte Aguila.”

—Está evitado todo peligro; pero hay que tomar otras medidas.

Y envió esta nueva comunicación:

“Jefe sección Concepción.—Urge enviar tren auxiliar permita transbordo en el puente hundido sobre el río Claro, pues aquí hay carencia absoluta de medios hacerlo. Solicito siguiente servicio particular: pasajera señorita Valentina Reyes pide en-

víese aviso a su casa, calle tal número tantos, no puede llegar esta noche causa interrupción línea; está bien atendida; seguirá mañana con demás pasajeros.—Jefe Yumbel.”

—Esto último, señor—dijo Emilio—, es el precio de mis servicios.

—Con mil amores, señor—respondió el jefe—: ¡qué menos puedo hacer yo por usted!

—De Concepción llegó muy pronto la siguiente respuesta:

“Jefe Yumbel. — Tren auxiliador no podrá salir antes cinco madrugada. Despachado inmediatamente aviso solicitado por pasajera señorita Valentina Reyes. — Jefe sección.”



XI

—¡Pobre amiga mía! — decía Emilio dando el brazo a su compañera, que se estrechaba a él al salir de la oficina, bajo el viento frío que soplaba. — ¡Mira qué noche vas a pasar!

—No te afijas por ello: soy valiente y no me acobardan estas cosas. Me afligía la intranquilidad de mis padres; pero con tu feliz idea del aviso, recobro la calma; y . . . la verdad . . . me gustan estos accidentes, pues con ellos el viaje me resulta delicioso.

Volvieron al coche, en el cual conversaban los demás pasajeros, agrupados en un rincón.

—Tú debes sentir mucho apetito, Valentina: ¿no es verdad?

—Pero, hombre, por Dios ¿para qué hablas de esas cosas en esta situación? Claro es que siento más que apetito, hambre: almorzamos a las 12, son cerca de las nueve de la noche, y llevamos casi nueve horas sin

probar bocado; pero nos haremos una cruz en el estómago, hasta mañana.

—Pues bien, te tengo una sorpresa, compañerita mía.

Y tomando la cestita que había preparado en Rancagua, la abrió y agregó con acento solemne:

—Señorita Valentina, tengo el honor de invitar a usted a un modesto banquete.

—¡Oh! ¡Emilio! ¿con que tenías comida lista?... ¡Qué compañero tan asombroso eres tú! Tienes provisiones verdaderamente femeninas. Ya lo ves: a mí, con ser mujer, no se me había ocurrido tal cosa.

—Es muy natural: a pesar de tu educación algo viril y de tu gran carácter, siempre has estado habituada a la vida de familia y a ser servida; mientras que yo, después del matrimonio de mis hermanas y de la muerte de mis padres, he vivido solo y he tenido que aprender a servirme a mí mismo y a ser previsor. Pero, dejémonos de lucubraciones, y comamos.

Y comenzó a sacar las provisiones de la canastilla.

—Aquí tienes: un plato, un cuchillo y un tenedor, lo cual no es alimenticio, pero sí útil; una gallina fiambre, un poco de jamón, queso y pan. ¿Queda contenta mi señorita?

—Emilio, Emilio, eres una perla. ¡Qué banquete, muchacho!

Trinchó Valentina el ave y en poco rato desapareció la mitad de ella, pues los apetitos que la atacaban eran formidables y pro-

porcionados al buen humor de ambos.

—Antes de pasar al segundo plato—dijo Emilio—, bueno es tomar un poco de vino: aquí tenemos la botella y un vaso, y en el cortaplumas tengo tirabuzón.

Y sirvió y ofreció el vaso a la joven.

—¡A la salud de mi inolvidable compañero de viaje!

—Gracias, de todo corazón. ¡A la salud de mi compañera y pupila y de sus viejecitos! Ahora, Valentina, como bebo en tu mismo vaso, voy a saber todos tus secretos.

—¿Que me quedará alguno todavía para tí? Te aseguro que nó, ni tú los tienes para mí, según creo.

—Puedes estar segura de ello.

En seguida tocó el turno al jamón y al queso y ambos fueron honrados con el mismo risueño apetito y alegres comentarios, y seguidos por otro sorbo de vino.

—Ha sido éste un verdadero banquete—dijo Valentina. echando en un papel los restos inservibles y guardando lo aprovechable—: un verdadero banquete y te lo agradezco con toda mi alma.

—Pero le falta algo ¿no es cierto? Nos vendría bien una bebida caliente: ¿verdad?

Quedóse mirando Valentina la cara risueña del mozo.

—¡A que eres muy capaz de traer algo de eso!

—En efecto, mi previsión ha sido premiada: jamás pude imaginarme, esta mañana, que iba a tener tan buen empleo.

Abrió el maletín y sacó de él una botella “Thermos” y, en una taza que con su platillo llevaba en el canasto, vertió café de la botella, café bien aromático y caliente, y lo ofreció a su compañera.

—¡Qué bendición de Dios!—dijo ésta.—
¡Eres un mago, Emilio! Y este café está realmente delicioso.

—Y preparado de mi propia mano, óyelo bien, pero le faltan dos cees.

—¿Cómo es eso?

—El café, para que sea perfecto, debe tener siete cees: Café, Claro, Caliente, Cargado, Caracolillo, Con Coñac. Pero a éste le falta el coñac.

—No me “interezco”: lo prefiero así.

—Si lo encuentras cargado, puedo agregarle agua caliente, pues llevo también en otra “Thermos” en previsión.

—Nó, Emilio: así está delicioso. Te felicito por tus habilidades de dueña de casa.

Bebió también el joven y en esos momentos entró el conductor.

—¿Se les ofrece a ustedes algo?

—Nada, muchísimas gracias. Y usted ¿ha comido?

—Sí, señorita: me invitó el jefe de estación.

—Pero no desdeñará un poco de vino y de café.

—Acepto lo uno y lo otro.

Sirviéronle y se retiró muy agradecido. Valentina aprovechó un poco de agua caliente para lavar la taza y la cucharilla, Emi-

lio lavó los vasos y el demás servicio y guardó las "Thermos".

—Una pregunta, Emilio: ¿tú no fumas?

—¿Por qué me lo preguntas, Valentina?

—Respóndeme con franqueza: ¿fumas?

—Sí, bastante.

—Y entonces ¿por qué no te he visto fumar en todo el día?

—¿Pero cómo había de estar yo fumando al lado tuyo y apestándote con el humo?

—¿Y por eso no has fumado, Emilio, en todo el día?... ¿y por qué no salías siquiera a fumar en los andenes?

—¡Sí, y después había de entrar a conversar contigo y a echarte a la cara el olor a tabaco!

—¡Esa es una verdadera abnegación, Emilio! ¡Y por mí te has sometido a ese suplicio!... Mis hermanos son muy fumadores y yo los he visto padecer cuando pasaban una hora sin fumar. ¡Y tú has soportado un día entero! Esto tiene un castigo: ¡fuma!

—Pero, Valentina...

—Fuma, aquí mismo, delante de mí.

—Bien, accedo; pero siquiera permíteme salir al andén a fumar.

—Pues yo voy contigo.

—¡Vamos, señorita mandona!

—Enciende aquí el cigarro, pues afuera te lo impediría el viento.

Sacó Emilio un buen habano, lo encendió y se dirigió al andén, seguido de Valentina, que se le cogió fraternalmente del brazo, y echaron a andar.



XII

Soplaba un viento algo fuerte y bastante frío, que obligó a ambos a ceñirse los abrigos.

—¿No sientes mucho frío, Valentina?

—Algo, pero es necesario andar para que venga la reacción con el ejercicio, y para la digestión, sobre todo después del banquete que me has dado.

Echaron a andar con paso ágil, haciendo esfuerzos para vencer la resistencia del viento, que jugaba con las puntas de los abrigos y con el velo y las plumas del sombrero de la joven, y pasearon algunos momentos en silencio.

—¿Qué clase de hombre eres tú, Emilio?—preguntó Valentina al cabo de un rato y estrechándose a él para presentar menos cuerpo a las violentas ráfagas del norte. —¿Qué clase de hombre eres tú, hermano mío, tan distinto de cuantos he conocido? Te he visto dar pruebas de una enorme fuerza

muscular; te he visto caritativo y casi llorar de ternura en presencia de un desgraciado; has usado conmigo de una delicadeza que envidiaría la mujer de más refinada educación y gusto; has llegado a la abnegación de no fumar en todo un día por no molestar a una dama; has prestado grandes servicios como telegrafista para que pudieran descansar tranquilos y sin peligro todos los pasajeros del tren; y en todo el día han andado juntos tu talento, tu buen humor, tu previsión y tu arte para distraer a tu compañera en tan largo viaje. ¿Eres de una raza especial, hermano mío?

—Nó, Valentina: nada hay de especial en eso, sino que tu buen natural y tu juventud quieren verlo todo con tus buenos y hermosos ojos. No soy sino un representante de mi raza, de mi pueblo, de nuestra patria: si tú examinas a tu papá, a tus hermanos, a tu novio, a los hombres que están cerca de tí, podrás observar que todos ellos, como todos los chilenos, son hombres inteligentes, alegres y ocurrentes apenas se les da un poquito de confianza, capaces de grandes delicadezas y de grandes abnegaciones apenas entra en acción su alma con todas sus virtudes, aunque en la vida ordinaria parezcan indolentes y abandonados; son capaces de todos los esfuerzos, y así son buenos oradores como telegrafistas, diestros mecánicos como soldados invencibles, notables historiadores como periodistas incansables: son de una raza algo impulsiva, sana todavía y de grande

alma, y de ella nacen los que mueren heroicamente en la cubierta de la nave enemiga, así como los rateros que con maravilloso ingenio le roban los huevos al águila. Soy de esta raza, la misma que la tuya, Valentina, y no es otro mi mérito que el de que la educación ha desarrollado un poco en mí, inclinándolas más al bien, las cualidades de la raza de que hemos nacido.

Y tú, hermanita mía—continuó— ¡qué cualidades no has desplegado ante mis ojos durante este viaje en que nos hemos conocido y estimado de corazón! Apenas tienes 21 ó 22 años, y emprendes sola, valientemente, un largo viaje para atender sin demora al llamado de tu papá; te prepara él un matrimonio, y por amor filial lo aceptas y vas a casarte sin que el corazón te lleve a ello, pero por seguir cariñosamente la voluntad de tus padres, y serás un modelo de esposas; ves un niño pobrecito y lo levantas entre tus brazos y dejas caer sobre él y sobre la anciana que lo guía la lluvia de jazmines de tus palabras afectuosas, de tus caricias y de tu caridad y ternura; se sienta a tu lado un compañero de viaje y tú lo juzgas bueno y digno de confianza, porque tu alma de niña no ve el mal en ninguna parte; ves llegar con valentía las incomodidades de una velada larga y penosa, y en todo momento brilla inalterable, con claridad de sol y como cascada de notas argentinas, tu buen humor y tu agudísimo ingenio. ¿Qué clase de mujer eres tú, te preguntaré yo a mi vez, hermana

mía, sino un admirable exponente de tu raza y de tu sexo, de la mujer de nuestra patria, capaz de tan grandes virtudes y abnegaciones?

Pero perdóname—agregó—, nós hemos vuelto oradores, y la situación no es propicia para ello: ¿no sientes que comienzan a caer algunos goterones?

—Efectivamente, ¡qué contratiempo! ¡Me iba resultando muy grato este paseo! ¿Y sabes que eres todo un orador, Emilio?

—¡Vamos! ¡No te burles de tu hermano, chiquilla! Entre tanto, los goterones cunden: vamos a tener temporal. Volvamos al coche.

Y volvieron muy unidos, comentando otra vez alegremente las jugadas que les hacía el viento, como empeñado en detenerlos, y que se vengaba tratando de arrebatárles el sombrero, los adornos y los abrigos.

Al llegar al coche encontraron al conductor, que recorría los carros por si en algo podía ser útil.

—Dígame, señor—le preguntó Emilio—: ¿no hay aquí alguna posada u hotelillo, en que pueda pasar confortablemente la noche esta señorita?

—Sí, hay, señor, pero es preferible que se quede en el carro.

—¿Por qué? ¿es muy mala?

—Sí, incómoda, desaseada, como que la estación es muy pobre; y tenga la seguridad de que a la media hora de estar allí la señorita, las pulgas la sacarían como en andas y en procesión a la calle.

—Y aunque fuera buena—agregó la niña—: allá, sola, en casa extraña, no podría permanecer tranquila. Estaré mucho mejor aquí. Además, una noche se pasa de cualquier modo, y sobre todo no es posible que abandone y deje en la soledad a quien ha sido tan atento y cuidadoso compañero en quince horas de viaje.

Los demás viajeros se habían instalado de la mejor manera posible para pasar la noche, y mataban el tiempo conversando. Otros al ver entrar a los jóvenes, se acercaron a ellos, se presentaron mutuamente y entablaron conversación sobre los incidentes de aquella tarde; y se animó la charla, regocijada por las felices ocurrencias de Valentina.

—Sáquenlos Uds. de la curiosidad—dijo uno de los nuevos contertulios—: ¿Uds. son casados?

—No, señor—contestó Valentina.

—¿Son hermanos o primos, entonces?

—Tampoco, señor.

—Entonces deben ser novios.

—Efectivamente, somos novios: mi compañero y yo vamos a Concepción a casarnos.

—Pues, francamente no lo parecen: los novios son siempre muy melosos; pero Uds. se han mostrado tan irreprochables durante el viaje entero, que no parecían tales. Hemos visto intimidad entre Uds., pero una intimidad tan discreta, tan llana, que todos pensábamos: o son hermanos o son casados

desde hace tiempo. Deseo a Uds. mucha felicidad; y aprovecho la oportunidad, señor Campos, para darle las gracias por los servicios que ha prestado a todos los pasajeros.

En seguida se retiraron.

—¿Por qué les dejas creer, Valentina— preguntó Emilio, cuando se retiraron los otros—, que tú y yo somos novios?

—Pero, hombre, ¡qué poca malicia! Si les digo que somos casados, no faltará quien nos desmienta y se formarán mala idea de nosotros; si les digo que somos hermanos, el resultado puede ser el mismo; si les digo que somos extraños y sólo nos conocemos desde esta mañana, no lo creerán y pensarán que ocultamos otros sentimientos. Déjalos que se engañen con la verdad, que al fin y al cabo es la verdad y no nos ofende: si después saben que cada cual de nosotros se ha casado por su lado, comprenderán el verdadero sentido de mis palabras y verán que son ellos los que han entendido mal. Por lo demás, nuestra conducta es el mejor testimonio de lo que valemos.



XIII

Para los demás viajeros se preparaba una larga noche de franco aburrimiento: pasarla encerrados en un coche, sin la más leve diversión y sin tener siquiera el recurso de salir a dar un paseo por el andén, a causa de la lluvia, era una perspectiva muy poco grata, sobre todo para personas habituadas a no recogerse tan temprano.

Peró uno de ellos tuvo una feliz idea, la comunicó a un compañero de viaje y los dos fueron en seguida a hablar con Valentina y Emilio.

—Venimos a pedir a Uds.—dijo el autor de la idea—un servicio de suma importancia y que Uds., según creo, nos concederán sin mucha dificultad.

—Si está en nuestra mano, queda concedido desde luego.

—Se trata de que Uds. nos den el medio de pasar un rato muy agradable y de acortar la noche que se nos espera.

—¿Y qué medio es ése?

—Que tengan Uds. la amabilidad de cantar cualquier cosa de las muchas que deben saber: los hemos oído y aplaudido cuando cantaban esta tarde, y en verdad que son Uds. dos verdaderos artistas.

—Muchas gracias por el elogio— contestó Valentina—; y por mi parte queda concedido el servicio con mucho placer.

—Y también por la mía—agregó Emilio.

—Lástima es oírlos cantar a secas, sin acompañamiento; pero en cambio, así oiremos mejor las voces.

—Pues no tan a secas—observó Valentina—: noten Uds. el silbido del norte en los alambres del telégrafo, los zumbidos del viento y el ruido de la lluvia: pues ahí tendremos orquesta de instrumentos de viento y de cuerda, y entre tanto los resoplidos de la locomotora nos irán marcando el compás.

—Es una felicidad, señorita, encontrarnos con una compañera de viaje tan de humor y tan de buena voluntad.

—Espérense Uds. ahí un momento: voluntad tenemos, pero somos muy interesados; en consecuencia, daremos el concierto, pero cobraremos por la entrada.

—Pues con gusto pagaremos su valor: Uds. dirán el precio.

—Cada cual dará lo que quiera, con mínimo de cinco pesos por asiento. Pero no piensen Uds. mal de nosotros: éste debe ser un concierto de beneficio.

—Aceptado, inmediatamente, señorita.

—¿Están Uds. satisfechos de las atenciones del conductor durante el viaje?

—Mucho, señorita: se ha portado muy bien.

—Pues entonces el producto del concierto se destinará a hacer un regalo al conductor.

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Feliz idea!

—Pues Ud., señor, que ha llevado la palabra, se encargará de la colocación de las entradas: queda nombrado empresario.

—De mil amores. ¿Y puedo buscar auditorio en los demás coches?

—Ciertamente que sí. Y mientras Uds. colocan las entradas y hacen la “reclame” del concierto, la señorita y yo ensayamos y preparamos algunos números.

—¡Espléndido! ¡Espléndido!

—Y a mí—dijo el otro de los pasajeros—¿qué ocupación me da?

—Ud. va a ser el jefe de la “claqué”.

—Aceptado, pero creo que no serán necesarios mis servicios.

—Ahí lo veremos.

Y los dos pasajeros se largaron a invitar oyentes por los demás coches, mientras Valentina y Emilio se ponían de acuerdo sobre los trozos que habían de cantar y ensayaban a media voz, rápidamente, algunos dúos, cosa no muy difícil para personas que tienen buen oído, conocimiento del canto y buen repertorio musical.

Quince o veinte minutos más tarde, se

habían reunido en el coche unas cuarenta personas, entre las cuales había algunas señoras y señoritas. Los dos concertistas se instalaron en un extremo del carro, para dejar más amplio y cómodo espacio al auditorio.

Un pito sirvió para dar la señal del concierto.

E inmediatamente se adelantó Emilio y anunció el nombre de la primera pieza:

—“El Diluvio”, de Saint Saens, sinfonía por la orquesta, pieza de gran efecto y muy real y descriptiva.

Volvió Emilio a su sitio y todos quedaron en completo silencio, durante el cual se oía sonar la lluvia que azotaba los cristales y los zumbidos del viento que soplaba con suma violencia.

—¿Y cuál es la orquesta?—preguntó al cabo de algunos momentos uno del auditorio.

—¿Pero que no están Uds. oyéndola?—observó Emilio.—¿Quiéren ustedes algo más real que el diluvio que cae en estos instantes, con ese acompañamiento de huracán? Y entre tanto ¿qué hace el jefe de la “claque” que no aplaude?

Varios oyentes estallaron en aplausos y carcajadas mientras otros, siguiendo el humor, gritaban fingiéndose irritados:

—¡Nos han tomado el pelo!. . . ¡Que nos devuelvan la plata!. . . ¡Se aguló el concierto!

Cuando se restableció el silencio, se

adelantó nuevamente Emilio y anunció:

—Dúo del segundo acto de “Il Trovatore”, para tenor y contralto.

Y ambos jóvenes entraron a cantar el dúo que habían cantado ya a media tarde, de Azucena y Manrique, y que fué oído con verdadero placer y aplaudido con gran entusiasmo.

—¡Que se repita! ¡que se repita!— gritaron dos o tres asistentes.

—Se prohíben las repeticiones, a menos que Uds. repitan el valor de la entrada.

—¡No hay inconveniente!

—Entonces repetiremos el número al final del concierto.

En seguida se levantó Valentina y dijo:

—Romanza de Radamés, del primer acto de “Aída”, por el aplaudido tenor señor don Emilio Campini.

Y adelantándose Emilio con trancos de ópera y solemne apostura, y poniéndose una mano en el pecho, cantó el recitado y en seguida la romanza: “Se quel guerrier io fossi!... Se il mio sogno s’averasse”..... Y la cantó bien, con verdadero arte, como parecerse aplaudir en un buen teatro.

Cuando terminaron las aclamaciones, anunció a su vez Emilio:

—Romanza de Dalila, de la ópera “Sansón y Dalila”, cantada por la incomparable contralto signorina Valentina dei Reggi.

Y aquella muchacha artista cantó con hermosa y potente voz de contralto y apasionado acento la admirable romanza: “S’apre

per te il mio cuore”, la más apasionada melodía de amor y seducción que se ha escrito para el teatro, y que suscitó verdadero entusiasmo entre los oyentes.

—¡Dúo de Enzo y Laura, del segundo acto de la ópera “La Gioconda”— anunció Emilio.

Y cantaron en diálogo primero y después en conjunto aquellas apasionadas estrofas que dicen:

Enzo:—Deh! non turbare con ree paure
Di questi instanti le ebbrezze pure;
D' amor soltanto con me ragiona
E il cielo, o cara, che schiudi a me.

Laura:—Ah! del tuo bacio, nel dolce in-
(canto,
Celeste gioia diventa il pianto;
A umano strazio Dio non perdona
Se perdonato amor non é.

El dúo fué otro momento de placer para los oyentes y lo habría sido aún para otro auditorio más exigente y mejor preparado. Al terminar se repitieron los aplausos y aclamaciones.

Después de esto cantaron dos o tres trozos más, con la misma buena voluntad, y a continuación, Valentina dijo al oído a Emilio:

—Hagámosles una broma: anúnciales cualquier cosa rara y en seguida cantamos a un tiempo, pero cada cual por su lado, un

trozo diverso, lo primero que se nos ocurra.

—Ahora, señores—dijo Emilio, conteniendo la risa—, vamos a dar a Uds. una sorpresa cantándoles un dúo de música clásica, especial para personas muy inteligentes en tan divino arte.

Y poniéndose en facha, se lanzó Valentina a cantar en italiano la romanza del paje Urbano, de los “Hugonotes”, mientras Emilio, al mismo tiempo, contaba con acento profundamente dramático, en francés, la romanza “La fleur que tu m’avais jetée”, de “Carmen”. Los asistentes escuchaban asombrados, haciéndose unos con otros señales de admiración y de aplauso, como grandes entendidos. Al terminar, le sobró caballo, como se dice vulgarmente, a Emilio, que se quedó cantando solo; y al notarlo Valentina, tuvo que repetir un pedazo de frase para no dejar aislado a su compañero. Cuando concluyó el dúo clásico, los oyentes estallaron en una verdadera ovación.

—¡Pero qué música tan difícil debe ser ésa!—observó uno.

—¡Debe ser música alemana!— agregó otro.

—Seguramente es algo de Wagner: ¿no es verdad, señorita?

—Sí, señor: de Wagner, precisamente.

—Creo reconocer—agregó un tercero— opinando con cierto acento doctoral—uno de los trozos más aplaudidos del “Parsifal”.

—¡Barájoles con el Wagner!—exclamaron algunos.

—¿No les digo yo— agregó el cono-
cedor del “Parsifal”—que Wagner es un ge-
nio colosal? ¡Ahí lo tienen Uds.!

Se repitió el dúo del “Trovador” y en
seguida el que había hecho de empresario en-
tregó el producto de las entradas, unos 500
pesos, a Valentina.

—Ud. tendrá la amabilidad, señorita,
de darlos al beneficiado.

—Gracias por la comisión; pero es difí-
cil, pues hay que usar de mucha diplomacia
para que no se ofenda.

—¡Y qué más diplomacia, señorita, que
su gracia y su gentileza!

Agradeció sonriendo Valentina. Y ahí
terminó el concierto.

Y en efecto, la gracia de la muchacha
hizo aceptable el obsequio para aquel atento
y buen empleado.



XIV

La conversación se redujo a los dos jóvenes, pero pronto comenzó a ver Emilio que su compañera hacía esfuerzos bien disimulados al principio, más visibles después, para conservarse despejada: el cansancio del viaje y el sueño empezaban a dominarla, pero la valiente niña quería vencerlo y mantenerse a la altura de su compañero.

—Valentina, tú no puedes resistir más —dijo éste—, y es una crueldad la que usas contigo misma, y crueldad mía consentir en ella. Es necesario que duermas.

—Sí, lo confieso,—respondió ella, después de dudar un instante—: debo ser franca, tengo sueño y, por lo demás, sería inútil querer disimularlo. Dormiré aquí, en el asiento.

—Nó; no podrías dormir bien. Permíteme que te arregle una cama, aunque sea algo rudimentaria: no faltan medios.

—Pero, Emilio, voy siendo demasiada

carga para tí.

—¿No me has llamado tu hermano? ¿Y en qué mejor puedo emplear mi fraternidad que en dar un poquito de comodidad a mi hermana? Espera un instante.

Y salió, a través de la lluvia, y se dirigió a la casa del jefe de estación, en la cual se veía luz y estaba abierta la puerta; de allí volvió a los pocos momentos con diversos objetos.

Cambió de posición el respaldo de los asientos que seguían por delante de ellos y quedaron así cuatro en grupo; en el espacio intermedio colocó un cajón que había traído de la casa del jefe y sobre el cajón puso unos cojines, de la misma procedencia, hasta nivelar completamente el hueco con los asientos; colocó una almohada en una de los extremos, y así quedó formado un lecho más o menos espacioso, cómodo y blando, y sobre él extendió una manta.

Hecho este trabajo, tomó la sombrilla de Valentina y amarró el mango en la rejilla, cuidando de dejar colgada y abierta la tela, de modo que tapara la luz y proyectara sombra sobre la cabecera del lecho improvisado.

—Ya tiene lista su cama, mi querida hermana; pero debo hacerle una advertencia.

—¿Cuál, Emilio?

—Que si vas a dormir con el calzado puesto, amanecerás con los pies hinchados.

—Pero temo que se me enfríen, mi que-

rido hermano.

—Todo se puede remediar.

Abrió la maleta y de allí retiró una bufanda de lana.

—Con esto— dijo — puedes envolverte los pies sin temor de enfriamiento.

Quitóse Valentina el calzado, mientras Emilio desliaba el rollo de mantas escocesas de que anda siempre bien provisto un viajero amigo de las comodidades.

La muchacha se acostó vestida en el improvisado lecho y exclamó:

—¡Qué cama tan deliciosa, Emilio! ¡Qué blandita!

—Sobre todo después de permanecer diez y siete horas en pie y después de un viaje con tantos incidentes.

—Y sobre todo siendo cama preparada por las mismas cariñosas manos de un hermanito que me regaló la Providencia hoy a las 8 de la mañana.

—Hermanito que, si algo vale, ha sido porque lo estimuló la honrosísima y noble confianza que puso en él una graciosa y adorable hermanita que se le apareció como un rosal en el camino.

Y entre tanto Emilio iba extendiendo las mantas sobre la niña, con exquisita delicadeza y con el cuidado de un hermano que atiende a su hermana menor y la más mimada; y en seguida arregló más la pantalla que había formado con la sombrilla, hasta evitar que le diera directamente a la joven la luz en el rostro.

—Y tú, ¿qué vas a hacer, Emilio?

—Para mí, llega el sueño cuando quiero; me quedaré leyendo en este asiento del otro costado del coche, frente a tí, para velar tu sueño. Duerme, pues, tranquila, hermana mía.

—Espera un momento.

Se incorporó Valentina en el lecho, se santiguó y rezó algunos minutos fervorosamente. La lluvia azotaba los cristales, zumbaba el viento con furia, y en medio de aquel cuadro de tormenta, Valentina orando, con los grandes y hermosos ojos elevados hacia la altura, parecía la plegaria viva del candor hecho niña y puesta allí como una luz en medio de la borrasca. Terminó sus oraciones, se acostó nuevamente, sonriendo a Emilio, que se apresuró a abrigoarla con los mullidos cobertores.

—¡Emilio!—dijo al cabo de un momento.

—¿Qué quieres?

—Me has cuidado como tu hermanita menor: completa ahora tu obra: cuéntame un cuento, pues soy una chiquilla de siete años; siéntate ahí, en el hueco que queda a los pies.

—¿Y no quieres que te cante, para hacerte dormir?

Y empezó a cantar, burlonamente, a media voz:

Duerme, Valentina,
Duerme por favor,

Por los capachitos
De San Juan de Dios.

—Emilio, eres un malvado: te estás burlando de mí. No quiero que me cantes un canto, sino que me cuentes un cuento.

Obedeció sonriendo el mozo e inclinándose hacia ella, como quien va a arrullar a un niño en su cuna, comenzó diciendo:

“Había una vez en un país del norte una hermosa pareja de palomas que se querían entrañablemente y que tuvieron cuatro hijos: tres de ellos eran palomas y uno, solamente, palomo. La familia entera era muy unida y había siempre muchísimo amor entre todos ellos; pero un día voló una de las palomas, bajo la bendición de sus padres, y, unida a un palomo de las vecindades, fué a labrar su nido en alero no lejano; detrás de ella voló otra, y en seguida la tercera, todas acariciadas por los paternos arrullos; y sólo quedó en el primitivo alero el palomo joven, y acompañó fielmente a sus padres, y les buscó cariñosamente el alimento, y los cuidó con acendrado cariño, hasta que ambos dieron el postrer aleteo y emprendieron el último vuelo hacia la región a donde van las almas cándidas y buenas, así sean de seres humanos como de palomas; pero antes de irse, llamaron a su hijo y le dijeron:

“—Hijo, vas a quedar solitario y es necesario que labres tu nido, pues no es bueno que un palomo esté solo; y para ello elige compañera según tu corazón y según tu in-

teligencia.

“El palomo arrulló tristemente sobre los restos de sus padres, y empezó a buscar compañera, y siempre que veía alguna paloma, se preguntaba: “¿Será ésta como la que me indicaban mis padres?”

“Así estuvo buscando mucho tiempo, pero unas satisfacían su inteligencia y no su corazón, y otras agradaban a su corazón mas no a su inteligencia.

“Al fin un día, el palomo tuvo noticias de que había una que vivía en los países del sur, donde en el verano son muy largos los días, las brisas muy frescas, muy verdes las enramadas y muy tupidos y musicales los bosques, en cuyas frondas los copihues cuelgan sus blancas y rojas campanillas. Y emprendió el vuelo hacia el sur, ansioso de amor, pero no bien seguro de si iban a quedar contentos a la vez su corazón y su inteligencia, o si sólo era aquello una ilusión de sus ojos.

“Comenzó a volar con mucho brío, pero a poco de emprender el largo viaje en busca de compañera, oyó repentinamente en el espacio un armonioso aleteo, y vió volar bajo la caricia del sol y de la brisa...”

Aquí llegaba en su cuento Emilio, pero ya los ojos de Valentina se habían cerrado dulcemente, y dormía con un sueño placentero y tranquilo en la dulce paz de una conciencia serena y de una alma que era toda transparencia y blancura.



XV

Retiróse de allí Emilio quedamente, para no hacer ruido que pudiera despertar a su compañera, y fué a sentarse al otro costado del coche, en punto desde donde podía velar el sueño de su hermana; envolvióse bien en su abrigo, sacó un libro y se puso a leer.

En ese momento entró el conductor y se acercó a él.

—El jefe de estación me encarga decirle que tiene mucho gusto en ofrecer a usted y a la señorita una taza de té.

—Muchísimas gracias, mi buen amigo: mi compañera se ha dormido y yo no me atrevo a dejarla sola, por temor al borracho.

—Que, le prevengo, ha estado echando sus tragos en el carro vecino.

—Mayor razón para que no me aleje de aquí. Pero acepto la bondadosa oferta del jefe y le ruego que haga poner leche muy caliente en esta botella "Thermos", sobre el

café que contiene, hasta llenarla.

—Con muchísimo gusto: vuelvo en seguida.

Volvió a los cinco minutos; Emilio bebió un poco de café y guardó cuidadosamente la botella; después conversó algunos momentos con el conductor, el cual se despidió pronto para continuar su ronda y el mozo volvió a la lectura.

Leyó algunos reglones, pero pronto se convenció de que solamente los ojos leían, pues la mente se iba por otros pensamientos, activamente solicitada por los sucesos de aquel día.

¡Qué serie y qué variedad de impresiones y sentimientos habían llenado esas dieciocho horas! Había partido de Santiago para ir allá, a 600 kilómetros de distancia, a pedir la mano de una mujer a la cual pensaba dar toda su juventud, todos sus afectos, todos sus esfuerzos, su vida entera, y partía con estas impresiones en el alma; en seguida e impensadamente llegaba a sentarse a su lado una niña de gran hermosura y gran distinción, que desde los primeros momentos lo aceptaba por compañero de viaje y ponía en él toda su noble y candorosa confianza; crecía la amistad entre ellos y, muy luego, alcanzaba alegremente a la intimidad; el tratamiento ceremonioso se convertía en familiar, hasta llegar, en medio de las emociones de un acto caritativo, a la fusión de almas y de afectos apacibles que se traducen en el "tú"; los incidentes del borra-

cho, el almuerzo en Curicó, la escena de la niñita y su abuela y las cariñosas palabras de ésta, el otro incidente de aquel desgraciado padre de familia y la actitud de Valentina después de este suceso, la interrupción del viaje en aquella estación casi desolada, la comida en común, con todas las alegres y cálidas intimidades de la familia, en que ella le daba el grato nombre de hermano, el paseo por el andén bajo el azote del viento que obligaba a aquella niña a ceñirse a él en busca de un refugio, como golondrina que se acoge al caliente nido del alero, el alegre concierto que acababan de dar y, por último, el tranquilo sueño que ella dormía ahora bajo el amparo de su compañero, como una chicuela que reposa en absoluta calma porque sabe que las miradas paternas velan cariñosamente sobre ella: todos esos incidentes y los demás del viaje pasaban por su memoria y volvían a presentarse a su mente con nuevo fulgor de vida, con nuevo vigor de luz, y volvía él a vivirlos con la misma fuerza con que los había vivido durante esa sucesión de horas y momentos inolvidables.

Pero principalmente ocupaba su alma la consideración de aquella bellísima alma de mujer, de carácter resuelto, desarrollado por una educación algo viril, y que conservaba, sin embargo, todos sus candores de niña; la gran vivacidad de una inteligencia aguda; el humor risueño de una gran salud moral y que era capaz de las mayores valen-

tías y de las más hondas ternuras. ¡Y qué bien merecía el nombre de Valentina, que expresa, a la vez, en su significado el valor y la energía del carácter, y en la forma toda la dulzura y la delicadeza femeninas! ¡Y cuánta limpieza y candor en aquel corazón que había depositado tan noble e ingenuamente en él la absoluta confianza que sólo una hermana puede depositar en el más querido de sus hermanos!

Evidentemente, había algo de providencial en todo aquello: no era posible que se hubieran hilvanado todos esos acontecimientos sólo para producir un día de acercamiento e intimidad, y separarse en seguida, al fin del viaje, e irse cada cual por su lado, cada cual a constituir su propio hogar, y para no volver a verse nunca. Pero no podía ser otro el resultado: a ella la esperaban sus padres para darle un matrimonio ventajoso con un joven meritorio y compañero suyo desde la infancia, y labrarían su nido en aquella metrópoli del sur, tan distante de Santiago; y él, Emilio, era esperado también en Concepción, a donde iba a concertar su propio matrimonio, y dentro de poco volvería para tomar su compañera y regresaría a hacer su nueva vida en Santiago, a tanta distancia de la metrópoli del sur. Y sin embargo, ni el uno ni el otro, ni Valentina ni él, iban de pleno corazón y de plenísima voluntad al matrimonio, y uno y otro tenían restricciones mentales con respecto a semejante casamiento, pero ambos estaban resuel-

tos y decididos a seguir el camino trazado para cada uno.

“¿Por qué suceden estas cosas en la vida?—se preguntaba Emilio. — ¿Por qué se hacen así los matrimonios? Nó: los hombres no saben elegir compañera, sino que la buscan con los ojos nublados por los intereses, las pasiones y los prejuicios; y las mujeres no pueden elegir, sino que son elegidas, y esperan al que venga a buscarlas o al que sus padres les señalan como digno de ellas. ¡Ah! Si supiéramos, si quisiéramos levantarnos por encima de la multitud y subir a respirar en una atmósfera despejada de prejuicios, de pasiones y de intereses y donde se pudiera ver en completa transparencia y a plena luz ¡qué bien sabríamos elegir, con absoluta satisfacción del corazón y de la conciencia!”

Aquella niña, por ejemplo, que dormía allí bajo su hidalgo amparo, ¡qué distinta era de cuantas había conocido y tratado hasta entonces, almas buenas y llenas de mérito seguramente, pero deformadas por una educación superficial, por convencionalismos anti-naturales, por contagios sociales malsanos! Nunca había encontrado una alma que se aviniera tan bien con la suya, un corazón que concertara tan bien con su propio corazón, como dos notas acordes de un mismo finísimo instrumento; ni jamás, estaba seguro, se había desarrollado entre dos seres, una fuerza de simpatía más vigorosa, más pura, más límpida, ni un solo instante

manchada con la más leve sombra de un deseo o de una aspiración de los sentidos. Y, no obstante, cada cual iba por su lado a su respectivo matrimonio, y los dos rayos de luz, confundidos un momento en un solo haz de esplendores, iban a separarse para siempre a fin de iluminar cada uno distinto rincón en distinta ciudad.

Y vinieron entonces a su mente, como en una visión súbita, las escenas e incidentes de los Baños de Catillo, y se pusieron por sí solos en parangón con las escenas e incidentes de ese día de viaje, y sintió Emilio en su alma uno como encogimiento doloroso, como si después de contemplar el esplendor de una luminosa mañana de primavera, impregnada de aromas de flores, le hubieran presentado un rincón de sala alumbrado por luz artificial y lleno de un ambiente cargado de perfumes sensuales y malsanos. Nó: aquello, lo de Catillo, no era más que un engaño de los sentidos y el alma no había tomado parte en ello; la satisfacción del alma estaba aquí, con el pleno contento del corazón y la plena aspiración de la conciencia. Pero... no diría una sola frase, no profanaría con una sola palabra de amor la noble y honrosa confianza que de él había hecho aquella admirable muchacha que dormía bajo sus cuidados de amigo y de hermano.

Y al tomar esta resolución, en su interior, volvía a vivir, con una especie de amarga felicidad, todas las escenas del día, y se

sentía dichoso al ver mezclada su vida a la vida de aquella niña.

—¿Habré tallado en mi alma—se dijo—un recuerdo de dicha o el desgarramiento de un dolor?... Sea lo que sea, cúmplase mi destino, ya que yo lo he elegido, y siga ella las amorosas previsiones de sus padres. La dicha está entre ella y yo, pero mi honradez me impide tender las manos hacia ella.

El viento seguía gimiendo y la lluvia azotando a latigazos los cristales del coche.





XVI

Por este camino siguieron sus pensamientos largo rato, pero procuraba distraerlos con la lectura y sin perder de vista a Valentina, que continuaba durmiendo con sueño tan dulce y reposado como el de un niño en su cuna; y desde su sitio veía Emilio, en la semi-claridad que dejaba filtrar la sombra, la opulenta masa de los cabellos de la joven que hacían resaltar la candidez de la frente; los párpados orlados de una finísima línea de color obscuro, de la cual brotaban las largas y sedosas pestañas; el color blanco del cutis animado por las rosas de las mejillas; la primorosa boca ligeramente entreabierta como si en esos momentos fuera a brotar de ella la cascada de notas argentinas de su risa, como fluye el agua cristalina de una fuente de nácar y corales; y el cuello de cisne, que ondulaba levemente bajo el impulso de la respiración tranquila con rítmico movimiento.

Entre tanto, la borrasca continuaba afuera en toda su furia, sin cejar un punto, y al fin el chasquido de la lluvia, el largo zumbar y gemir del viento, el silencio que reinaba en el interior del coche, donde todos dormían, el jadeo lejano de la locomotora que se mantenía en presión, y la natural necesidad de reposo después de veinte horas de vigilia, de viaje y de esfuerzos, acabaron por traer el sueño a los ojos de Emilio; comenzaron a perderse de vista los objetos, sintió que todos los ruidos se confundían en un solo murmullo lejano y, cediendo sin darse cuenta, apoyó la cabeza en el respaldo y se quedó dormido.

¿Cuánto tiempo durmió? ¿alcanzó a dormir siquiera? No lo supo Emilio, pero despertó con la sensación de que acababa de reclinar la cabeza y de que alguien o algo había pasado al lado suyo interceptando la luz. No hizo, sin embargo, el más leve movimiento, sino que entreabrió apenas los ojos para mirar lo que podía venir; y entonces vió algo que se llevó inmediatamente hasta los últimos velos del sueño.

El borracho de la mañana estaba allí, en el pasillo, entre la fila de asientos en que descansaba él, Emilio, y aquella otra en que dormía Valentina. El badulaque apestaba a alcohol y a borrachera, y desde su asiento oía perfectamente Emilio su respiración anhelosa e irregular.

Se mantuvo indeciso el borracho un instante, mirando hacia la niña, se volvió en se-

guida lentamente para inspeccionar todo el carro, clavó después los ojos en Emilio como para cerciorarse de que éste continuaba durmiendo, y el joven vió perfectamente, a través de las pestañas, aquella mirada vidriosa y agitada por lúbricos relampagueos; continuó el borracho girando sobre los pies, sin hacer ruido, e investigó la otra extremidad del carro, y siguiendo su giro llegó a quedar colocado otra vez de cara hacia Valentina; quedóse quieto un instante y, adoptando por fin una resolución, extendió las manos, apoyó la izquierda en el respaldo y la derecha en el brazo del asiento en que tenía su hermosa cabeza la joven, y se inclinó estirando los labios hacia aquel rostro adorable: la babosa iba en busca de la flor y a dejar en ella la huella gelatinosa de su labio.

Pero cuando el borracho, en su lúbrico anhelo, tenía ya la inmunda boca a quince o veinte centímetros de los labios de Valentina, sintió de repente en la nuca una tenaza de hierro que lo oprimía con terrible vigor y en seguida lo atraía hacia atrás con inaudita fuerza, hasta ponerlo nuevamente en línea vertical; y oyó después una voz contenida, silenciosa, pero muy dura, que le tronaba al oído:

—¡Canalla! ¡puerco infame!

Y vió frente al suyo el rostro y los ojos de Emilio que lanzaban rayos de ira.

La presión de aquella mano de acero se mantuvo; sin soltar el cuello del borracho, Emilio lo empujó hasta el extremo del ca-

rro, allí lo soltó y, arrebatado por la indignación, descargó sobre él una tremenda bofetada, que lo hizo caer al suelo hecho un ovillo, a dos metros de distancia.

El borracho se revolcó en el suelo algunos momentos y después se levantó lentamente; pero al ponerse en pie, notó el joven que aquel miserable se llevaba la mano derecha al bolsillo posterior del pantalón; sospechó Emilio la intención y dió un verdadero salto de gato hacia el badulaque, el cual, entre tanto, había alcanzado a sacar un revólver; pero no tuvo tiempo de disparar, pues cayó sobre su mano derecha la izquierda del joven, que lo oprimió con formidable vigor, mientras con la derecha le cogía y apretaba el cuello. No pudo resistir el borracho aquella doble presión y soltó el arma, en el mismo momento en que entraba al coche el conductor por la puerta más cercana y veía toda aquella escena.

Todos estos hechos se habían desarrollado silenciosamente, pues Emilio no quería suscitar alarma, ni el borracho había querido llamar la atención sobre sí a fin de que nadie pudiera acudir en defensa de su víctima.

Puso Emilio el pie izquierdo sobre el revólver y con la mano derecha rechazó al borracho, que cayó sobre un asiento, mientras el conductor preguntaba:

—¿Qué ocurre, señor? ¿otra vez este badulaque?

—Razón tenía Ud.—respondió Emilio

—en sus sospechas.

Y refirió al conductor todo lo ocurrido.

—No podemos dejar a este individuo en libertad—dijo el conductor, después de algunas exclamaciones de indignación y de ira contra el malhechor—, pues, si no, vuelve a hacer alguna de las suyas. Lo encerraremos amarrado en el carro de equipajes por esta noche, y mañana lo entrego a la policía de Yumbel. Vigílelo usted mismo un momento, señor.

Y salió y volvió muy luego acompañado del ayudante y de otro empleado y entre los tres se llevaron al bribón hacia el carro de equipajes.

Entre tanto, todos seguían durmiendo en el carro y nadie se había dado cuenta de lo acaecido.

—Ha sido una felicidad— se dijo Emilio—: así no sabrá nunca Valentina el peligro que ha corrido de verse profanada por los inmundos labios de ese puerco.

Miró el reloj, que señalaba las dos de la mañana, y se instaló nuevamente en su asiento y se entregó con ánimo sereno a la lectura, sin nuevos ataques de sueño, y así esperó tranquilamente el amanecer.

Al venir el día, disminuyó la lluvia hasta cesar casi por completo.





XVII

A las 7 de la mañana entró el conductor a darle los buenos días y le dijo:

—Acaban de comunicar por telégrafo...

—¿Por telégrafo?— preguntó Emilio, interrumpiéndole. — ¿Entonces el telegrafista está habilitado?

—Ya lo creo: el jefe de estación le ha aplicado dos remedios inmejorables, después de dejarlo dormir desde las 6 de la tarde de ayer hasta las 6 de la mañana de hoy.

—¿Qué remedios fueron éstos?

—Un poco de amoníaco, que sacó de las mismas pilas del telégrafo, y una trilla de patadas: el hombre se serenó como con la mano y casi conjuntamente con el tiempo.

—Lo celebro, aunque no me disgustaba a mí seguir sirviendo el empleo. Pero perdone la interrupción: ¿qué venía Ud. a decirme?

—Que han comunicado por telégrafo desde Concepción que a las 6.30 ha salido

un tren auxiliador y con línea abierta, de modo que debe estar aquí entre 8 y 8.30.

—Le agradezco muchísimo la noticia. ¿Está en servicio el lavatorio que hay siempre en el gabinete del excusado?

—Sí, señor: lo reviso yo mismo diariamente.

Emilio extrajo de su maletín los elementos necesarios y procedió dentro del gabinete a su aseo personal: como previsor y habituado a los viajes, llevaba consigo toallas, jabón y demás elementos. Y una vez que hubo terminado tal operación, se acercó a Valentina y la despertó suavemente.

—¡Valentina!... ¡hermanita!

Abrió los ojos la joven y junto con abrirlos sonrió alegremente, con el despertar tranquilo y risueño de todas las personas de buen carácter y alma serena.

—¡Buenos días, Milio!

—¡Buenos días, hermana mía! ¿Cómo has pasado la noche?

—Deliciosamente: no he despertado una sola vez. ¡Qué cama tan regia la que me diste, muchacho! Pero, ¡cómo ha transcurrido el tiempo!... ¡Y qué distantes veo los sucesos de ayer! Me parece que hace un año que vengo viajando... Y tú ¿cómo lo has pasado?

—Muy tranquilamente y gozando con verte dormir en tanta paz.

—¿Qué horas son, Milio?

—Poco más de las 7.30.

—¡Dios mío! ¡He dormido más de ocho

horas!

—Y te he despertado porque entre 8 y 8.30 debé llegar un tren auxiliador para que podamos transbordarnos. En ese gabinete está todo preparado para tu “toilette”: te dejo, pues, sola un momento, pero sin salir del carro. Toma: en esta “Thermos” queda todavía agua caliente, que te servirá para templar la demasiado fría del estánque.

—¡Gracias, Milio! ¡Eres un compañero incomparable!

Se echó fuera de la cama y tomó los botines para calzarse, pero al comenzar a hacerlo, dijo:

—Emilio, no me mires los pies: no sea que tenga las medias rotas.

—Pierde cuidado, que no he de ser tan indiscreto; y en cuanto a la rotura de las medias, aunque la hubiera, no creo que ella hiciera de tí una muchacha rotosa. Además, ¿sería éste el único caso de medias rotas?

—Nó, por cierto, pues, a lo menos a mí, es cosa que me ocurre con frecuencia. Y a propósito, te contaré una ocurrencia de mi niñez. Tenía yo unos seis años; estábamos un día en Penco, y jugábamos en la playa con varias amiguitas mías; después de correr y revolcarnos, noté que me había entrado arena bajo la planta de uno de los pies, me quité el zapato para sacarla y entonces quedó al descubierto en la media una rotura que parecía un gran monóculo con que el talón miraba hacia afuera.—¡Valentina!—ex-

clamó una de mis amigas—¡tienes rotas las medias!—Aquello me produjo un bochorno terrible, pero no perdí la calma:— ¿No ves tú?—dije a mi amiguita.—No soy yo la que rompo las medias ni mi papá me compra nunca medias rotas; pero se las puso mi tía Benigna, y con la pataza que tiene ¡claro! me las rompió y me las dejó en este estado.—Ya comprenderás tú, Emilio, si me creerían la explicación.

—¿Y no protestó indignada tu tía Benigna contra semejante calumnia?

—¡Qué había de enojarse, hombre, si me lo celebraba todo!... ¡Pásame mi maletín, Milito!

Tomó Valentina el maletín y se dirigió al gabinete y, entre tanto, Emilio desarmó la improvisada cama, lo puso todo en orden, abrió las ventanillas para ventilar siquiera esa parte del coche; y cuando salió Valentina, la esperó con el desayuno listo: el café con leche preparado en la noche anterior y guardado en una de las “Thermos”, que lo conservaba todavía caliente.

—¡Hasta esta regalía me has tenido, hermanito mío!—exclamó la muchacha, visiblemente emocionada.— ¡Sólo mi madre y mi padre hubieran tenido para mí tan exquisitas atenciones! Antes de tomar el desayuno, dame la mano, Emilio: ¡cómo podré agradecerte todas tus bondades!

—Viéndote contenta y de buen humor: ¡qué mayor recompensa para mí!

—¿Y cómo no habría de estarlo, si tú

me envuelves como en una atmósfera de hogar?

—Pero ¿qué menos podía hacer por mi hermana? ¿y no llevo el premio en el placer de servirte? Y mira hacia fuera, Valentina: junto con salir tú del gabinete, ha salido el sol.

—De veras: el sol y yo somos dos buenos amigos.

Tomó Valentina el desayuno, tomólo también Emilio; después ambos lo dejaron todo listo para cuando llegara la hora del transbordo, y en seguida, bien abrigados ambos y cogidos del brazo, se fueron a pasear por el andén, cuyo piso arenoso se había tragado el agua de la lluvia y permitía el paseo, mientras los demás pasajeros se desperezaban.

La atmósfera no estaba despejada completamente; aun corrían algunas nubes por el cielo y hacían temer que la tormenta se reanudara; pero entre tanto había sol y luz, y esplendor de mañana de otoño.

Después de algunos rápidos paseos, se dirigieron a hacer una visita al jefe de estación para darle las gracias por sus atenciones y devolverle los objetos que había prestado.

—¿Cómo ha amanecido la señora enferma que venía en el Pullman? — preguntó Valentina.

—Ha pasado buena noche, señorita. Y Ud. ¿cómo está?

—Admirablemente, gracias a los ele-

mentos que Ud. nos prestó y gracias a Emilio, que ha resultado muy hábil “para hacer la cama”; y sin embargo, Ud no le encuentra cara de traidor, ¿verdad?

—Nó, señorita,—contestó riendo el jefe—; por el contrario, no puede ser mejor amigo: no olvidaré nunca los servicios que me ha prestado a mí y a todos.

—¿Y qué noticias nos da Ud. del tren auxiliador?

—Va a acercarse a Yumbel en pocos momentos más, y por consiguiente lo tendremos a las 8.20 al otro lado del puente hundido. Pero, señorita, no se pasee por la humedad: tenga la bondad de entrar, pues en el interior de la casa hay un corredor bien asoleado.

Allá fueron los dos jóvenes y pasearon un rato, al amor de aquel tibio sol de otoño, y en alegre charla con la familia del jefe, y allí esperaron el aviso de la llegada del tren.

Efectivamente, a las 8.20 se oyó un pitazo lejano, el conductor reunió a los pasajeros y el expreso se puso en marcha hacia el puente cortado, y diez minutos más tarde llegaba hasta él: al otro lado del río se veía el tren auxiliador, compuesto de una máquina y algunos coches de primera y segunda clase.

• Desde las ventanillas del expreso se veía perfectamente el río, no muy caudaloso de ordinario, pero convertido ahora en un torrente que corría con espantosa velocidad y profundo estruendo, arrastrando

grandes ramas de árboles, matorrales enteros y otros escombros descuajados del camino .

—¿Es mucho el destrozo? — preguntó Emilio al conductor.

—Considerable, señor, pues se ha hundido el machón central y han quedado unos quince metros sin línea.

—¿Y qué arreglo van a hacer?

—El único posible por el momento: se han colocado tablones a lo largo de lo que queda del puente, y desde el extremo de la cortadura hasta los escombros del machón, después de poner encima de éste algunas vigas para darle mayor altura y para que los tablones no alcancen a tocar el agua; y en seguida se han puesto otros tablones desde ese mismo machón hasta la otra extremidad de la cortadura. Los viajeros tendrán que pasar a pie por los tablones .

—¿No habrá peligro en el paso?—preguntó Emilio.

—Nó; pero convendrá que los pasajeros pisen firme y que tengan buena cabeza al cruzar por encima del río. Yo les avisaré el momento oportuno y vendrá un empleado para que les lleve el equipaje.

—Gracias, de todo corazón.



XVIII

Pocos minutos después el conductor dió el aviso y llegó uno de los empleados del tren para tomar las maletas y bultos; fuera de una maleta de Emilio, no muy pesada, lo demás era ligero: rollo de mantas, maletines y cosas de poco peso y volumen

Bajó el empleado y bajó Emilio, y tendió la mano a Valentina para que descendiera, pues, como no había andén, quedaba a mucha altura la pisadera sobre el suelo; la joven tomó la mano, y sin advertir a su compañero y fiada en su agilidad, dió un salto con bastante brío, y, al caer, afirmó el pie derecho sobre una piedra, que resbaló inmediatamente bajo la planta: doblóse el pie por el deslizamiento de la piedra, y hubiera caído Valentina por tierra sin el vigoroso esfuerzo que hizo Emilio para sostenerla; pero la joven no pudo contener un grito de dolor, que alarmó profundamente a su compañero.

—Valentina, hermanita, ¿qué te ha ocurrido?

—Me he torcido el pie derecho; pero no es nada, ya va pasando, no te aflijas.

Y trató de andar, pero no pudo hacerlo: el pie no resistía el movimiento. Se cogió del brazo de Emilio y así procuró ponerse en marcha, pero no le fué posible, a pesar de su valor.

—Espérate un poco: descansaré un momentito, sentada en la pisadera, y esto pasará luego.

Así lo hizo, después de tender Emilio un pañuelo en la pisadera: pasó luego el dolor, pero al querer moverse, hubo de reconocer la valiente muchacha que le era imposible caminar.

—No importa—dijo—: iré cojeando.

—Nó, Valentina: sería una gran imprudencia. La torcedura talvez no tendrá mayor importancia, si te quedas en reposo; pero andando, se te hinchará el pie y el accidente tomará proporciones que no debe tener.

—Pero, entonces ¿qué hacer?... ¿no podría ir en silla de mano?

—Imposible, señorita—dijo el empleado—: los tablones no tienen ancho bastante para eso, sino para una persona, o para dos delgadas a lo sumo.

—Todo puede arreglarse, hermanita: pónete en pie un momento, guardando el equilibrio sobre el izquierdo, y toma mi sombrero.

Hízolo la joven, quitóse Emilio el abrigo y lo entregó al empleado, se inclinó, rodeó las piernas de Valentina a la altura de las rodillas con el brazo derecho, y con un vigoroso impulso la levantó en el aire hasta que pudiera apoyarse en el hombro.

—¡Pero, Emilio, por Dios! ¡qué carga te echas encima! ¡No puedo sacrificarte de esa manera!... ¡nos quedaremos aquí hasta que pase otro tren!

—No hay más trenes por hoy, señorita —observó el empleado.—Además el caballero es hombre de fuerzas.

—Quédate tranquila, hermana: con la mano izquierda asegúrate bien del cuello de mi chaqueta y nada temas. Ahora, vamos andando.

El empleado echó adelante con la maleta y demás objetos, y Emilio tras él con paso reposado y firme, llevando la preciosa carga sin que revelara en el rostro ningún esfuerzo extraordinario. Así llegaron hasta la entrada del puente y avanzaron por los tablones, en medio del ruido atronador del torrente, que parecía un mar embravecido.

Mientras anduvo Emilio por el tablón tendido sobre los travesaños del puente, no tuvo nada que temer; pero al llegar al trozo de madera con que se había unido provisionalmente la extremidad del puente roto con el machón destrozado, vió que el tránsito no carecía de peligros, sobre todo si él o su compañera no se conservaban serenos y superiores a todo acceso de vértigo. El ta-

blón no tenía más de unos 35 ó 40 centímetros de ancho; el espacio que había que recorrer por aquel verdadero puente volante hasta el machón era de unos 8 ó 10 metros; y por debajo de aquel tablón, a pocos centímetros, corría el espantoso volumen de las aguas del río, rojas, obscuras, revueltas, con velocidad vertiginosa, arrastrando toda clase de escombros, y con ruido atronador: un mal paso, un deslizamiento del pie, sería la muerte inmediata y horrorosa para él y, lo que era peor, para Valentina.

Los que habían pasado antes que ellos lo habían hecho uno a uno, sin acumular gran peso en pequeño espacio, o asistidos, sobre todo las señoras, por uno que iba delante dándoles la mano; y además con el apoyo de una cuerda resistente y tendida con gran firmeza de un extremo a otro, a lo largo del lado derecho del tablón, a la altura de la mano. Pero ellos acumulaban en un solo punto el peso de dos cuerpos altos y bien formados, nadie podía darles la mano, porque ello habría sido acumular mayor peso aún en espacio reducido; y la cuerda de nada podía servirles, pues Emilio llevaba las dos manos ocupadas en sostener a Valentina en alto. No podían, pues, contar más que con la serenidad de ambos y con la fuerza y la resistencia del joven.

Esperó éste, antes de entrar, que hubiera pasado el empleado que iba adelante llevando los bultos, a fin de evitar la doble cimbra que se produce siempre en tales cla-

ses de puentes, cuando dos personas van por ellos a alguna distancia una de otra; y cuando ya hubo salido aquél, preguntó a su compañera:

—¿Estás tranquila, hermana mía?

—Sí, Emilio: no temas por mí.

—¿No te asusta la vista del río?

—Nó: yendo sostenida por tí, nada temo, y voy serena.

Y respondía la valiente muchacha con voz muy tranquila y sin revelar emoción alguna.

—Te ruego, hermanita, por precaución, que, mientras vayamos pasando, no mires hacia el río, para evitar el vértigo.

—Así lo haré, Emilio.

Sin titubear, se metió el mozo por el tablón, con paso firme y lento, y a los dos metros notó que la flexión del puente improvisado era muy grande y la madera se acercaba hasta tocar en los enormes borbotones que estallaban en la revuelta superficie del torrente embravecido; dos pasos más adentro, se pronunció de tal modo la cimbra que el tablón azotaba con violencia la superficie del agua y ésta saltaba y cubría la madera. Moderó entonces el paso y siguió andando lentamente para no multiplicar las oscilaciones del tablón, y así llegó hasta la tercera parte de aquel espacio. Entre tanto, Valentina, apoyaba el costado izquierdo sobre la cabeza de su compañero, para mantener la vertical y no romper el equilibrio; con la mano derecha sostenía el sombrero y con la

izquierda se aferraba al cuello de la chaqueta de Emilio.

Los pasajeros se habían detenido a mirar aquella escena desde el extremo opuesto de la cortadura, y cuando vieron las oscilaciones del tablón y que el agua cubría la madera y aún los pies del joven, comenzaron a alarmarse y algunos nerviosos principiaron a gritar, imprudentemente:

—¡No pasen!... ¡no pasen!... ¡se van a matar!—sin fijarse en que con tales gritos podían hacer perder la serenidad a los dos jóvenes y aumentar el peligro, que hasta ese momento no era grande.

Mientras, seguía avanzando Emilio pero al llegar cerca de la mitad del puente improvisado, la situación llegó a ser seriamente peligrosa: la flexión de la madera llegaba a su máximo, y, además, todos vieron que en ese preciso momento aumentaba la masa de las aguas y crecía su turbulencia y su furia, y Emilio se vió metido en la corriente hasta más arriba de las rodillas: sintió en las piernas el frío producido por la baja temperatura del agua; al moverlas para andar hallaba la resistencia de aquella masa; y, lo que era más serio, sentía también en las piernas la enorme presión de la corriente que pugnaba por hacerlo perder pie y arrebatarlo con su preciosa carga.

La alarma de los espectadores fué horrible y estalló en clamores de angustia y en desgarradores gritos histéricos de parte de las mujeres; por fortuna, el ruido atro-

nador del torrente enfurecido impedía que los jóvenes oyeran aquellos gritos y clamores.

Pero, aun sin esto, comprendió Emilio el horrible peligro en que se hallaban. Pensó un instante en volverse atrás, pero la distancia era igual y más valía seguir adelante.

—Si me faltan las fuerzas—pensó—, dejo a Valentina sobre el tablón y yo me tiro al agua para que disminuya el peso y pueda salvarse ella.

Pero siguió avanzando, afirmando los pies con precaución, con trancos muy cortos y procurando vencer con la rigidez de los músculos y el vigor de las piernas la resistencia y la corriente del agua; la masa del río seguía aumentando, el joven se sentía rodeado de rápidos y violentos torbellinos y en cada segundo que transcurría veía agravarse la dificultad para moverse. Mas el espantoso peligro y la horrible desgracia que lo amenazaban, en vez de amedrentarlo, parecían suscitar su terrible energía y su valor indomable.

No obstante, llegó un momento en que las fuerzas le parecieron insuficientes para vencer la corriente y la presión de las olas, y se le presentó la horrorosa visión de Valentina, su compañera, su hermana, que tanta confianza había depositado en él, arrebatada por las aguas y muriendo en una rápida y desesperada convulsión y enviándole a él una postrer mirada de angustia y de agonía.

Esta imagen le dió nuevos bríos, y en ese mismo instante sintió bajar hasta él la voz de Valentina, siempre serena y firme, que le decía:

—No tengo miedo, hermano mío: sigo tranquila.

Y al mismo tiempo sintió que la mano izquierda de la heroica muchacha se le apoyaba en la mejilla izquierda, como en una afectuosa caricia infantil.

—¡Dios te bendiga!— dijo en su corazón Emilio, y agregó en voz muy alta:—Yo también voy tranquilo, hermanita: Dios nos ayuda.

Y siguió con terrible audacia por el peligrosísimo camino, entre el hervor tumultuoso de la corriente.

—¡Se los llevó el agua!... ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡qué horror!...—gritaban en esos momentos los espectadores.

Pero no era verdad: eran gritos del miedo y de los nervios torturados por la ansiedad y el pavor.

Emilio dió un nuevo paso, arrastrando el pie por el tablón, y así siguió muy lentamente, andando con las piernas abiertas, con pasos muy cortos y sin despegar los pies de la madera, con infinitas precauciones; y poco a poco, con una lentitud que era una horrible tortura para los que miraban desde la orilla opuesta, fué avanzando y, a medida que adelantaba, emergía poquito a poco de las aguas.

—¡Levanta los pies, Valentina!... ¡más

aún... para que no te los mojes!...

Y seguía avanzando; pronto salió toda la cintura fuera del agua, después bajó ésta de los muslos, más tarde dejó visibles las rodillas; las piernas quedaron más libres, disminuyó la presión de la corriente, y al fin pudo llegar Emilio al machón central, donde se apoyaba firmemente la extremidad del tablón.

—¡Estamos en salvo, hermana mía, gracias a Dios y a tu serenidad!

Valentina no respondió, sino que acarició nuevamente la mejilla de su hermano.

Descansó un momento en lo alto del machón y emprendió el tránsito de la segunda parte, desde el machón hasta el otro extremo de la cortadura. Esta parte no encerraba tanto peligro: la distancia no era mayor de unos cuatro o cinco metros, y a pesar del aumento del caudal del río y de la flexión de la madera, no alcanzó ésta a hundirse en el agua.

El valiente muchacho llegó al fin a terreno firme, saludado con las entusiastas y ardorosas exclamaciones de todos los pasajeros, espectadores de aquella escena, sacudidos por la ansiedad de aquellos momentos; algunas señoras lloraban, otras daban gritos histéricos y no pocos hombres tenían los ojos anegados en lágrimas.

Emilio siguió hasta llegar a uno de los coches del tren auxiliador, subió a él y dejó dulcemente su preciosa carga en un asiento, mientras todos gritaban frenéticos de ale-

gría, en medio de un alborozo indescriptible.

—¡Bravo!... ¡Hurrah!... ¡Son dos valientes!... ¡Vivan los novios!

Y señoras y hombres se precipitaron al coche para felicitarlos con ardientes expresiones de contento y entusiasmo.





XIX

Cuando cesó la oleada de alborozo y de ardorosas felicitaciones y pudieron quedar casi solos los dos valientes muchachos, se dió cuenta Valentina de que su compañero chorreaba agua en abundancia.

—¡Emilio, por Dios!— exclamó.—Estás empapado de cintura abajo y puedes enfermar. ¿No traes ropa de repuesto?

—Hay algo que urge más que mi ropa —replicó el mozo—, y es tu pobre pie enfermo.

—¿Pues creerás que no siento dolor alguno?

—De todos modos, es necesario adoptar algunas precauciones, para que pasen pronto los efectos de la torcedura y para que no se sepa de qué pie cojeas. . .

—Pero ¿qué puedo hacer?

Abrió Emilio su maletín, sacó un frasco, desgarró un pañuelo en tres o cuatro tiras y dijo:

—Procura entrar en el gabinete, te descalzas, empapas estas tiras en agua de Colonia y con ellas te envuelves el pie, bien apretado: de algo servirá.

—¡Siempre tan previsor y tan atento, Milio! ¿Qué hubiera sido de mí sin tu compañía? Dame el brazo para ir al gabinete.

—Nót—dijo una señora, que atendía a la joven—: no es necesario que se mueva: yo le serviré de pantalla, y mientras tanto esta señorita se aplica el remedio.

Así se hizo y en seguida puso Emilio su maleta, después de sacar de ella alguna ropa, bajo los pies de Valentina, para que pudiera mantenerlos estirados. Después de esto, tocó el turno al joven y en el gabinete se cambió de ropa.

En esos momentos llegó el conductor del expreso, que continuaba sus servicios en el tren de transbordo, y fué a saludar a los jóvenes y no se contentó con menos de un abrazo para él y una felicitación para Valentina, con lágrimas en los ojos.

—Pero, señor— dijo a Emilio, llevándolo aparte—, permítame que le observe que ha cometido Ud. una grave imprudencia: bien pudieron perecer los dos en ese espantoso torbellino de agua.

—Sin duda, y créame Ud. que, si hubiera imaginado lo que iba a suceder, no habría arriesgado de ese modo la vida de mi compañera. Pero me fijé, antes de entrar al tablón peligroso, en que éste no se hundía mucho bajo el paso del empleado que traía el

equipaje; y aunque Valentina y yo somos altos, no era tanto el peso que me hiciera temer una flexión mucho mayor. Además sucedió lo que yo no había adivinado al entrar: que el caudal de agua del torrente aumentó de instante en instante, y así el tablón soportaba nuestro peso y el del agua. Por fortuna, la madera estaba muy segura en sus extremos.

—¡Pero qué prueba de valor y de serenidad ha dado Ud.!

—Mucho mayor era la que daba mi compañera: los hombres tenemos el deber de ser valientes y serenos; pero tales cualidades en semejante peligro y en una niña son verdaderamente portentosas. Ni un solo instante perdió el ánimo, no la sentí desfallecer ni un momento; y por el contrario me animaba y fortalecía diciéndome: “No tengo miedo; estoy tranquila”. Y esto, como Ud. comprenderá, me daba más valor y más fuerzas.

—¡Y qué fuerzas, señor, qué fuerzas! ¡Quién lo creyera al verlo a Ud., bien formado sí, pero sin apariencias de hércules! Y note Ud. que ha recorrido como cien metros de un tren a otro, con la señorita al hombro, y con la estatura que tiene ella ¡casi igual a la de Ud.! y ha andado unos cuantos metros venciendo la resistencia del agua y con todo el peso de la ropa empapada.

—Amigo mío, báñese Ud. diariamente en agua fría, coma sobriamente, no consuma nunca alcohol, sino vinos ligeros, y haga

algún ejercicio diariamente, y verá que también sus fuerzas se multiplican. Ese ha sido mi secreto, y además soy hijo de un hombre muy vigoroso y muy sobrio.

—Aprenderemos la receta para cuando nazcamos de nuevo; pero algo se puede hacer mientras tanto.

—Y a propósito ¿qué noticias me da Ud. del borracho de ayer?

—Malas: logró conmover al guardaequipajes, éste relajó la vigilancia y el baidulaque se ha escapado.

—Poco importa: supongo que no le quedarán ganas de repetir sus groserías.

El tren ya había partido, poco después de las 9.30, y el tiempo, después de algunas horas de pasajera bonanza, volvió a descomponerse y otra vez empezó a soplar el viento y a caer la lluvia en chaparrones tan breves como violentos y repetidos.

Los jóvenes tuvieron que padecer por largo rato las consecuencias de su hazaña, pues todos los pasajeros se creyeron obligados a ir desfilando, uno a uno, delante de ellos para atestiguarles su admiración y reiterarles sus calurosas felicitaciones; y ellos respondían modestamente o con rasgos de buen humor que los hacían más simpáticos, y más grato su triunfo para todos.

El expreso se detuvo algunos momentos.

—¿Qué estación es ésta?—preguntó Valentina.

—Turquía— respondió Emilio.

—¡Gracias a Dios, que nos dejan un momento tranquilos! ¡Ya no podía más con tantas felicitaciones!

—Y yo quiero aprovechar esta ocasión, Valentina, para pedirte perdón.

—¡Perdón!... ¿Por qué, Emilio?

—Por haber puesto tu vida en tan enorme peligro. Fué una imprudencia enorme de mi parte y me remorderá toda mi vida. ¿Me perdonas, hermanita?

—¡Loco, loco, loco! — exclamó la muchacha, procurando disimular su propia emoción.—Si hay algún imprudente, he sido yo, Emilio, que no quise quedarme al otro lado, y así te empujé y en seguida te estimulé a entrar en ese paso. Precisamente venía pensando en pedirte yo perdón a tí, por la frivolidad con que te hice entrar en esa aventura; pero, te ví tan sereno y tenía tanta confianza en tí, que ni un momento temí desgracia alguna. Y sólo ahora, al oír lo que decían los viajeros, he medido la magnitud del peligro a que te expuse.

—No digas eso, Valentina: yo tenía el deber de ser más previsor. Perdóname, hermanita: dime que me perdonas.

—Mira, no hablemos más de esto ¿quieres? No sólo te perdono.... agradezco a Dios este incidente, que nos ha unido más, nos ha hecho más hermanos aún: ¿no es cierto?

Emilio no pudo contestar, ni pudo tampoco Valentina continuar el diálogo: se limitaron a estrecharse las manos en silencio.



XX

En San Rosendo descendieron varios pasajeros que iban a esperar allí algún tren para seguir viaje al sur, y con este motivo los coches quedaron más desahogados y más cómodos los pasajeros restantes; y al cabo de unos cuantos minutos concedidos para efectuar el transbordo, el convoy siguió viaje directo a Concepción con vía abierta y carrera de tren expreso, sin más estaciones que las que fueran motivadas por los cruza-
mientos.

—En una hora y cuarto estaremos en Concepción, señorita—díjole el conductor al pasar.

—¡Al fin saldrán de ansiedades mis pobres viejitos!

—¿Cómo está el pie enfermo, hermanita?—preguntóle Emilio.

—No siento absolutamente ningún dolor.

—Ensayá si puedes moverlo sin que te

duela.

—Pues.... lo nuevo.... fácilmente: puedo declararme sana.

—Todavía nó: haz el ensayo de afirmar el pie en el suelo... poquito a poco.... sin violencia.

Levantóse la muchacha del asiento, afirmó ambos pies en el piso del carro, y así se mantuvo algunos instantes.

—¿Sientes algún dolor?

—Nada, absolutamente: señor doctor, ya puede Ud. darme de alta.

—¡Gracias a Dios! Temía que pudiera ser algo más serio, francamente.

—Pues ya lo ves: ¿quieres que dé un paseo por el carro?

Y trató de salir hacia el pasillo.

—Nó, chiquilla: los vaivenes del tren pueden derribarte y provocar una nueva torsión. ¡A tu asiento, muchacha rebelde!

—¡Pero, hombre, si estoy sana!

—Déjate de imprudencias: siéntate y sigue manteniendo el pie y la pierna horizontalmente.

La vista del río les hizo cambiar de conversación. Una espesa neblina cubría toda la extensión del Bío-Bío, pero a veces la niebla se despejaba y se veía entonces caer estrepitosamente la lluvia; y a ratos también entraba el convoy en un claro de sol, que les permitía abarcar con la mirada toda la ancha superficie del río y la orilla opuesta, bordada de lujuriosa vegetación, aquí y allá alguna pareja de cisnes o algún

grupo de garzas que vogaban apaciblemente; y solían aparecer también las toscas pero firmes almadrías en que algunos pobres hombres, sorprendidos por la lluvia, llevaban sus maderas a Concepción. Pero todas estas visiones eran muy breves y fugaces, y pronto volvían los latigazos de la lluvia a tornaban los leves e inconsútiles velos de la niebla a prenderse entre los copihues y a cerrar completamente el horizonte.

De repente, en medio de esta contemplación, soltó Valentina una alegre carcajada.

—¿Por qué te ríes, chicuela?

—Porque me ha venido de súbito una idea muy cómica.

—¿Y no podrás decirla?

—Ya lo creo: imagínate que tu novia y mi novio hubieran tenido la idea de venir a esperarnos en el tren auxiliar, hubieran visto nuestro paso por los tablones y hubieran oído las exclamaciones de ¡vivan los novios! ¡piensas tú en la cara que habrían puesto?

—Tienes ideas de verdadera travesura, mi querida hermana: fíjate en que te estás burlando de nuestras medias manzanas.

—¿Si no me burlo de ellos, hombre! ¡Si es que me parece muy cómica la plancha que por el momento hubiéramos hecho los cuatro!

—¿Y no se te ocurre que pueden estar esperándonos en la estación de Concepción?

—¿Sabes que es probable? ¡Pues, ahí

va a ser la plancha!

Y soltó nuevamente una fresca y comunicativa carcajada.

—Considera tú—agregó— cuántas explicaciones tendremos que dar tú y yo, cada cual por su lado, si tal cosa sucede, para acallar las sospechas. Y sería natural que las tuvieran, pues al fin y al cabo no pueden estar ellos en nuestro interior, ni seguir el hilo de los acontecimientos desde que subí yo al tren en la estación de San Bernardo, y que hacen tan lógica y explicable nuestra intimidad y nuestro afecto de hermanos. ¿No es verdad?

—Sí, por cierto: no tenemos pecho de cristal para que se lea lo que hay dentro de él.

—Pero, dime, hermanito: ¿piensas en tu novia?

—¿Por qué me lo preguntas, Valentina?

—Por el interés que me inspira todo lo que a tí se refiere. ¿No has de seguir usando la misma franqueza que hasta aquí?

Y dijo estas palabras con cierta emoción en la voz.

—Sí, mi querida hermana: debo ser franco. En verdad, he pensado mucho en ella, sobre todo durante estas últimas horas, desde anoche. Y para llegar hasta el fondo de mi pensamiento, te diré que, a medida que me acerco al fin del viaje, más pienso en el motivo de éste y siento un verdadero encogimiento del corazón. ¿Por qué? Yo mismo

no me lo explico bien; pero resalta sobre todo, dentro de mí, la consideración de que, como te contaba ayer, en la resolución que tomé antes de partir no entraba plenamente el corazón, sino que figuraba por mucho el temor de que mis dudas y vacilaciones se presentaran ante cada mujer que conociera y designara en mis adentros para compañera de mi vida. Y ahora, mientras más se avecina el momento de hacer la formal petición, con más pertinacia me asaltan estas dudas y el miedo de hacer desgraciada a una mujer llena de méritos y buenas cualidades, y de labrar con ello mi propia desdicha. Ya ves que soy franco contigo, hermana mía.

—Y te lo agradezco muy sinceramente.

—¿Y tú, piensas en tu novio?

—Claro que sí, Emilio; pienso en él; con tranquilidad, es cierto, pero pienso: hoy mismo se tratará el asunto con mis viejecitos y a ellos me confío.

Callaron, dominado cada cual por sus propios pensamientos; y llevaban ya algunos momentos de silencio, cuando los sacó de su abstracción un incidente inesperado.

Abrióse la puerta del carro, del extremo que estaba frente a ellos, y vieron entrar al odioso borracho del día anterior. Recorrió todo el carro pausadamente, bamboleándose por efecto de los vaivenes del tren, y escrutando con los ojos asiento por asiento y viajero por viajero, hasta que llegó al sitio que ocupaban los jóvenes y se detuvo ante ellos.

—¡Ah! ¡ah! Conque aquí estaban ¿eh?... Bueno.... señorita Valentina Reyes, yo la conozco a Ud.... Coqueteando todo el día, con un extraño... un desconocido... Bueno: esta misma tarde... ¿oye? esta misma tarde... ¡eh!... sabrá su novio estas cosas... no lo olvide.....

—Hará bien en decírselo — respondió tranquilamente Valentina—; pero no se le acerque mucho, para no emborracharlo con el olor.

El borracho se alejó a tastabillos y mascando amenazas.

—¡Cómo si no hubiera de contárselo yo misma!—agregó la joven—. ¿Pero qué hacen que no destilan luego a ese hombre en un alambique?

La lluvia seguía arreciando y tomaba proporciones de diluvio.

—¡Fíjate cómo llueve, Emilio!—observó Valentina.—Si estuviera en casa, ya estaría comiendo picarones para celebrar el aguacero. ¿Te gustan los picarones, Emilio? A mí ¡me entusiasman!

—Pues me explico que te gusten los picarones; en cuanto a mí, me gustan más las picaronas.

—¡Picaronazo! ¡Se lo voy a decir a tu novia!

—¿Y no podría yo decir otro tanto a tu novio, picarueta?

—Entonces, mándaselo decir — agregó riendo la muchacha—con ese señor tan espiritual... o espirituoso que acaba de ame-

nazarme con denunciarme a mi novio.

—Sí, lo haré, apenas termine de fumar,
pues tengo miedo de prenderle fuego.



XXI

Se detuvo el expreso por causa de un cruzamiento en una de las estaciones intermedias, y Valentina aprovechó la oportunidad para salir del asiento y dar unos pasos por el carro, y comprobó con placer que podía andar sin dificultad alguna y sin el más leve dolor.

—¿Ves tú cómo la Providencia nos ayuda?... Y también tu ciencia, doctor: justo es decirlo. Y ahora creo que tú tienes algún contrato con la Providencia para que te dé ocasiones de servirme.

—¡Pero, muchacha, tú haces bromas hasta con la Providencia Divina!—le observó riendo su compañero.

—¡No te escandalices, Milito! Por algo me llama mi papá “chicha fresca”, “palomilla revoltosa”.... Y a propósito de palomas, señor narrador: Ud. me dejó anoche sin desenlace el cuento que empezó a referirme para que me durmiera.

—Pero ¿acaso te diste cuenta de él, Valentina?

—Ya lo creo, y mucho que iba gustándome. De veras, bromas aparte: te oía con verdadero placer; sentía tu voz como un verdadero arrullo y después como una música lejana y llena de inefables armonías que pasaba sobre mí como una brisa muy suave, muy tibia y cargada de aromas. ¿Sabes que tú tienes algo de poeta? Te reconocí orador en lo que me decías cuando nos paseábamos por la estación de Yumbel; y en ese cuento te reconocí poeta, no sólo por el cuento mismo sino por la ternura con que me lo referías.

Recuerdo muy bien—continuó—que tú narrabas cómo fué quedando solitaria aquella pareja de palomas, y que al morir los padres, salió el último hijo a buscar compañera, y después de dudar mucho, emprendió el vuelo hacia países meridionales, donde había brisas muy frescas, ríos muy anchos, tupidas enramadas y sonoros bosques, donde los copihues colgaban sus campanillas blancas y rojas; a poco de emprender tan largo viaje, sintió el ave viajera un palpitar de alas en medio del espacio lleno de luz. Pero entonces ya no supe más, porque me quedé dormida y seguí soñando que yo también volaba con alas muy vigorosas hasta llegar a una esfera de muchísima luz y de armonías celestiales ¡y qué se yo cuánto más soñé! Y ahora me he acordado de ese cuento, señor poeta, y le pido que me refiera el resto, por-

que tengo viva curiosidad por conocer el desenlace.

—¿El desenlace? Habría que hacerlo, Valentina: venía inventando ese cuento para tí, sacándomelo de la cabeza, según dice la gente del pueblo, y como te dormiste (lo que prueba que el cuento no tenía pizca de interés y era bueno tan sólo para hacer dormir), no me preocupé de buscar el desenlace ni he pensado más en él. Tú me dices poeta, a mí, distinguido corredor de comercio, que en materia de letras sólo conozco las de cambio; y entre tanto tú has demostrado poseer los tres elementos de la poesía.

—¿Cuáles son, Milito?

—Pensar alto, sentir hondo y hablar claro. Y ya que los tienes y eres una verdadera poetiza...

—Lo de hablar claro, sí que lo tengo, pues soy franca y sincera; el sentir hondo, creo también que sí, pues Dios no me ha negado la sensibilidad, y al fin soy mujer; pero en cuanto a pensar alto, no sé más que aquello que cantan:

Allá arriba de aquel cerro
Se subió mi pensamiento,
Y después que estaba arriba
No halló por dónde bajarse.

—Pues eres poetiza, Valentina, y bien podrías tú buscar el desenlace del cuento.

—¿De veras? ¿Me encomiendas esa colaboración?

—Por cierto, y el cuento ganará en belleza.

—¿Con plenos poderes?

—Con todos los posibles, como si fueras otro yo.

—¿Y no repugnarás después el desenlace?

—Jamás: si lo das tú ¿qué mejor puede ser?

—Venga esa mano en fe del pacto de colaboración literaria: ésta es la mía.

Y quitándose el guante y sonriendo, puso su fina y hermosa diestra en la vigorosa de Emilio.

El tren dejó atrás en esos momentos una estación que apenas se pudo divisar en medio de la velocidad de la carrera.

—¿Qué estación es ésa?—preguntó Valentina a un empleado que pasaba.

—Chiguayante, señorita.

—¡Ay, Dios mío! Ya vamos a llegar. ¡Qué alegría! ¿Qué hora es, Emilio?

—Las once.

—En unos pocos minutos llegaremos.

—¡Se acerca el término de nuestro viaje, Valentina; y vamos a separarnos y no nos veremos más!—observó el joven con acento que, a pesar de sus esfuerzos, sonó tristemente.

—¿Y por qué no hemos de volver a vernos?—preguntó ella a su vez, contagiada por la melancolía de su compañero.

—Tú te quedas aquí, al lado de tus padres, unida a tu esposo, feliz y contenta;

mientras que yo dentro de dos días volveré a Santiago, y vendré otra vez de paso para llevarme a mi esposa, si mi viaje de ahora produce tal resultado; después ya no vendré más, y estaremos separados por centenares de kilómetros; y estos dos días que hemos vivido juntos, tan intensamente, quedarán apenas como un recuerdo.

—¡Pero, hombre, por Dios! Tú eres de los que encuentran amargo el dulce que tienen entre los labios, por pensar que al día siguiente van a estar privados de él: eso es buscar padecimientos por puro gusto.

—No los busco, amiga mía — replicó Emilio, procurando reír para disimular sus impresiones, así como la joven disimulaba las suyas—; no los busco, pero no puedo dejar de pensar en que dentro de algunos minutos habrá terminado para siempre la deliciosa intimidad de estos dos días.

—¿Y qué remedio tiene la situación, muchacho? A menos que tú inventes el medio de no contraer compromiso con tu prenda—agregó riendo alegremente—, y de que yo rompa el mío con mi novio, para quedar libres nosotros y casarnos, después de habernos llamado hermanos.

—Eso nó, Valentina: quemáranse mis labios antes de hablarte de amor, y secárase mi pensamiento antes de pensar en turbar tu tranquilidad. Además, nunca he sido presuntuoso, para llegar a suponer tales afectos en tí. Y por último, no me creas capaz de intentar, con mi intervención, el hacer la

desgracia de tu novio y presentarme como un obstáculo a la cariñosa previsión de tus padres.

—Pues ya lo ves tú mismo: la separación no tiene remedio; todo tiene que terminar aquí, salvo el buen recuerdo y la gratitud y el afecto de hermana que siempre he de tener por tí. Pero, estas reflexiones tuyas y los incidentes de este viaje — agregó risueñamente— me hacen recordar unos versos que aprendí cuando chica:

A la una te miré,
A las dos te pude hablar,
A las tres te empecé a amar,
A las cuatro te adoré;
A las cinco me ausenté,
A las seis ya no te ví;
Cuando a las siete volví,
Hallé tu cariño escaso;
Me hiciste a las ocho caso,
A las nueve huí de tí;
Dieron las diez ¡ay de mí!
Y un amor que era de bronce
Se desvaneció a las once
Y a las doce . . . me dormí.

—Valentina, eres incorregible: haces bromas de todo, y no respetas ni siquiera nuestros propios sentimientos.

El tren penetró en esos instantes en la estación de Concepción, con alegres tañidos de campana que parecían dar el anuncio de buenas nuevas y cantar la alegría de los que llegaban después de tan largo viaje.



XXII

—¿Habrán venido a esperarnos? — preguntó Valentina, mientras bajaba del tren, sostenida por Emilio.

—Me parece que nó—respondió éste—: mira la estación y verás que nadie se dirige hacia nosotros.

En efecto, la estación estaba casi completamente desierta, y no había allí sino unos pocos empleados, algunos “corteros” y dos o tres reporteros de diarios, que iban a interrogar a los pasajeros acerca de lo ocurrido durante el viaje.

Afuera, llovía abundantemente.

—Ya lo veo—observó Valentina—; y ahí tienes tú un cargo grave contra mi carinosísimo señor novio: tenía casi la seguridad de encontrarlo aquí; pero en prueba de amor, no parece.

—No seas injusta, hermana: tu novio no está aquí, porque no podía saber la hora de llegada de este tren y no había de darse

un plantón indefinido para esperarlo.

—No sirve la explicación, Milio. Debíó venir él ayer en la tarde, a la hora de la llegada del expreso, y así habría sabido el atraso del tren; debíó volver más tarde y habría sabido la interrupción del viaje y la necesidad del tren auxiliador; y si hubiera venido hoy en la mañana, habría sabido la hora de llegada de este tren, y por consiguiente debía estar aquí para recibirme.

—¡Vamos! Habrá tenido algún obstáculo. Y no eres tú sola la olvidada: fíjate en que yo me hallo en el mismo caso.

—Tu caso es distinto: tu prenda, desde luego, es mujer y no era posible exigirle que viniera a esperarte, mientras que mi “prendo” es hombre; además, la tuya no es tu novia oficial y no tenía por tanto obligación de venir, y el mío, sí. Y por último talvez ella no sabía que tú llegabas.

—Talvez que nó: le avisé anteayer por telegrama a un amigo, y bien puede ser que no haya dado la noticia a mi futura.

Entre tanto habían llegado a la plazoleta exterior de la estación y el cortero cargaba en un coche maletas y bultos. Ayudó Emilio a subir a Valentina y desde la puercecilla le dijo:

—Quiero aprovechar, hermana mía, hasta los últimos momentos de verte: ¿me permites, pues, que te acompañe hasta la puerta de tu casa?

—Pero, hombre de Dios ¿y qué otra cosa querías hacer? ¿o pensabas dejarme sola

en el coche? Sube, muchacho, y no estés ahí empapándote bajo la lluvia: siéntate aquí, a mi lado.

Valentina dió en seguida la dirección al cochero, y éste hizo andar los caballos por la calle principal hacia la plaza. Emilio guardió silencio algunos minutos.

—¿Me quieres, pues, mucho, hermano mío? ¿tienes mucha pena?—le preguntó Valentina, al verle tan cabizbajo.

—No sé decirte cuánto y cómo te quiero, hermanita; pero sí puedo asegurarte que mi pena por esta separación próxima casi es mayor que el contento de estos dos días: no fué mayor la que sentí cuando se separó de nosotros para casarse mi última hermana.

—Tranquilízate, amigo mío — agregó ella, poniendo la fina y enguantada mano en la de su compañero—: ¿qué remedio tiene lo irremediable? Yo también siento profunda pena, pero me consuelo, aunque débilmente, con la firmeza del afecto que te tengo.

Emilio llevó aquella mano a los labios y calló.

—Aquí tienes tú—agregó ella, como para disimular sus propias impresiones — lo que es nuestra perla del sur: lloviendo, siempre lloviendo. Aquí no llueve como gente, Milio: cuando la lluvia comienza a fastidiar, es peor que ese borracho del tren, por lo impertinente y lo cargosa. ¡Ah! mira por la ventanilla: esa casa bonita de dos pisos, ésa pintada de blanco, es la de mi “prendo”, de mi novio.

—¿Es rico?

—Bastante: sus padres lo son y mucho, y él mismo se ha labrado ya una buena fortuna personal en sus negocios.

—Me gustaría conocerlo: debe valer mucho cuando tú lo has aceptado como prometido.

—Es buen muchacho y lo creo capaz de hacer feliz a cualquiera dama. Puede ser que lo encontremos en casa, esperándome junto con mis viejos.

El coche seguía rodando sobre el blanco adoquinado de la rectísima calle; pero en ella, con ser la principal, se veía menos movimiento que de ordinario — que nunca es mucho —, sin duda por causa de la lluvia.

—¿Qué piensas hacer hoy día, hermano?

—Dejarte en la puerta de tu casa, ir en seguida a un hotel, y después buscar al amigo a quien he avisado de mi viaje y que debe tenerme algunas noticias de mi novia y su familia. Esta noche, si es posible, le haré una primera visita y mañana haré la petición.

—Esta noche no podrás ir, pues en Concepción no se hacen visitas en noche de lluvia, a menos que se trate de visitas de mucha confianza. ¿Y no serás capaz de ir a casa un momento siquiera por conocer a mis viejecitos?

—Ansias tenía de pedirte ese favor, y el de volver cuantas veces me lo permitas.

—Todas las que quieras; ya verás que

nosotros somos personas chapadas a la antigua: mucho corazón, mucha sinceridad y pocas fórmulas.

—Tales como tú, Nina.

—¡Nina!... Hombre ¡qué curioso! Así me nombra mi viejecito. ¡Mira qué feliz ocurrencia, Milio! Te la agradezco de todo corazón. Mis hermanos me dicen “la valiente.”

—Y bien lo merecés, hermana mía.

—A propósito: ¿no has notado otra coincidencia entre tú y yo?

—¿Cuál, Nina?

—Además de juntarnos los dos en viaje a Concepción, que fué la primera coincidencia; además de la segunda, de nuestro noviazgo; y de la tercera, de nuestra comunidad de gustos, aficiones y caracteres, hay una cuarta, una curiosa semejanza: tú tienes tres hermanas, las tres mayores que tú y la tres casadas, y tú el único hombre eres hasta ahora el único soltero: ¿no es así?

—Exactamente, Nina: tres hermanas, sin contar contigo.

—Pues bien, yo tengo tres hermanos, sin contar contigo, los tres mayores que yo y los tres casados, y yo, la única mujer, soy la única soltera. ¿No es una coincidencia?

En ese momento se detenía el coche ante una casa situada en la calle principal, más arriba de la plaza, casa de aspecto serio, grande, sin relumbrones de ornamentación, sobria, verdadera casa solariega que hablaba por sí sola de amos de linaje hidalgo y señoriles calidades.

—¡Hemos llegado!—exclamó la joven.

Emilio saltó prontamente del coche y tras él Valentina, entraron a un ancho pasadizo, cerrado al fondo por una severa y rica mampara, y mientras el cochero descargaba los bultos y los metía en el pasadizo, la niña tocó el timbre de llamada.

Casi inmediatamente se abrió la mampara, se presentó en ella una especie de mozo o portero, hombre de unos 50 años, y apenas vió a los viajeros, prorrumpió en un grito de verdadero júbilo:

—¡La señorita Valentina!... ¡la señorita Valentina!

Y en seguida llegaron corriendo tres o cuatro mujeres y niños y todos gritaban vivamente alborozados:

—¡La señorita Valentina!... ¡llegó la señorita!





XXIII

Durante un momento no se oyó allí otra cosa más que los gritos de júbilo con que era acogida la joven y que demostraron a Emilio el profundísimo afecto que ella suscitaba en torno suyo. Valentina contestó abrazándolos a todos, y con palabras sinceramente cariñosas:

—Joaquín, mi viejo ¿cómo está Ud. ?....
¡Mercedes, tan gorda y tan buena moza!...
¡Sara!... ¡Mi mamita Carmen!... ¡Juanito!... ¿Cómo están Uds. ?

—¿Y cómo ha llegado, señorita?

—¡Siempre tan cariñosa, misiá Valentina!

—¡Y tan bonita que viene!... ¡Cada día más linda y más simpática!

—¡Y mis viejitos!... ¿cómo están mis viejitos?

—Están muy bien, señorita. El caballero estuvo un poco mal, en los últimos días, pero ahora está mejor, y viendo el reloj a ca-

da rato para ver a qué hora llegaría Ud.

—Emilio ¿por qué te quedas ahí?—preguntó Valentina al joven, que se había quedado en el umbral de la puerta, listo para tomar nuevamente el coche y despedirse. —Ven conmigo: dame el placer de venir a saludar conmigo a mis padres.

—Pero, Valentina: el momento es el menos oportuno.

—¡Déjate de melindres! Tú entras conmigo.

Y volviéndose hacia la puerta, cogió del brazo al joven, lo llevó hasta la mampara y dirigiéndose a la servidumbre, les dijo:

—Joaquín, niñas: tengo el gusto de presentarles a mi buen compañero de viaje, que ha sido un excelente hermano y me ha llenado de atenciones y cuidados en el camino: conózcanlo bien y quiéranlo mucho.

—¡Dios lo guarde muchos años, mi caballero!—dijo la mayor de las sirvientas.

—Si ha sido bueno con la señorita ¿cómo no hemos de quererlo todas?—dijo otra.

—¡Y tan buen mozo el caballero!—agregó una tercera, la llamada Sara, medio a hurtadillas, pero dejándose oír perfectamente.

—Se parece a un amigo antiguo y muy querido del patrón—observó Joaquín.

—Bueno, niñas: encárguese Uds. de todos estos bultos. Ahora, vamos, Emilio, a buscar a mis viejitos. ¿Dónde están?

—En la sala de costuras de la señora—contestó una de las criadas—: ya deben haber sentido la bulla que hemos metido.

Valentina, cogida siempre del brazo de Emilio, penetró a una galería, torció hacia la derecha y después, al llegar a un ángulo, hacia la izquierda, por otra galería, en cuyo fondo se vió aparecer a una señora alta, esbelta; de hermoso rostro y cabellos grises, de porte realmente aristocrático y distinguido, y de notable parecido con la joven.

—¡Mi viejita!... ¡mi viejita!...— exclamó Valentina al verla, y arrastrando un momento a Emilio, lo dejó por fin y corrió al encuentro de la señora, con celeridad infantil y agitando los brazos.

—¡Mi hijita linda!... ¡Mi preciosa!... ¡Al fin has llegado, chiquilla de mi alma!

Y ambas se abrazaron y formaron un estrechísimo nudo, del cual se desprendió Valentina, para volver a abrazar nuevamente a la señora y para besarla apasionadamente en la boca, en los ojos, en los hermosos cabellos, con palabras entrecortadas de “¡mamacita! ¡mi viejita encantadora!” y mezclando ambas sus lágrimas y sonrisas.

—Y mi viejecito ¿cómo está, mamacita mía?—preguntó la niña, cuando hubo pasado el primer momento de caricias y expansiones.

—Mucho mejor, mi hijita linda, mucho mejor. Pero lo lluvioso del día le impide salir de las piezas.

—Ven, mamacita: vamos juntas las dos a rogar a este caballero que se quede un momento con nosotras. Te lo presento: un verdadero hermano; mi mamá.

Se saludaron cortésmente y a continuación agregó la joven:

—Aquí tienes, mamá, el mejor compañero de viaje que yo podía desear, que ha sido para mí el más cariñoso y atento de los hermanos... ya verás, ya te lo contaré todo después, porque esto es muy largo... no he querido soltarlo, mamacita y, venciendo su resistencia, lo he traído hasta aquí, para que tú y el papá lo conozcan y me ayuden a darle las gracias.

—Has hecho muy bien, hija mía.

—Perdóneme, señora— dijo Emilio —, que no haya podido resistir y que haya llegado hasta aquí como un intruso.

—Intruso, nó, señor—respondió la señora con rostro simpático y sonriente—: aun sin esas atenciones tuyas para con mi hija, si ella lo invita, llega usted a esta casa como a la suya propia y lo acogemos como si fuera de la familia.

—¡Ahí tienes!... ¡Chúpate esa!— agregó Valentina con un mohín verdaderamente cómico.—¡Huiche! ¡huiche!

—¡Pero qué chiquilla tan loca y tan irrespetuosa!—observó riendo la señora.

—¡Vamos, Emilio! Dale el brazo a la mamá, mientras yo voy a abrazar a mi viejo.

Y se largó, como una mariposa, galerías adentro, se metió casi volando por una de las puertas y bien pronto se oyeron las exclamaciones de júbilo de Valentina, mezcladas a las de su padre, en un mismo arrebató de cariño y de ternura. Cuando la señora y

Emilio llegaron a la pieza, todavía formaban nudo la joven y su padre, y seguían los abrazos, los besos y las palabras de afecto: “¡Llegó la Nina! . . . ¡Al fin hay luz en esta casa!” —“¡Mi viejecito de mi alma! . . . ¡Cuánto tiempo sin verlo!” y otras por el estilo, en que se prodigaban los más cariñosos epítetos.

Titubeó al entrar Emilio, sintiéndose fuera de lugar y de tiempo en aquella escena íntima de familia, pero el caballero lo acogió con el mismo afecto y la misma cariñosa y cortés llaneza de la señora y entre los tres aquietaron sus escrúpulos.

El caballero representaba unos sesenta y cinco años y era todavía un hombre hermoso: alto, de erguido cuerpo, rostro de gran distinción y cabellos casi completamente canos, y con unos grandes y risueños ojos pardos cuyo brillo no había apagado todavía la edad. Al mirarlo y al mirar a la señora, comprendió muy bien Emilio de quiénes había heredado Valentina la belleza, la distinción, la elegancia y el aire gentil de su gallardo cuerpo.

—¿Y qué es lo que te ha ocurrido en el viaje, Nina?—preguntó el caballero, cuando hubieron pasado los primeros transportes y pudieron sentarse a departir más tranquilamente.

—Toda una serie de aventuras, papacito. Pero ante todo ¿han recibido los telegramas?

—Sí, los tres que mandaste.

—¿Cómo tres? Yo tengo noticias de dos solamente.

—Pues, llegó el primero de Chillán, en que me avisabas el atraso del tren; otro en la misma noche, de Yumbel, por el telégrafo del ferrocarril, en que me comunicaste que el viaje se había interrumpido por un accidente pero que estabas muy bien atendida; y el tercero en la mañana de hoy, enviado por el mismo telégrafo y de San Rosendo, en que me decías que llegarías más o menos a las 11.30 y venías perfectamente bien.

—¡Pero si yo no he tenido noticias del tercero!... Esto es cosa de Emilio ¿no es verdad? Otra atención que le debemos.

—Y todos han llegado muy a tiempo, pues aquí corrieron noticias terribles al principio, sobre un gran accidente en el expreso, y que nos produjeron la alarma y la ansiedad que tú comprenderás; afortunadamente llegaron tus telegramas a sacarnos de dudas y a decirnos la verdad y que estabas atendida debidamente.

—Pues todo eso se lo deben ustedes, papá, mamá, a este caballero, que ha sido el autor de esas atenciones.



XXIV

El caballero y la señora, don Rafael Reyes y doña Teresa de la Cruz de Reyes, dieron las gracias con verdadera emoción a Emilio por aquel oportunísimo favor, pero Valentina los interrumpió en medio de los agradecimientos.

—Si no es eso sólo, mi viejito; si hay mucho más, viejecita mía: ya verán Uds. Y aprovecho esta oportunidad para explicarles por qué he traído tan empeñosamente a Emilio a esta casa y a la presencia de mis padres.

—Pero, ¿qué tienes que explicar, hijita? Es tu amigo y eso basta para que nos tenga por amigos suyos y por suya esta casa, donde lo veremos siempre con verdadero placer.

—Gracias, señor, con toda mi alma: todo eso es un testimonio de la bondad y cortesía de Uds. y de su hija. Pero, Valentina, por Dios—agregó, sin atreverse a tutear a su compañera en presencia de sus padres—

¿va Ud. a hacerme un panegírico de cuerpo presente?

—¡Ah! ¡ah! ¿Ya no me tuteas, después que te dí el ejemplo? Me las vas a pagar: siéntate, porque voy a ponerte en el banquillo de los acusados.

—¡Pero qué chiquilla tan loca!... ¡Cómo le falta al respeto a este caballero!

—Pues oigan Uds., mis queridos viejitos: yo he contraído, y por consiguiente han contraído Uds. también, dos grandes deudas con este caballero.

—¡A ver! ¡Explicate, Nina!

—La una es en dinero...

—¿Y te has atrevido, muchacha, a pedirle dinero a este caballero? — observó la señora Teresa.

—Sí, mamacita: he hecho todo el viaje a puro sablazo contra él; y tomen Uds. en cuenta que lo he conocido solamente ayer en la mañana, al tomar el tren en San Bernardo, y donde él tenía un asiento desocupado, el único del carro, y me lo dió a mí.

—¡Pero, muchacha por Dios! ¡Abusar así de una persona a quien no conocías! ¿Que has perdido la vergüenza?

—Nó, mamacita; sino que a Emilio le ha sobrado delicadeza y atención para mí, aun sin conocerme, lo que prueba que es un verdadero gentil-hombre. Pues, como les digo, he hecho todo el viaje a sablazos: compra de diarios, almuerzo en Curicó, flores, tortas, dulces, telegramas, cuanto yo necesitaba y cuanto capricho me adivinaba en los

ojos, todo lo ha pagado él, con el pretexto, para no herir mi delicadeza, de que después me señalaría mi parte en los gastos y de que entre tanto sería mi cajero. ¡No es verdad, papá, que es indispensable ajustar cuentas con él y que tienes que pagar esa deuda?

—¡Oh, sí, Nina! Tienes razón: no es posible que este caballero haya andado gastando su dinero por culpa tuya.

—Pues bien, mi señor don Emilio, ya lo sabe Ud.—agregó con sumā gracia y travesura la muchacha—: me hace Ud. una factura: “Misiá Valentina a don Emilio, debe: por diarios, tanto; por almuerzo, tanto; por dulces y demás cosas, tanto: suma, S. E. u O., cuanto.”

—¡Eres una loquilla, muchacha! ¡Estás abusando de la bondad de quien ha sido tan buen compañero tuyo! Tú misma te encargarás de pagar tus deudas y cuanto antes mejor.

—¡Si no hay apuro, papá! Las cuentas se pasan siempre en los primeros días del mes siguiente.

—Ya conozco una de las deudas. Vamos a la otra.

—La otra es mucho más grave, papacito, y creo que no tendrás dinero suficiente para pagarla; y aunque lo tuvieras, no podrías pagarla con dinero.

Y lo dijo dejando el tono festivo y poniéndose realmente seria.

—¿Tan grave es, Nina?

—Sí, papá, y Ud. mismo juzgará. Pero

le prevengo que no hay más que un medio decoroso de que salga Ud. de esa deuda.

—Pues, si lo hay, hijita mía, queda aceptado desde luego, y ha de ser satisfactorio, puesto que tú lo propones.

—¿Cuento con la palabra de Uds. dos?

—Sí, cuentas con ella — respondieron don Rafael y la señora Teresa a un tiempo.

—Con esto entro en materia.

Y Valentina entró a referir todo su viaje, con mucha animación y con el vigoroso colorido que le daban su imaginación y su sensibilidad y, sobre todo, su afecto, riendo a veces y a veces conmovida hasta caérsele las lágrimas, y atajando las interrupciones con que Emilio quería cortar los elogios y rebajar su propia obra. Así expuso las exquisitas y menudas atenciones y cuidados que el mozo le había prodigado en el camino, el ambiente de tranquilo afecto de que la había rodeado, el cariño fraternal y delicadísimo con que la había asistido en todos los momentos hasta hacerla creerse en su propia casa en tan largo viaje y tan lleno de accidentes; refirió la caridad del joven para con aquel pobre padre que viajaba de guerra; los servicios que había prestado a todos los viajeros en la desamparada estación de Yumbel; la previsión casi maternal con que le había prevenido alimento, aderezado un lecho y guardado desayuno tan oportuno y tan útil; y la abnegación de que había dado pruebas pasando un día entero sin fumar por no molestarla a ella con el humo.

Durante la relación, don Rafael y la señora Teresa iban dando muestras de placer y satisfacción primero, de sorpresa en seguida, de admiración más tarde, y por fin hicieron ver la profunda emoción que recibían en su corazón de padres: el joven crecía a sus ojos, se engrandecía en sus méritos, se agigantaba, se apoderaba de ellos y de toda aquella casa.

—Pero, no es eso todo, mamá; ¡si hay mucho más todavía! Desde que salimos de San Bernardo, se empeñó en molestarme un borracho muy grosero y atrevido, y no sé qué hubiera sido de mí con la insolencia de aquel hombre: pues bien, durante el camino, Emilio fué mi constante amparo, y anoche (y esto me lo refirió el conductor, sin que Emilio lo supiera), no sólo veló mi sueño durante la noche entera, sino que por defenderme de aquel malhechor se expuso a morir asesinado. Y hoy en la mañana, por causa de un accidente, yo no podía andar a pie, pero tampoco quería quedarme al otro lado del río Claro; y al ver mi deseo, Emilio me tomó en los hombros, luchó con heroísmo contra la corriente, por transportarme, por amparar mi vida, por no dejarme lejos de mis padres, y ha estado a punto de morir por causa mía. Después de este hecho, yo no he podido darle las gracias, porque aquello me llenaba el corazón, y lo tenía henchido de impresiones, y bien comprendía que, al hablar de ello, rompería a llorar como una chiquilla y a estrecharlo en mis brazos delante

de todo el mundo; y me he reprimido y me he vencido, y no he dejado salir una palabra, porque no se salieran todas mis lágrimas y todos mis sentimientos detrás de ella. Pero ya no puedo más, no me quedan fuerzas para seguir conteniéndome, y y por eso lloro.... y no puedo..... no puedo.... no puedo.....

Y al llegar aquí Valentina, vencida por la emoción contenida durante tantas horas, estalló en sollozos y lágrimas, que fué a ocultar en el regazo de su madre.

Don Rafael, entre tanto, se había levantado del asiento, pálido, trémulo, profundamente afectado y sacudido, con lágrimas en los ojos y mordiéndose los labios para dominarse; y al oír a su niña romper en sollozos y llanto, tampoco pudo más, y sólo consiguió atraer a Emilio a los brazos y estrecharlo sin decir otra cosa: — “¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!”

¡Tempestades del cariño que se deshacen siempre en llanto y encuentran en las lágrimas su alivio y su bonanza! Los dos grupos quedaron en silencio algunos minutos, si silencio puede llamarse aquél en que los sollozos y los suspiros ocupan el lugar de las palabras.

Pasadas las primeras tumultuosas impresiones, Valentina fué la primera en recobrar alguna calma, y levantando el rostro embellecido aún más por las lágrimas y la emoción,

—¿Comprende Ud. ahora, papacito —

dijo—; comprende Ud., mi viejita, que esta deuda es impagable?

—Verdaderamente, hijita mía, se necesita una vida entera para agradecer tanta bondad, tanto afecto y tanta abnegación.

—Señor, Ud. es nuestro hijo— agregó doña Teresa, todavía llorando.

—Pero, tú has dicho, Nina, que había un medio de pagar esa deuda: ¿acaso es posible?

—Sí, papá—contestó Valentina, relampaguándole los ojos, en medio de las lágrimas, con vivísimo fulgor—: hay uno y cuento con que me has prometido aceptarlo.

—Sí, Nina: te he dado mi palabra.

—Pues bien, vamos a él. Mamacita, hazme el favor, siéntate aquí al lado de mi papá... ahora, Emilio, dame la mano, y pongámonos aquí frente a nuestros padres. He aquí el premio: bendigan Uds. nuestro matrimonio.





XXIV

Aquellas palabras produjeron estupor general. ¿Cuál de los tres oyentes podía imaginar semejante solución? ¿cuál podía sospechar por dónde había de dejarse caer aquella muchacha, toda ingenio, toda corazón?

Quedáronse un instante mudos, sin poder expresar ni una idea, sin hallar palabras para decir lo que sentían. Al fin interrumpió el silencio la señora.

—¡Pero esta muchacha es loca!— exclamó.

—Nina ¿qué es lo que has dicho?... ¿Estás soñando?—agregó don Rafael.

—¡Valentina, por favor!—dijo a su vez Emilio, con viveza—: ¿no ves que me colocas en una situación muy falsa y me pones en un papel ridículo?

—¡Tú te callas!—contestó la niña, con juguetona autoridad.—¡Papel ridículo! Ya tendrás tu desquite, Emilio, y me dirás en

qué está la ridiculez. Pues bien, tendré que defender yo mi causa contra Uds. tres: voy a ello y no me faltarán argumentos. Papá, mamá, Uds. querían casarme con Lucho ¿no es verdad?

—¡Sí, hijita!—respondió D. Rafael,—Y eso es lo más grave que hay en este caso: ¡fíjate en que hay un compromiso pendiente!

—¡Sí, me fiijo, papá! Pero déjeme hacer mi alegato por orden. Uds. querían casarme con Lucho porque es bueno, de posición igual a la mía, y porque ha sido mi compañero de infancia y el de mis hermanos y el niño regalón de la casa: ¿no es verdad?

—Sí, hija mía.

—Y cuando Uds. me hablaron de tal proyecto, yo les respondí que estimaba mucho a Lucho por sus méritos, pero que no sentía amor por él, y sin embargo lo aceptaba por amor a Uds.: ¿no es verdad?

—Sí, todo eso es muy cierto.

—Y el principal motivo de Uds. al querer que me casara con él era la previsión de que yo no me quedara sola, si llegaba la desgracia de que Uds. me faltaran (y Dios ha de querer que esto no suceda en largos años): ¿no es verdad?

—Muy cierto también, Nina.

—Y si junto con Lucho hubiera habido otro joven de los mismos méritos, pero que tuviera sobre él la ventaja de que yo lo amara, Uds. habrían preferido a ese otro, por el mismo amor que me tienen: ¿no es verdad?

—Ciertamente, hija mía.

—Pues bien, ese otro que tiene los mismos méritos que Lucho, o mayores aún, que ha tenido para conmigo atenciones, delicadezas y abnegaciones que nadie en la tierra ha tenido por mí, salvo Uds. dos; ese otro que tiene sobre Lucho la ventaja de que yo lo amo con todo mi corazón, es Emilio, que está aquí delante de Uds.: ¿no es verdad que, por consiguiente, deben Uds. preferirlo?

—Sí, hijita, sí, tienes razón. ¡Pero hay un compromiso con Lucho!

—¿Y vale más un compromiso que la felicidad de la hija? Miren Uds.: aquí estoy cogida del brazo de mi esposo, Emilio Campos: ¿serán Uds. capaces de quitármelo?

Y la hermosa muchacha se cogía del brazo de Emilio y se estrechaba contra él, sonriendo y con el mismo aire de travesura y picardía.

—¡Qué demonio de muchacha!—exclamó la señora.—¡Miren cómo arregla las cosas y logra convencernos a todos!

—¡Una palabra, señor!—dijo don Rafael.—¡Una palabra antes de resolver este delicadísimo asunto! Pero le-prevengo que ya está dado mi consentimiento, porque no ha habido causa mejor alegada ni con más méritos de parte del demandante. ¿Cómo es su nombre, que enantes no entendí bien?

—Emilio Campos, señor.

—¿Emilio Campos?—volvió a preguntar el caballero, levantándose del asiento con gran ansiedad en el semblante.—Su se-

ñor padre ¿tenía el mismo nombre que Ud.?

—Sí, señor: se llamaba Emilio Campos también.

—¡Corre, corre, Nina, por favor!— exclamó don Rafael bastante agitado, pero con reflejos de suma alegría en el noble rostro.— ¡Corre al salón y tráeme el álbum antiguo de retratos!

Salió Valentina con agilidad de pajarillo y volvió en unos cuantos segundos con el álbum en las manos.

—¡Dámelo, dámelo!—dijo el caballero, y tomándolo comenzó a buscar rápidamente, y cuando halló lo que buscaba, agregó:— Vea, mi amigo, si es éste el retrato de su padre.

Y le mostró uno en que se veía un hombre muy simpático y gallardo, acompañado de una dama de singular belleza.

—¡Mi padre y mi madre! — exclamó Emilio verdaderamente conmovido y besando el retrato.

—Valentina, saca ese retrato del album y lee lo que dice al respaldo.

La joven sacó el retrato y leyó:

“A mi queridísimo amigo, a mi incomparable compañero de colegio y mi futuro consuegro, Rafael Reyes. — Emilio Campos.”

—¡He aquí la Providencia Divina, hijos míos!—exclamó don Rafael dejándose caer en el sillón y con lágrimas en los ojos.— Tu padre y yo, Emilio, fuimos grandes amigos; nos casamos casi a un tiempo, él en Santia-

go y yo en Concepción, y nos hicimos mutua promesa de casar, en cuanto dependiera de nuestra voluntad, al primer hijo hombre que él tuviera con la primera hija mujer que tuviera yo; pero andando los años, no por dejar de querernos, sino por indolencia, por la corriente de nuestros trabajos, dejamos de escribirnos, nos perdimos de vista, y la promesa quedó como en el aire. El murió joven, según supe (y lo sentí con toda mi alma), y así fué más difícil el cumplimiento de nuestro compromiso. Pero ahora la Providencia, muchachos, que ve más que nosotros, los ha reunido a Uds. como por una mera casualidad, y Uds. se encuentran, se estiman, se quieren, se unen de corazón en un viaje de tantos incidentes y en que tú, muchacho, has desplegado todas las grandes cualidades que adornaron a tu padre, y viene a realizarse así, para luz y consuelo de mi vejez, el matrimonio comprometido por los padres. Sí: Uds. deben casarse, es para mí una ley providencial y una gran deuda, que cumpla con toda mi alma: ¡que Dios los haga felices!

Cayeron ambos en brazos de los buenos viejos, que lloraban de emoción y de contento, y por algunos momentos no se oyeron sino besos y sollozos.

—Ya he defendido y ganado mi causa ante mis padres—dijo Valentina, desprendiéndose del grupo—: ahora, tengo que ganarla ante tí, Emilio.

—¿Pero acaso imaginas que pudiera yo

no aceptar la dicha que tú me das? ;No me creas tan loco, Valentina! Pero sí, me recuerda la conciencia la consideración de haber intervenido yo para deshacer un matrimonio.

—¿Pero no quedamos convenidos en que dejabas tú a mi cargo el desenlace del cuento de las palomas, que tú comenzaste? ¿Qué te parece el desenlace? Mamacita — agregó—, viejecito mío: perdónenme lo que voy a hacer, que no tiene malicia alguna, sino el deseo de comenzar a pagar mi deuda.

Y volviéndose a Emilio, le cogió el rostro entre las manos y empinándose un poquito,

—¡Toma !—le dijo dándole un sonoro beso en plena boca.—Esta es la despedida de tu hermana, que se aleja de tí para siempre, y este otro ;toma! es el saludo de tu novia.

—¿Qué muchacha tan loca!... ;Valentina!

—Mamita, no se escandalice... ;ya me está perdonando con su sonrisa!... ¿Qué importa si no nos ven los extraños?... Y aunque nos vieran: “Honni soit qui mal y pense”, como dice el forro del sombrero de mi papá.

—El almuerzo está servido — dijo en esos momentos Joaquín, en la puerta de la sala.

—¡Tú te arreglarás con Lucho, chiquilla!—dijo la señora Teresa.

—Nó, yo me arreglaré con él — afirmó

don Rafael.

—Pero yo prepararé el arreglo—agregó
Valentina.—Emilio, tú eres ya de la fami-
lia: dame el brazo y siéntame a tu lado en el
comedor.

Al dirigirse al comedor vieron que ha-
bía cesado totalmente la lluvia y había vuel-
to a lucir el sol en todo su brillo.





XXV

El almuerzo fué algo así como una mañana de sol después de la lluvia: aun se ven en ella brillar y temblar las gotas cristalinas en las hojas de los árboles, en medio de los esplendores de la bonanza; y así también, en medio de la felicidad que inundaba a aquellas almas, todavía quedaban algunas lágrimas en los ojos, arrancadas por la emoción.

Comieron entre aquellas impresiones, pero don Rafael aprovechó bien la oportunidad para darse un hartazgo de noticias detalladas acerca de su amigo y compañero de la juventud, el padre de Emilio: y a su vez, refirió a éste muchas interesantes anécdotas de la vida de ambos y en las cuales pintaba el buen caballero el carácter y los grandes méritos de su amigo.

Inmediatamente después del almuerzo, Valentina llamó a Joaquín y a toda la servidumbre de la casa y les echó un discurso:

—Los más fieles amigos de una casa son sus servidores, cuando son como Uds., antiguos en el servicio, o han nacido en ella, porque siempre han participado de los dolores y de las alegrías de los patrones. En consecuencia, son los primeros a quienes doy la grata noticia. Este caballero que Uds. ven aquí y que llegó hace unos momentos conmigo, que es hijo de un antiguo y muy querido amigo y compañero de mi padre, y que en mi viaje de Santiago a Concepción ha sido para mí compañero, amigo, hermano, defensor, amparo y luz de mi alma; este caballero a quien tú, Sara, encontraste enantes tan buen mozo; este caballero, don Emilio Campos, es mi novio.

Todos los servidores prorrumpieron en entusiastas aclamaciones de verdadero júbilo.

—Son dos gustos en uno, pues, misía Valentina: su llegada y su noviazgo.

—¡Y éste sí que está bueno — exclamó la Sara— para novio suyo, pues, señorita!

—¡Ahora sí!—observó la traviesa muchacha.—Lo que falta es que me le hagas la corte.

—En este momento—dijo Joaquín, que había salido a un toque de campanilla—viene entrando don José Luis Rodríguez.

—Hazlo pasar, Joaco, al escritorio de mi papá, pues voy en seguida.

—¿Quién es don José Luis Rodríguez? —preguntó Emilio.

—Pues, hombre: el que era mi novio.

¿No te había dicho su nombre?

—Nó, no lo sabía, y a tiempo lo sé: antes de hablar con él, lee esta carta, que te será útil.

Y le dió la que había recibido de aquel amigo de Concepción y que los lectores han visto en el primer capítulo de este relato.

—Quédate entre tanto con mi mamá para ir yo a hablar con Lucho—dijo Valentina.

Leyó rápidamente la carta y se dirigió hacia el escritorio de don Rafael, donde esperaba Rodríguez, y se saludaron con mucho afecto.

—¿Cuándo has llegado, Valentina? —preguntó el ex-novio.

—Hace muy poco; minutos después de las 11, y por cierto—agregó con tono algo zumbón—que escudriñé con los ojos la estación para ver si me esperaba allí cierto buen amigo, y no lo encontré.

—Tienes razón en reprochármelo, mi querida amiga: fuí ayer tarde, supe el atraso del expreso y después lo del transbordo, y esta mañana no averigüé oportunamente la hora de llegada del tren auxiliador.

—¿Si no te lo reprocho, Lucho! Supongo que tendrías mucho que hacer y no pudiste ir; eso es todo y no te hago cargos.

—En cambio supe que tú habías viajado y llegado muy bien acompañada —dijo Rodríguez, adoptando a su vez el mismo tono de zumba.

—Ya presumí que lo sabías y que por eso te has apresurado a venir.

—¿Y cómo lo presumiste? — preguntó él, desentendiéndose de la ligera ironía de la joven.

—Porque traes pasada la ropa a alcohol, y a alcohol malo.

Enrojeció Lucho con esta observación, pero no detuvo la pregunta:

—¿Qué quieres decirme con eso, Valentina?

—Que hoy ha ido a tu oficina un borracho a contarte eso del compañero que yo traía en mi viaje y cuyas manos probó ese mismo borracho en el camino.

—¿Pero es verdad o no es verdad, amiga mía, lo que me ha dicho ese hombre?

—Derecho tienes para preguntármelo, y aun sin ese derecho y sin lo que ese hombre te dijo, yo habría sido la primera en referirte todo mi viaje, para que me hubieras ayudado tú mismo a agradecer los grandes servicios prestados a tu prometida.

—Bien comprenderás tú, entonces, que tal noticia no puede menos de ser una lastimadura en mi amor.

—Ven acá, Lucho, bien a la luz: mírame de frente, con tus buenos ojos de hombre honrado puestos en los míos—y al decir esto le puso las manos en los hombros y lo miró fijamente—, y respóndeme con sinceridad: ¿ha sido ésa una lastimadura en tu amor hacia mí o en tu amor... propio? Díme la verdad.

—¿A dónde vas con tal pregunta?—interrogó a su vez el joven, enrojeciendo nue-

vamente.

—A esto, que es muy claro: en tu amor hacia mí, no puede ser, porque no es mucho (y ya hablaremos de eso) y porque un amor sincero no acepta tales sospechas; luego, es en tu amor propio, y crees que debes darte por ofendido con una preferencia dada a otro.

—¿Y qué más da, si esa preferencia ha existido?

—Casi puedo decirte que no tienes derecho a hacer tal observación, pues mientras tú no te acordabas siquiera de acudir a esperarme a la estación, ese joven, que era para mí un extraño hasta ayer por la mañana, se convertía en mi mejor amigo y hasta arriesgaba su vida por servirme. Pero quiero ir al fondo de este asunto y dejarlo en claro y liquidado para tu bien y el mío. Y conste que no vuelvo a pensar más en tus sospechas, porque quedan devoradas, como viruta en la llama, entre el afecto que tú y yo nos tenemos.

Comienzo por una pregunta, Lucho: ¿te acuerdas de que, cuando se trató de nuestro matrimonio, te dije con toda franqueza y con toda lealtad, y te lo he repetido muchas veces, que tengo por tí un cariño muy profundo y una gran estimación, pero cariño de hermana, por haber discurrido juntas tu niñez y la mía, y que no sentía hacia tí el amor de la novia? ¿Y te acuerdas de que te agregué que, si te aceptaba por marido, era porque no tenía ni había tenido nunca a nadie

esa otra clase de afecto, y porque eres bueno y honrado y de alma sana y merecías el aprecio y el cariño de mis padres?

—Sí, lo recuerdo perfectamente todo eso, Valentina, y jamás podré hacerte reproche alguno con respecto a tu lealtad y tu franqueza.

—Pues bien, y si dentro de esa situación llegara yo a decirte: “Lucho, ahora amo a otro hombre y lo amo con un amor distinto del de hermanos y del que a tí te tengo”, ¿podrías tú honradamente exigirme el cumplimiento de nuestra promesa matrimonial?

—No podría hacerlo: no sería eso propio de un caballero.

—¿Y no estabas tú en la obligación de proceder de igual modo conmigo, en caso de que tu corazón se inclinara con esa otra clase de amor hacia otra mujer? ¿Y has sido tú conmigo tan leal como yo contigo?

—Otra vez, Valentina, te pregunto qué quieres decir.

—Mira si has sido bien poco franco, cuando no me respondes a las derechas y el rubor te acusa. Mírame otra vez a los ojos y díme: ¿no hay por ahí cierta Julia del Valle hacia la cual te arrastra tu corazón, sin quererlo y tú a pesar de tu compromiso?

Dobló Rodríguez la cabeza y en esa postura respondió:

—Sí, debo ser honrado: es verdad, Valentina.

—Ya ves tú que hemos estado al borde

de la desgracia, por un compromiso que no podía subsistir, porque estaba trabado entre nuestras voluntades, pero no confirmado por nuestros corazones: tú amabas a otra, pero no te lo confesabas a tí mismo; y yo, Lucho, te confieso hidalgamente que desde ayer estoy enamorada de otro hombre. Nuestro compromiso queda, pues, disuelto por el corazón y por la voluntad de ambas partes: en consecuencia, nos devolvemos nuestra libertad, cada cual puede ser feliz por su lado, y en lugar de novios seremos hermanos, como lo fuimos cuando niños. He aquí mi mano, Lucho.

—Valentina, eres tan noble como buena.

—Soy honrada y sincera, solamente. Ahora ven a conocer a mi novio, al de mi corazón y mi voluntad, y estoy segura de que luego lo estimarás como yo.

Y se fué con Lucho a la sala de costura, donde conversaban animadamente don Rafael, doña Teresa y Emilio; y Valentina hizo la presentación.

—Emilio, tengo el placer de presentarte a mi compañero y amigo de la infancia, José Luis Rodríguez, que hasta hoy era mi novio y que en adelante será mi hermano; José Luis, tengo la felicidad — y recalcó la palabra—de presentarte a mi compañero de viaje, Emilio Campos, que hasta hoy era mi hermano y que desde hoy es mi prometido y muy pronto será mi esposo.

Y tan pronto como se saludaron los dos

jóvenes, sin reservas, hasta con cordialidad, se adelantó la graciosa muchacha hacia Emilio y poniéndole las manos en los hombros, le dijo risueñamente:

—Todavía no me has dicho qué te parece el desenlace del cuento de las palomas.

—Realmente delicioso; incomparablemente más bello que cuanto pude imaginar mi en sueños.

—¿Y encuentras ahora ridículo el papel que has estado haciendo? Emilio, cantemos ahora un dúo de amor, como los de nuestro concierto de Yumbel, para regocijo de nuestros padres.





XXVI

Muy poco queda por decir, y esto sólo por atar cabos sueltos.

En la misma tarde fué Emilio a ver al amigo José María, autor de la carta que figura en el capítulo I, y supo que el amigo había estado ausente tres días de Concepción, acababa de llegar y sólo en esos momentos recibía el telegrama de Emilio: en consecuencia, la presunta novia no alcanzó a saber el viaje del joven ni su intención de llegar a pedirla en matrimonio.

—¿De manera—observó José María después de oír la relación de Emilio—que tú has cambiado de novia en el camino?

—Exactamente: venía a casarme con una y me caso con otra.

—Es decir que viniste por lana...

—Y me llevo la seda.

—Cabal. Pero fíjate de qué pequeñas cosas se vale la Providencia para producir grandes resultados: si la señorita Valentina

encuentra ayer asiento en el Pullman, al salir de San Bernardo, el viaje cambia radicalmente de condiciones, todo queda como antes y se casa ella con Rodríguez y tú con Julia.

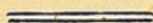
—Es verdad; a menos que la Providencia hubiera buscado otro camino.

—Realmente, ha habido en esto mucho de providencial. Por lo demás, te felicito cordialmente, pues te llevas la perla de las niñas de Concepción. Por lo que toca a Julia, yo me encargo de hacerle saber que queda abierto y despejado el camino hacia el joven Rodríguez.

Algunas semanas más tarde se concertaba el matrimonio de Rodríguez y Julia, y se celebró casi a un tiempo con el de Emilio y Valentina.

—: FIN :—

FLOR QUE RENACE





ADVERTENCIA

Bajo el título de “Flor que renace” he reunido en un solo cuerpo tres pequeños cuentos que publiqué en “La Unión” en Enero y Febrero de 1916 con dos semanas de espacio entre uno y otro, y que forman un solo conjunto, una pequeña novela: se titulan “Flor de un día”, “Espinass de una flor” y “El concierto de Chopin.”

Cuando publiqué el primero de ellos, “Flor de un día”, no imaginé ni pude imaginar que hubiera de traer una segunda parte; y ésta llegó, con gran sorpresa mía, pocos días después de salir a luz ese cuento—y lo llamo “cuento” sólo por seguir el nombre adoptado para todas estas narraciones—, y fué como el eco inesperado de un grito del corazón. Si alguien que vaga por una ciudad extraña tiene el capricho de levantar la voz para nombrar a un amigo muy distante y no visto desde hace largos años ¿no recibirá la más honda sorpresa al oír que el amigo le

contesta entre la multitud de esa ciudad extranjera y donde jamás podía pensar que pudiera hallarlo? Pues tal fué mi sorpresa al recibir, días después de publicado “Flor de un día”, la carta con la narración titulada “Espinass de un flor”, respuesta absolutamente inesperada y hasta increíble.

Mas no paró ahí la cosa, sino que a los pocos días de dar a luz ese segundo relato, me llegaron las cartas y documentos que, también sin agregado alguno de mi parte, forman el tercer relato, “El concierto de Choopin”, que dió sorpresivo y no soñado desenlace a los hechos precedentes.

Imagine el lector que, yendo de viaje, encuentra en una ciudad una pequeña joya, un pendiente, y lo adquiere porque le parece hermoso y de algún valor, aunque le falta el compañero; después en otra ciudad halla el compañero que le falta, el otro pendiente, exactamente igual al primero; y más tarde, en una tercera ciudad, halla un prendedor que completa perfectamente el juego de los pendientes: ¿no será muy grande su sorpresa y también su placer ante la casualidad providencial que le ha permitido reunir esos tres elementos? Pues eso mismo es lo que me ha ocurrido a mí con estas tres narraciones, y por eso he creído interesante reunir las en esta nueva edición en un solo cuerpo, extra-yéndolas del primer tomo (ya agotado) de mis “Cuentos del domingo”, donde se publicaron aisladamente y con otras relaciones de por medio. — **Ronquillo.**

PRIMERA PARTE

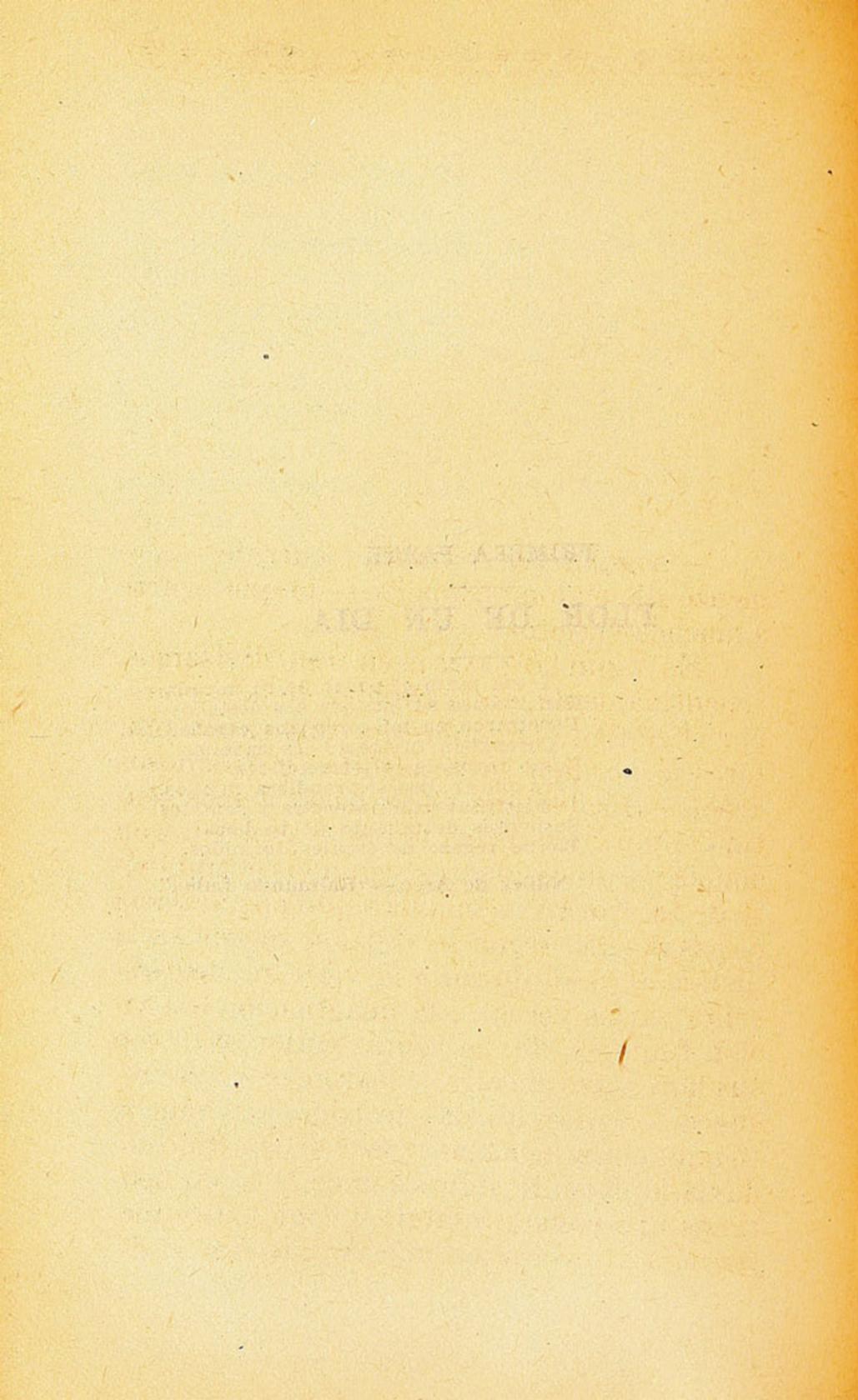
FLOR DE UN DIA

Y era tanto el poder de tu mirada,
Tan intensa su luz, que sus destellos
Penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos
Como rayos de sol entretejidos,
Para que el alma se prendiera en ellos.

Y estaban mis potencias y sentidos
Suspensos del aliento de tu boca,
Tierno regazo de ósculos dormidos.

Núñez de Arce.—“Raimundo Lullo.”





I

—Alguna vez te habrá ocurrido — comenzó diciéndome Roberto— lo que ocurre a muchos viajeros.

En algún largo viaje en tren, divisamos, repentinamente, en la rapidez de la carrera, por el claro de la ventanilla, una casita pintoresca, perdida entre jardines y frondosos árboles al lado de la vía, y hasta hemos sentido el perfume de las flores y aspirado con delicia por unos cuantos segundos el ambiente de frescura y primavera que nos acaricia al pasar. La escena se aleja, se pierde en la distancia, pero durante el viaje se nos presenta varias veces en la imaginación esa visión fugitiva de la casita pintoresca, con sus flores, sus árboles, sus aromas; y este recuerdo se nos queda grabado por mucho tiempo en la memoria y lo vemos nítido todavía al cabo de algunos años, y hasta sentimos una como nostalgia o como dulce melancolía al evocar en nuestro interior el es-

pectáculo fugaz de aquella poética aparición.

Pues bien, esta misma es la impresión que siento al evocar aquella aventura de amor, y no porque tuviera ésta por escenario una casita campestre y perdida entre jardines, sino porque es para mí como una visión deliciosa que contemplé por breve tiempo en el camino y que pasó para no volver, y porque, cuando la reconstituyo en la memoria, todavía me inunda esa dulce melancolía que aureola siempre nuestros recuerdos de dichas pasadas.

Tenía yo entonces veintitrés años y vivía en un pueblo del sur, entregado concienzudamente a mis trabajos, y bregaba con empeño para ganarme el sustento y el de mi familia: mañana, tarde y noche les daba de firme a mis tareas, dedicado solamente a ellas, y créeme que no me quedaba holgura para enamorarme, pues no tenía tiempo que perder. Mi único desquite era un par de viajes que hacía cada año a Santiago, en parte por necesidad y en parte por placer: proveerme de ropa, hacer algunas recogidas de libros, darme el lujo de asistir una o dos noches a la ópera, si era tiempo de ella, y ¡a casa! después de tres o cuatro días de vacaciones.

Y éstas tenían que ser muy cortas, porque no me alcanzaba para más el tiempo... ni el dinero. En cada viaje, llevaba mi presupuesto muy ajustado: tanto para ferrocarril, tanto para hotel, tanto para tales y

cuales compras y tanto para una noche de ópera o para algún extra por el estilo; y, despachadas las diligencias y hechas las compras, me volvía a mi pueblo.

Hice uno de esos viajes en plena primavera, en el mes de Octubre, el más hermoso de Santiago, y puedo asegurarte que llegué como colegial a la casa paterna al salir de vacaciones.

Comprenderás fácilmente mi situación de ánimo: estaba en la edad en que la vida se ve más despejada y hermosa; con mis estudios de humanidades y unos pocos de leyes—inconclusos por causas que no hay para qué explicar—; con mi espíritu de trabajo, la confianza en mis propias fuerzas, sobre todo en mis recursos intelectuales — y perdóname este rasgo de inmodestia, así como el siguiente:— y con una fachada personal que, al fin y al cabo, no era mal parecida, me sentía capaz de conquistar la vida, y de conquistarla en grande, de abrirme ancho camino, y me veía escalando muy altas situaciones. Llegaba, pues, a Santiago como el propietario que va a visitar el terreno donde ha de construir su futura y grandiosa mansión señorial, lleno de vigor, de ilusiones, de esperanzas, y chispeándome en los ojos toda la luminosa primavera de mi vida y todos los resplandores de la juventud y de la ambición.

Era pobre, pero ¿qué importaba? Ya vendría más tarde el dinero, que por el momento no me preocupaba mucho; entre tan-

to, la pobreza me hacía juicioso y discreto y me había enseñado a recorrer el camino recatadamente.

¿El amor? Ya te he dicho que no tenía tiempo ni dinero para ello: tal cual aficioncilla pasajera, “pololeo” como ahora las llaman, por ésta o aquélla de las muchachas de mi pueblo, era todo mi haber en materia de recuerdos amorosos, y en ninguna de ellas había estado comprometido el corazón: mi vida había sido hasta entonces como un arroyo ruidoso, alegre, que murmuraba cariñosos arrullos al pasar entre las flores de la orilla, pero sin hacer remanso ante ninguna de ellas. No obstante, sentía en el fondo del corazón todas las armonías de la primavera que me cantaban alegremente, con acentos risueños y argentinos; y aquella voz interior no esperaba más que otra voz amiga con la cual armonizarse y fundirse, para entonar unidas el himno del amor y del hogar.



II

Al tercer día de estar en Santiago, una mañana, volvía de la estación de Alameda—la única de entonces—, después de despachar una diligencia, y tomé un carro Compañía, de los antiguos carros de caballos, para volver hacia el centro a almorzar en mi alojamiento. En el carro, yo era todo ojos, para mirar, de tránsito, los progresos de la edificación, las niñas que pasaban por las calles, las que entraban al carro, los demás pasajeros y transeúntes, los trenes de la Avenida Matucana, cuanto hallaba en el camino: en una palabra, me daba ese día, como siempre, un atracón de miradas, como para almacenar para mucho tiempo tipos, escenas y paisajes santiaguinos.

Al entrar el carro en la plaza de Yungay y cuando estaba mirando los nuevos arreglos de ese sitio, me sacó de mi observación una voz muy fresca, muy juvenil, muy clara, y que sonó a mis oídos como si hubie-

ran vertido unas cuantas gotas de agua, rápidamente, en un jarrón de plata, o como si hubieran repicado por un instante en el borde de una copa de finísimo cristal.

—Pase, mamá — decía aquella voz—: afirmese en mi brazo.

Volví inmediatamente la cabeza y ví entrar por la puertecilla del carro una señora alta, delgada, vestida con sencillez pero elegantemente, y que por la manera como fruncía los ojos daba a entender ser muy corta de vista; y al lado, pero un poquito detrás de la señora y sosteniéndola con el brazo derecho, una niña de unos 18 años, muy parecida a la señora y vestida como ella con elegante sencillez.

Las dos damas tomaron asiento al lado derecho de la puertecilla y, como yo estaba sentado en el extremo opuesto y en el costado izquierdo, estuve en situación de poder mirarlas a mi gusto, desde lejos, y sin que la insistencia las molestara.

La hija llamó vivamente mi atención: era una figura realmente atrayente, sin llegar a ser una de esas mujeres que se llevan de calle todas las miradas, pues no era una hermosura llamativa y estruendosa. Era de mediana estatura, pero airosa y elegante; su color no era ni blanco ni moreno, sino que estaba entre el uno y el otro, como está el amanecer entre la penumbra y la plena luz, pero más cerca de ésta que de aquélla; y en aquel rostro, de líneas regulares y agradables, se abrían unos ojos pardos, muy gran-

des, muy juguetones y vivos, mientras la primorosa boca, aun cuando estaba cerrada, era un nido de sonrisas listas para escaparse como una bandada de alegres y gorjeadores pajarillos. El traje claro que llevaba, el chispear de los vivaces ojos, el jugar de aquella sonrisa alegre y casi burlona y el sonido de aquella voz que parecía el cantar de una fuente, me dieron la impresión de que era la Primavera misma, envuelta en femenino ropaje, la que había tomado carro para llenar de luz y de perfumes aquellas calles afortunadas.

Todo eso me atrajo más y más a cada momento, y casi sin darme cuenta de lo que hacía me quedé con los ojos clavados en ella, y sentía que la imagen de esa fresca muchacha se me entraba hasta lo más hondo del alma, despertando en ella todos mis anhelos juveniles, como una nota alegre de violín se extiende hasta los últimos rincones de un teatro avivando en ellos todos los ecos dormidos. Y si algún incidente, de los frecuentes en un viaje en tranvía, me distraía un momento de mi contemplación, muy pronto el timbre de plata de su voz, en medio del cotorreo sordo de los demás pasajeros, me volvía hacia ella y seguía con los ojos puestos en aquella graciosísima figura.

¿Fué acaso el fenómeno de que una mirada insistente atrae siempre la mirada de la persona en quien se fija, o fué la vivacidad juguetona de sus ojos, lo que hizo que a los pocos minutos se encontraran los suyos

con los míos? No lo sé, pero hubo un instante en que se cruzaron nuestras miradas, como un rayo de sol con su propio reflejo; y ante el fulgor de la suya, sentí correr un leve calofrío por todo el cuerpo, mientras la niña volvía los ojos a otro lado. Pero tornó a mirarme, y nuevamente se cruzaron nuestras miradas, y desde ese momento ya aquello fué un canje continuo, una conversación muda, pero de suma animación, en que los ojos hablaban en vivísimo diálogo: no sé cómo mirarían los míos, pero los suyos eran a veces risueños y a veces interrogantes, en un momento brillaban con un suave fulgor de simpatía y en otros chispeaban juguetones y hasta burlescos, mientras yo me decía para mis adentros, modificando el madrigal:

¡Ojos pardos, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos!

—¿Quién es Ud.?—parecían preguntarme en uno de sus destellos.

—Pues sepa Ud. que la cosa me divierte—me indicaban en otro instante.

—¿Me quiere Ud. quemar con el fuego de su mirada?

—Le concedo que seamos buenos amigos.

Y así seguían aquellas pupilas pardas, alternando la curiosidad con la benevolencia, el asombro con la travesura, reprendiéndome a ratos y a ratos alentándome como si fueran una caricia.



El viaje pasó como un suspiro.

Una media cuadra antes de llegar a la calle de Negrete, como entonces se llamaba, la joven hizo detener el carro y ella y la mamá se bajaron, no sin que antes me diera aquella una mirada de despedida que me pareció encerraba una afectuosa promesa de amistad. Inmediatamente me levanté del asiento y fui a tomar el sitio que habían dejado las damas, y saqué la cabeza por la ventanilla.

Realmente, ese día la fortuna aureolaba mi cabeza. La madre y la hija atravesaron la calle y llegaron hasta la puerta de una casa de muy buena apariencia, y allí la muchacha se volvió hacia el carro y me vió cuando iba asomado a la ventanilla y con los ojos clavados en ella, y premió con un sonrisa mi constancia. El carro siguió su camino, yo seguí mirando y la joven siguió en la puerta de calle hasta que la distancia y la

curva que hace la calle más arriba ya nos impidieron vernos. . . .

No pude contener un suspiro y cerré al punto los ojos, para no profanar aquella visión con ninguna otra, y al punto se alzó la graciosa imagen de la niña en el fondo de mi alma, como brotan las estrellas apenas cierran las sombras de la noche.

Pero luego cruzó una reflexión muy fría a través de mis ilusiones.

—¡Soy un fatuo!—pensé— ¿Cómo puedo imaginar que nazca así, de repente, el amor con que sueño, en una muchacha a quien veo por la primera vez en mi vida? Esos afectos son cosas de novela: en la vida real pasan las cosas de modo muy diverso. Esa niña me toma como un objeto de curiosidad, solamente.

—¿Y por qué nó?—pensé un momento después—. Las simpatías son instintivas, y no andan buscando diccionarios biográficos para prenderse de los individuos. ¿Cuántas veces no han ocurrido hechos semejantes?

—En todo caso, es fácil hacer la comprobación—me dije en seguida.

Y en efecto, valía la pena de hacerla y el corazón me arrastraba a ello. En la tarde volví a aquel sitio y miré por los balcones y la puerta de la casa, pero no ví a la pasajera de la mañana. Esto me produjo verdadero desconsuelo, mas luego me vino una reflexión:

—Es claro que la chica no había de llevarse el día entero esperándome para ver-

me pasar.

A la mañana siguiente, y a la misma hora hora de nuestro encuentro, volví a la casa.

—Si ha coincidido en ambos— pensé— una simpatía recíproca, ésta ha de traducirse en que ella también se acuerde de esta hora y me espere.

No me engañó el corazón. La ví desde lejos asomada al balcón y la luz del sol, que le daba directamente, filtrándose por entre sus cabellos formaba uno como nimbo de dorada espuma en torno de la gentil cabeza. Me bajé del carro, un poco antes de llegar a la casa; me vió, sonrió y cuando faltaban unos pocos metros para que pasara delante de ella, la oí decir con su voz de argentinas vibraciones, como hablando hacia el interior de la pieza:

—Esta noche, mamacita, me lleva a la Alameda ¿quiere? Quedé en juntarme con las Fernández frente a la estatua de San Martín.

Pasé, me atreví a saludar y me contestó con una mirada y una sonrisa que me parecieron como una cascada de jazmines.

Si me hubiera hablado, no se lo habría agradecido más, ni habría podido responderle, porque los latidos del corazón me ahogaban. ¡En la Alameda, frente a la estatua de San Martín! Ya sabía el sitio donde podía verla esa noche, talvez hablarla y quién sabe si llegaría mi ventura hasta conocerla.



IV

Comí muy temprano y a las 8.30 ya estaba yo paseándome, nervioso y lleno de ansiedad, en las vecindades de la estatua de San Martín. No podía estar cómodo ni paseándome, ni de pie, ni sentado, pero pensé que la mamá llegaría cansada y le gustaría hallar un asiento. Busqué, pues, lo más cerca posible de la estatua, uno de los sofás de piedra y en él me instalé, procurando abarcar el mayor espacio posible, a fin de que hubiera espacio para las dos damas: y apenas me senté, me volví todo ojos para verlas desde lejos cuando llegaran.

A las 9 las divisé; más que verlas con los ojos, las adiviné con el corazón, en sus precipitados latidos. Ella también me vió, acompañó con una sonrisa el cruce de nuestras miradas, y enderezó hacia el sofá; cuando estuvieron a pocos metros, me levanté para ofrecerles los asientos que tenía reservados y que eran los únicos disponibles en

todo ese radio.

—Me contentaré con estar cerca—pensé—y dedicarme a contemplarla, aprovechando la cortedad de vista de la señora.

Pero de repente, con inmensa sorpresa mía, la ví adelantarse hacia mí como hacia un antiguo amigo y oí su voz cristalina que me saludaba diciéndome:

—¡Buenas noches, Felipe! ¿Por qué no han venido las niñas?

Quedé un instante como atontado: pensé que se dirigía a algún otro que estaba detrás de mí; e inmediatamente se me ocurrió que aquella gentil muchacha me confundía con algún amigo suyo que se me parecía; y con estas reflexiones, no supe qué contestar. Pero aquello duró apenas uno o dos segundos, pues ví relampaguear sus ojos mientras su graciosísima boca me hacía una ligera mueca como para decirme:

—Siga usted por donde lo encamino.

—¡Buenas noches, señorita!— contesté al punto, mientras ella agregaba rápidamente y sin darme tiempo para hablar:

—Mamá, aquí está Felipe, Felipe Castro.

—¡Ah! ¡buenas noches!—dijo la señora, alargándome la mano.—Dispense que no lo haya conocido: cada día estoy más corta de vista. ¿Y cómo ha seguido su mamá?

—Mucho mejor, señora, muchas gracias... —respondí al azar, sin saber por dónde iba y como buque que se va al garete.

—¡Ay, por Dios, Felipe!— exclamó la

niña interrumpiéndome.— Desde la noche del 5, en que estuvo su mamá en casa con sus hermanitas y en que se retiró tan resfriada y con tanto dolor de cabeza, estábamos tan preocupadas por ella. Mi mamá me decía todos los días: “Eugenia ¿por qué no vas a ver cómo sigue la Matildita?” Pero ya Ud. sabe lo que es mi hermano Víctor: no se puede contar con él desde que está de novio; mi papá tiene bastante con las Cámaras, la política y el Club de la Unión, y yo me atrevía a salir sola. Ha sido cosa pasajera ¿no es cierto? Y la Merceditas y la Amelia ¿cómo están?

—Bien todos, Eugenia—respondí—: la enfermedad de mi madre pasó con cuatro días de cama; mis hermanas están bien y tenían deseos de venir, pero por no dejar sola a la señora, no se atrevieron. Hoy les oí decir a ellas que ustedes debían juntarse aquí con las Fernández y se me ocurrió venirme temprano para guardarles asiento.

—¡Qué atento es usted, Felipe! ¿Cómo le pagaremos esta fineza?

De sobra estaba pagado yo con la felicidad que me inundaba y que era para mí como un sueño, que temía ver desvanecerse de un momento a otro.

Asombrado estaba yo con la travesura de aquella niña, pero tuve el despejo suficiente para anotar los datos que ella misma me suministraba: ya sabía yo que mi nombre era Felipe Castro y Matilde el de mi madre, enferma de “influenza” probablemente;

que tenía yo dos hermanas, Mercedes y Amelia; que ella no tenía más que un hermano, llamado Víctor y que estaba de novio; y que su señor padre era personaje de campanillas en la política y en la sociedad. Ya con esto tenía un punto de partida para poder conversar algunos momentos, pero me entró un miedo horrible a decir alguna gansada que me dejara o “nos” dejara en descubierto.

Entre tanto nos habíamos sentado, dejando a la mamá al medio, y se animó más y más la conversación. ¡Qué demonio de muchacha! ¡Con qué talento guiaba el diálogo, de manera que yo fuera orientándome y pudiera responder con acierto a las frases de la señora; y con qué ingenio intervenía en los momentos más críticos para ayudarme con una reflexión y sacarme de apuros! Con una frase y otra, diestramente, me dió a entender algunos otros detalles de su familia y de la “mía” y otros puntos necesarios para que yo pudiera continuar en la conversación.

La oía yo hablar y me quedaba embelesado oyendo la música de su voz y sus finísimas y graciosas ocurrencias, y en estos momentos incurría en distracciones que hubieran sido mi perdición sin la agudeza de mi gentil y traviesa compañera.

¿Cuándo pude jamás imaginar una dicha mayor? ¿Qué bendición de la Providencia me había puesto, inopinadamente, en el camino de aquella muchacha, hermosa, inteligente, alegre como el gorgéo de un canario

y de una posición social respetable, según lo veía bien claro en la distinción y en el trato de aquellas damas? ¿Cómo yo, un provinciano insignificante, que llegaba a Santiago como ave que bebe de paso en el torrente, sin ser conocido de nadie, podía haberme atraído la atención de aquella niña, que merecía ser querida y adorada de grandes personajes y frecuentar como reina los mejores salones de Santiago? Después de beber del torrente en el camino ¿podía yo levantar la cabeza hasta llegar a la altura de aquella mujer? ¿Y por qué nó, si ella misma, con su ingenio y con el afecto de que me daba tan radiantes muestras, me abría el camino hacia ella, camino de flores y en que sonaba la deleitosa música de sus palabras cristalinas?

—No han venido las Fernández, niña— observó la señora —, y ya son cerca de las 10: ya no vendrán.

—Talvez hayan ido al teatro del Santa Lucía,—observé yo.

—¿Al teatro?— preguntó la señora — ¿Pero cómo podría ser eso con un luto tan reciente? ¿Si por eso vienen aquí, en que no hay ruido ni paseo ostentoso!

—¿Caracoles!—pensé yo.— ¿Me parece que he metido la pata!

—¿Si no es compañía de teatro la que hay ahora en el Santa Lucía, mamá! Creo que daban una conferencia sobre la tuberculosis y como el papá de las Fernández es médico.....

—Eso sí. Pero no vienen y ya es tarde.

Esperemos un carro y nos vamos.

—Vámonos a pie, mamá: la noche está tan agradable, y además Felipe nos acompaña.

—Bueno, vamos a pie: me viene bien andar algo, porque me ha dado frío.

Y emprendimos el camino de la casa, sosteniendo siempre Eugenia la conversación, pues yo no me atrevía a hablar por no venderme con alguna tontería.





V

Llegamos a la casa y la señora me invitó a entrar, de manera que no era una simple fórmula de cortesía: una mirada de Eugenia subrayó la invitación y entré, con el corazón agitado a la vez por el temor y la felicidad. Entramos a una antesala que, por su mobiliario, por los adornos de las paredes, por ese cúmulo de pequeños detalles que hablan más claro que los objetos muy ricos y vistosos, me reveló que aquella era una familia acomodada, que vivía holgadamente y estaba dotada de educación y gusto superiores. En uno de los rincones había un excelente piano y como los muebles estaban dispuestos de manera que convergían hacia él, comprendí que en aquella familia había verdadero culto por la música.

Conversamos algunos momentos, y la señora pidió permiso y se retiró para quitarse el sombrero.

Apenas quedamos solos, me levanté lle-

no de ansiedad y me acerqué a Eugenia, que me miraba también con ojos preguntones y al mismo tiempo con cierto aire de travesura.

—¿Quién es usted?—me preguntó rápidamente y en voz baja.

—Hasta hoy no era nadie—le respondí—; pero desde hoy me siento capaz de ser alguien—y le dije mi nombre.

—¿Es de Santiago?

—Nó: soy de un pequeño pueblo en que la cordillera sube mucho y el cielo desciende y ambos se unen y confunden sus deslindes. Y usted, señorita, ¿se llama Eugenia y es hija de don Javier Rodríguez, el Director de...

—Me alegro de que se haya orientado. ¡Ay, por Dios! ¿qué pensará usted de esta locura?

—Pienso, Eugenia, que hay una hora en que se confunden las últimas sombras de la noche con las primeras claridades del día. Gracias con toda mi alma: estoy en esa hora feliz y vengo saliendo de la sombra, pero esta claridad me deslumbra...

—¡Chit! ¡Mi mamá vuelve!— Y en seguida agregó en voz alta mientras entraba la señora:— ¿Y cuándo se recibe de abogado, Felipe?

—Me queda menos de un año, Eugenia, y, Dios mediante, en Abril o Mayo próximo podré ya hacer valer mi título en los tribunales. Después Dios dirá si puedo triunfar.

—Tengo el presentimiento de que sí y de que usted podrá decir como César: vine,

ví y vencí.

Y lo dijo con aire de travesura, pero corrigiendo con los ojos, lo que pudiera parecer malicia o ironía.

—Tomo sus palabras como el más feliz augurio, y ojalá que la Corte lo confirme — dije mirando a la señora.

—¿Por qué no tocas el piano, niña? — dijo la señora. —Creo que a Felipe nó le disgusta la música.

—Por el contrario, señora: soy muy aficionado a ella, y tengo la convicción de que la música me acerca al cielo.

Y me levanté para acercarme a Eugenia, acompañarla ante el piano y pasar las hojas. La joven tomó un album y empezó a tocar el “Andante” del concierto en Sol menor de Mendelssohn, con verdadera maestría. Al doblar la primera hoja, pregunté en voz baja a Eugenia:

—¿A qué hora llegan su papá y su hermano?

—No tenga cuidado: nunca antes de las doce.

Jamás había sonado más deliciosamente a mis oídos aquella música, que siempre había sido tan de mi agrado, pero que en esa ocasión penetraba hasta mi alma como una cascada de luz: con las notas de las animadas frases del andante, subía un leve perfume de “muguet” que se exhalaba del traje de Eugenia, y se unían así armonías y perfumes en una sola sensación, mejor dicho, en un solo sentimiento, porque aquella impre-

sión nada tenía de materialidad ni de sensualismo. Terminó la pieza demasiado pronto, pero no pude expresar todo mi entusiasmo, por temor de revelar que era la primera vez que oía tocar a Eugenia.

Un incidente vino a completar mi felicidad. Antes de que la niña volviera a su asiento, ví sobre el piano la caja de una flauta y pregunté:

—¿Sigue Víctor aficionado a la flauta?

—Desde que está de novio, poco se acuerda de ella.

Abrí la caja y armé el instrumento.

—¿Quiere usted que ensayemos, Eugenia—le pregunté—, para ver si podemos acompañarnos?

—Con mucho gusto: elija usted música—contestó con un aire de verdadero contento: la música nos acercaba más y más.

Tomé otro album y, abriéndolo al azar, encontré el “Maestoso” del concierto en Mi menor de Chopin y lo puse en el atril del piano.

—¡Pero esto está escrito para piano solo!—observó la gentil ejecutante.

—No importa: toque usted, como si estuviera sola, y yo iré siguiendo la melodía: con un guía como usted, no temo perderme.

E iniciamos el concierto. Nunca en mi vida había conseguido dar tanta expresión ni arrancar más hermosos sonidos de la flauta, instrumento ordinariamente pobre, pero que es dócil para expresar, cuando se halla en manos de quien sepa sentir; nunca

tampoco en mi vida había sentido más hondamente la profunda melancolía de esa pieza de Chopin, que es una hondísima elegía, un verdadero lamento, sosegado a veces como un dolor mudo, a veces impetuoso y vibrante como el grito de una alma que se rebela contra la desgracia. Y aquel prodigio de chiquilla de diez y ocho años, que se me había revelado tan juguetona y alegre hasta ese momento; qué hondamente sentía también el dolor misterioso que palpita en esa obra maestra del genio desgraciado!; cómo penetraba ella en el pensamiento y en el alma de Chopin para interpretarlo y exponerlo con tan maravillosa fuerza de expresión!

Bendije entonces con toda mi alma las largas horas que había dedicado al estudio de la música y dí por sobradamente recompensados todos mis esfuerzos: aquel estudio, que antes me había parecido más o menos inútil y perdido, me servía ahora para seguir la frase musical, a veces al unísono con el piano, a veces tomando el acorde a fin de hacer resaltar el mérito y la exquisita sensibilidad de mi admirable compañera. El timbre del piano y de la flauta se armonizaban como dos voces hermanas; muy pronto se estableció la comunicación de la sensibilidad y del pensamiento entre ella y yo, y recibí la convicción de que nuestros corazones palpitaban con el mismo ritmo y el mismo ardor; cada nota que brotaba, llevaba reunidos en una sola vibración los latidos de nuestros corazones, mientras volaba la melodía

apoyada en la voz de ambos instrumentos sobre el fondo oscuro del “acompañamiento”, como una ave que cantando tristemente huye aleteando de la tempestad.

Cuando terminó la pieza, estaba yo seguro de que hacía largos años que conocía a Eugenia, de que nuestras vidas habían corrido juntas, de que nuestras almas habían palpitado siempre con unos mismos sentimientos, con unos mismos afectos, con unas mismas ilusiones y esperanzas.

—¡Qué bien han tocado, muchachos! — dijo la señora.

Nada respondió Eugenia, pero al levantarse del piano corrió hacia su madre, la abrazó estrechamente, ocultando la hermosa cabecita en el seno materno, y cuando la levantó, le ví brillar abundantes lágrimas en los ojos. ¿Por qué las emociones más felices, las que nacen de un amor tanto más hondo cuanto más puro, se resuelven siempre en lágrimas y ocultan un fondo de melancolía? Que otros lo expliquen, pero no puedo olvidar lo que ha dicho Leopardi:

Fratelli, a un tempo stesso, amore e morte

Ingeneró la sorte.

Cose quaggiú si belle

Altre il mondo non ha, non han le stelle...

Quando novellamente

Nasce nel cor profondo

Un amoroso affetto,

Languido e stanco insiem con esso in petto

Un desiderio di morir si sente:

Come, non so: ma tale
D'amor vero e possente é il primo effetto.

Cual dos hermanos engendró la suerte
En un mismo momento
Al amor y a la muerte:
Creaciones más bellas
No las tiene este mundo
Ni las tienen tampoco las estrellas...
Cuando por vez primera,
Del corazón en la profunda calma
Nace súbitamente
Un amoroso afecto,
Lánguida y débil aletea el alma
Y hondo deseo de morir se siente:
Cómo, no sé; mas tal es el primero
Y fiel signo de amor vivo y sincero.

No permanecí mucho más tiempo allí: eran demasiado fuertes las impresiones que había recibido para que pudiera continuar conversando tranquilamente. Me despedí, pues, y todavía tengo grabados en la memoria, como cincelados en acero, la luz de aquella mirada y la cariñosa presión de aquella mano.

—Llevo el corazón lleno de armonías—
le dije al despedirme.

—No olvide entonces que nos falta tocar la parte final del concierto.



VI

Y aquí viene, amigo mío, la parte extravagante de aquella breve novela de mi vida.

Volví al hotel después de vagar algún tiempo por las calles, sin rumbo fijo, porque la luz interior de mi alma, el esplendor de mi felicidad, no me dejaban ver lo que me rodeaba.

Al día siguiente... ¡qué penoso es recordarlo!... al día siguiente pagué mi cuenta en el hotel, hice mi balance y ví que sólo me quedaba lo estrictamente necesario para comprar el boleto del tren, y no podía quedarme ni un día más en Santiago....

Sí, ya sé lo que vas a decirme: pero yo no tenía allí sino uno que otro conocido de mis tiempos de estudiante y además no era yo hombre de andar enamorándome al crédito. Tampoco podía pensar en pedir dinero a mi familia: ¿qué podía enviarme si vivía cabalmente de lo que yo ganaba?

Tomé, pues, el tren con la resolución de vender unos pocos efectos y con el dinero resultante volver a Santiago a precipitar el desenlace. Pero llegué a mi pueblo y no conseguí realizar mi proyecto: en pueblo chico no es tan fácil hacer una venta rápida, y por consiguiente tuve que ir aplazando el nuevo viaje de un día para otro, con la gran desesperación del que ve la felicidad al alcance de la mano y no puede cogerla por un obstáculo invencible.

Luché, trabajé, me esforcé cuanto más pude, llegué a pedir dinero prestado, pero no conseguí realizar mi deseo.

Entre tanto, comenzó a hablar la razón y me dijo:

—“¿Cómo pretendes tú tomar el cielo con las manos? ¿Qué puedes ofrecer a esa muchacha? ¿Hacer tu carrera a expensas de su familia y convertirte en parásito suyo? Jamás: eso sería inadmisibile para tu dignidad y no lo aceptarían tampoco sus padres. ¿Traértela a este rincón obscuro de una aldea, a ella, a la espléndida flor destinada a brillar en vaso riquísimo y a dar su perfume en lujosos salones? Todo ha sido un sueño: despierta. Si la amas, lo mejor que puedes hacer es olvidar y dejarla que sea feliz en su medio y en el ambiente que necesita!”

Y éste fué el desenlace de mi novela, que, como ves, no tuvo ninguno.

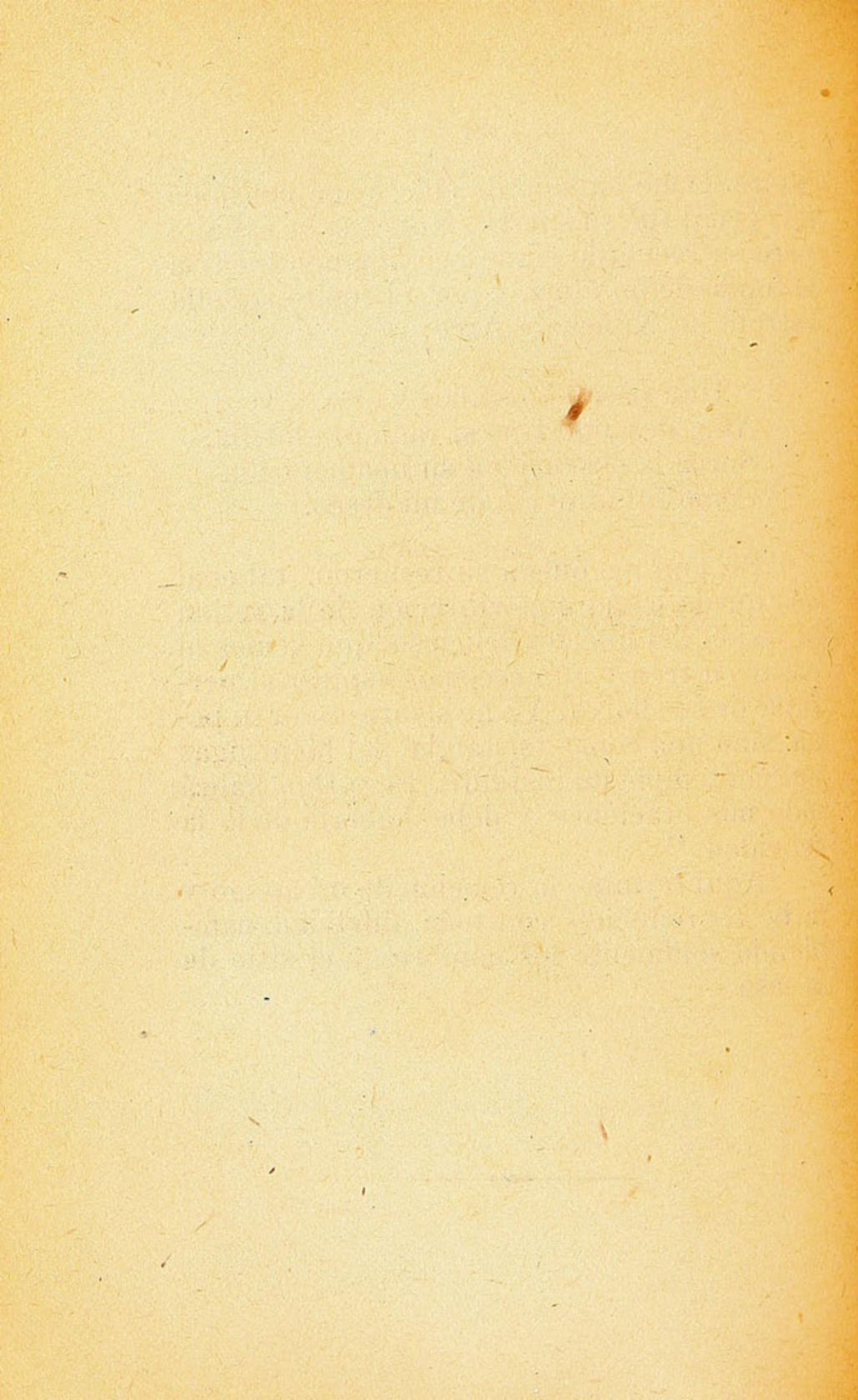
Han pasado los años, desde entonces, un cuarto de siglo, y no he vuelto a verla...

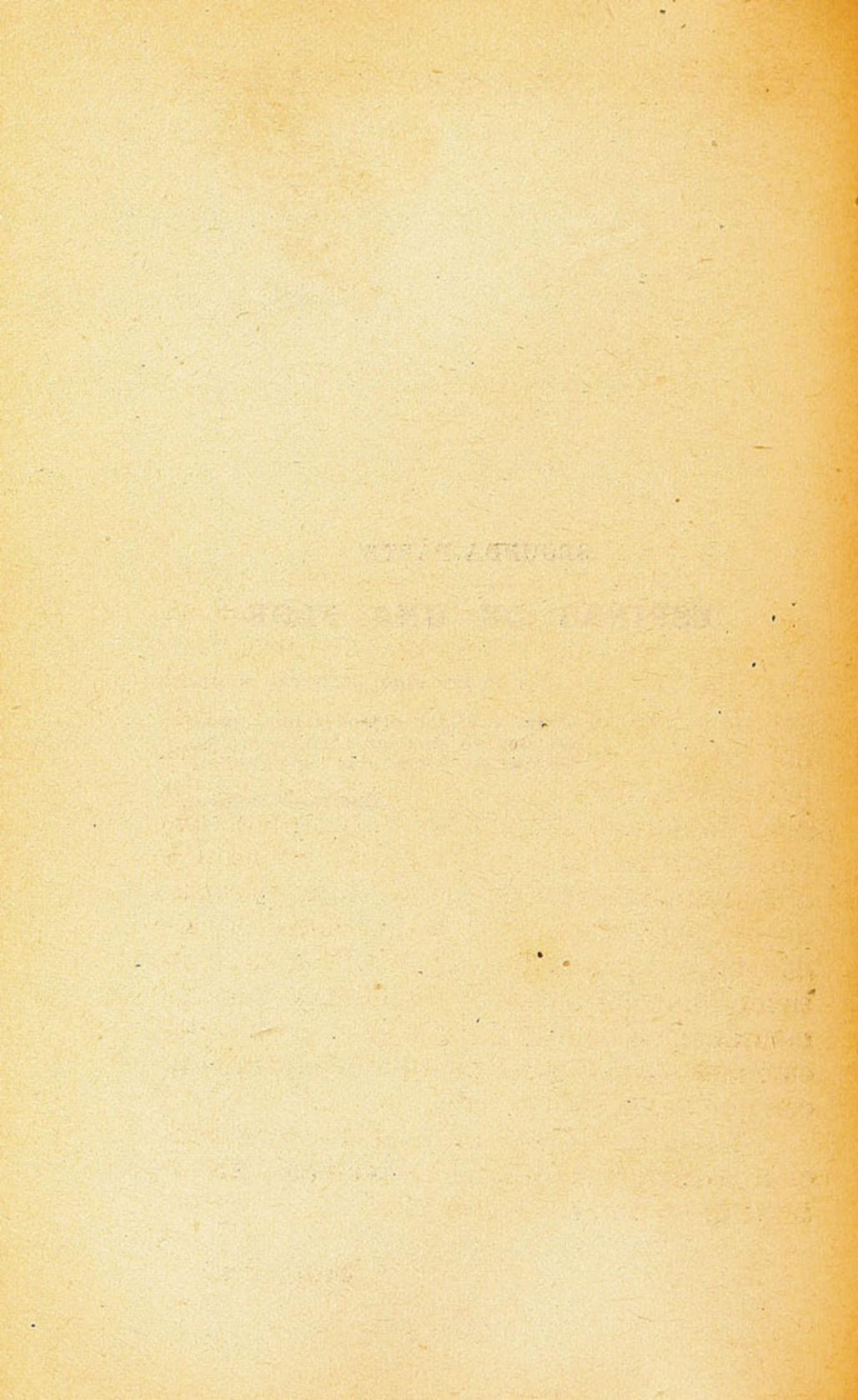
jamás. ¿Qué ha sido de ella? ¿qué pensó de mí? ¿cuál fué su suerte? Nunca lo he sabido; pero su recuerdo sigue perfumando todavía el fondo de mi alma, y por él repito aquella estrofa de Núñez de Arce:

Han pasado los años y aun la veo;
Aun, dejando tras sí radiante huella,
Surca la obscuridad su imagen bella
Como fulguración de mi deseo.

Sí: aun me queda su recuerdo, tal cual nos queda como una vibración de la retina la visión del huerto delicioso que vemos al pasar en tren y aun creemos aspirar el perfume de sus flores. Ya no siento dolor ni pena, sino una como nostalgia del bien fugaz que contemplé un instante. Pero Dios habrá oído mis oraciones y debe haberle dado la felicidad.”

Aquí terminó la relación de mi amigo y la he reproducido con toda fidelidad, cambiando solamente los nombres y el sitio de la casa.







I

El jueves de la presente semana recibí por correo y en certificado una voluminosa carta, que más que tal era una historia, bajo el título de “Espinass de una flor”, con el subtítulo de “Confesión de un alma” y con una firma de mujer; y venía escrita con una letrita fina, menuda, muy hermosa, en un gran número de pequeños pliegos que exhlaban leve perfume de “muguet”, y aquí y allá algunos borrones, no de tinta precisamente: lágrimas acaso, desprendidas y caídas sobre el papel, que daban a la carta, a un tiempo mismo, poesía y realidad, y que aumentaban su belleza porque eran el más elocuente testimonio del profundo sentimiento con que había sido escrita.

Y sin más comentarios, doy a continuación la carta tal como la he recibido, sin alterar ni en una tilde su texto.

Ronquillo.



II

Señor Ronquillo:

Me imagino que esta larga carta va a darle una sorpresa muy grande, talvez tanta como la que yo recibí al leer en el número de "La Unión" correspondiente al domingo 16, el cuento que usted publicó con el título de "Flor de un día". Talvez Ud. comprenda la honda impresión que recibí al leerlo, con sólo saber que ese cuento que usted ha publicado... es mi propia historia, la historia de un día de ilusiones, ensueños y esperanzas, de un día solamente, pero que ha llenado mi vida entera.

Llegó el diario hasta el retiro en que me encuentro, de veraneo, en esta playa lejana y que no es de moda, y me lo trajo uno de mis hijos, que señalándome la página y el cuento, me dijo:

—Lea, mamá, para que se distraiga un momento.

No sospechaba mi inocente niño cuán

de cerca me tocaba aquella relación. Comencé a leer sin gran atención, pero pronto me interesó lo que su amigo Roberto decía a Ud. acerca de su vida y sus trabajos, y con esto leí con más gusto; pero al llegar la relación a aquel viaje en carro, comprendí que allí estaba mi propia historia, y entonces ya no fué interés de lector solamente lo que sentí: toda mi alma se concentraba en los ojos para mirar y en la mente para comprender, y devoraba ansiosa ese relato, y sin embargo me saltaba renglones, párrafos enteros, en medio de mi ansiedad, como un hambriento que come y traga sin masticar, y tenía que volver atrás para leer nuevamente, mientras el corazón me latía como loco.

¡Qué cuarto de hora fué aquél de la lectura! Me parecía que me habían quitado de repente un muro que me impedía la vista, que me habían hecho tornar veinticinco años atrás, y volvía a contemplar y volvía a vivir aquel día fugaz de mi pobre vida.

Placer y dolor, ternura y amargura, expansiones de alegría y encogimientos y angustias del ánimo, dulzura de mis sentimientos de muchacha y acíbar de mis penas de más tarde, todo eso sentí, señor, al leer en su "cuento" la historia de mi propia vida, referida a usted por aquél su amigo y referida en seguida por usted a sus lectores. Después de llorar— porque lloré, señor Ronquillo, y usted me encontrará razón — y después del tumulto de las primeras impresiones, tomé la resolución de escribir a usted, de hacerlo

a usted depositario de lo que he tenido tanto tiempo oculto, de referirle mi parte en esa historia. ¿Para qué? Para satisfacción de mi conciencia: porque creo que en este incidente se encierra toda una enseñanza, útil para las niñas y más útil para los hombres: Ud. verá si acierto a desprender esta enseñanza y si vale la pena de publicar mi relación.

¿No es verdad que usted acogerá mi carta? ¿No es verdad que es muy amigo de Roberto, y que por él tendrá paciencia para conmigo? La forma tan sentida de su “cuento” es para mí la mejor prueba de su profunda intimidad con él. Sea usted también mi depositario y permita que se unan en su alma estas dos corrientes de simpatía que le llegan de diverso origen y que completan una sola historia.



III

No he de repetir todos los incidentes, pues ya los conoce usted. Me limitaré, pues, a mis particulares impresiones.

Cuando subí al carro de Compañía en aquella mañana de Octubre, hice lo que todos: dar una mirada a los demás viajeros, sin fijarme en ninguno. Pero a los pocos momentos miré hacia el rincón opuesto y allí ví un joven que tenía clavados los ojos en mí; aparté los míos, pero inmediatamente, casi sin quererlo yo, volví a mirarlo otra vez y muchas, y siempre lo encontré observándome fijamente. Aquello me divirtió al principio, pero noté yo misma que no todo era travesura en mí, sino que sentía una leve pero grata emoción al mirarlo y al ver sus ojos pendientes de los míos.

Me impresionó muy agradablemente su rostro pálido, la expresión de benevolencia de su boca, sus ojos claros, de mirar tranquilo, a los cuales parecía asomarse una alma

muy serena, y el aire todo de su rostro que desprendía una convicción de franqueza, de lealtad, de nobleza moral. En seguida noté algo que me agradó mucho más todavía: vestía y llevaba la ropa de una manera tan distinta de los jóvenes que veía yo ordinariamente y que parecen armados para ella, mientras en aquel joven el traje había sido hecho para él y no lo preocupaba absolutamente: lo llevaba con soltura pero vestía con gusto, con una verdadera armonía de formas y colores. Una tercera observación acabó de hacérmelo vivamente simpático: cuando estaba serio, tenía un aire de melancolía que le daba un ligero tinte romántico; pero en los incidentes cómicos que suelen ocurrir en un viaje en carro, la expresión cambiaba completamente: brillaban sus ojos como si chispearan luz, reía con la risa más alegre que he visto en mi vida, y salía al rostro una alma regocijada y festiva, como salen a las ventanas las muchachas bonitas cuando oyen en la calle alguna música pasajera.

En éstos y otros incidentes se distraía un instante, pero pronto volvían hacia mí sus claros ojos, como si hubieran sido dos niños que no hubieran podido alejarse mucho tiempo en sus alegres correrías del regazo de su madre.

¿Hubo en mí algo de coquetería en esas escaramuzas? ¿Sentí solamente el placer de verme mirada, contemplada, por aquel atrayente desconocido? Nó: yo era entonces una muchacha viva y traviesa, pero no co-

queta ni frívola: fué aquélla una simpatía, impulsiva, pero profunda, que armonizaba muy bien con mi carácter y que nació en mi alma con la mirada de aquellos ojos en que veía respeto, ternura y sinceridad, y de los cuales podría yo decir con tanta verdad aquel terceto de Núñez de Arce que usted puso en su cuento:

Y era tanto el poder de tu mirada,
Tan intensa su luz, que sus destellos
Penetraron en mí como una espada.

Cuando bajamos del carro y lo ví cambiar de asiento, ocupar el que nosotras habíamos ocupado y en seguida sacar la cabeza por la ventanilla para mirarnos, se lo agradecí con toda mi alma, y en los latidos del corazón comprendí en ese momento que ya había una imagen en él, que aquel desconocido había penetrado en mi propia vida y ocupaba mucho lugar en mis afectos. Y me quedé clavada en la puerta y ví alejarse el tranvía y seguí a aquel desconocido con la vista, hasta que se perdió en la distancia y en la curva. Sentí entonces una impresión de tristeza, y sin darme cuenta pensé:

—¿Lo volveré a ver?

—¡Bah! ¡qué locura!—me dije en seguida, y procuré borrar aquellas impresiones.

Pero durante la tarde y la noche me volvía a cada momento la imagen de aquel pasajero, y muchas veces me sorprendí pensando en él y repasando en la memoria todos los

detalles del viaje, de su traje, de su persona,
y la mirada de sus ojos, clavada en mí en res-
petuosa contemplación.





IV

A la mañana siguiente, a la hora en que había hecho el viaje en carro, me vino de repente una idea: “Va a pasar por aquí: la igualdad de la hora ha de traerlo.”

Y salí al balcón y mi presentimiento no me engañó: no había transcurrido un minuto cuando lo divisé que venía desde abajo. Inmediatamente, por un impulso instintivo, se me ocurrió la otra idea: darle una cita indirecta, pidiendo en voz alta a mi madre, de modo que él me oyera, que me llevara en la noche a la Alameda, a las vecindades de la estatua de San Martín, con el pretexto de encontrar allí a unas amigas. Pasó él en ese momento, me saludó, le contesté, y en el relampagueo de su mirada ví que me había comprendido y que me daba las gracias con los ojos.

—No es un cualquiera—pensé—: es un hombre inteligente.

Pasé la tarde contenta como un pajari-

llo en sus primeros vuelos: en mi inexperiencia de muchacha ¿qué había de imaginar yo el mal que me hacía yo misma? Pero las mujeres somos como las aves, que se posan a cantar en las ramas, aunque éstas den sobre el abismo.

Apenas comimos, urgí a mi madre para que fuéramos a la Alameda, y desde que nos acercamos a la estatua, me puse a escudriñar todo el terreno con los ojos para ver si había acudido mi atrayente desconocido. ¡Allí estaba, como si hubiera sido la personificación de mis anhelos!

Otro impulso instintivo, como los precedentes, me llevó a urdir la travesura: aprovechar la cortedad de vista de mi madre para saludarlo como uno de nuestros amigos, Felipe Castro, y elegí este nombre por ser Felipe de los que menos frecuentaban la casa, aunque su familia era muy amiga de la mía.

—Así veré—me dije—si vale la pena: si se porta bien en este trance ¡adelante y que Dios nos ayude!

La prueba resultó maravillosa. El le habló a usted, señor Ronquillo, de mi inteligencia y de mi agudeza para dirigir la conversación; pero nada le dijo de su propio talento para pescar al vuelo cada frase, cada palabra, para orientarse y adivinarlo todo y poder sostener con brillo una conversación extraordinariamente difícil, como Ud. comprende. No era menester que yo lo guiara: con media palabra, se daba cuenta de todo y

seguía airoso y seguro, como por terreno conocido.

¡Y cómo se revelaba su inteligencia y la vivacidad de su espíritu, al mismo tiempo que su educación superior, en la finura de su trato, en los temas de su conversación, en sus finísimas observaciones, y en la gracia de sus afortunadas ocurrencias! ¡Qué mucho que yo quedara prendada, si hasta mi propia madre, según me dijo más tarde, estaba como encantada del supuesto Felipe, ella, que con su corta vista no podía apreciar toda la simpatía del nuevo amigo!

Hasta aquí, la aventura llevaba más carácter de travesura que de pasión; pero en la hora siguiente, cuando estuvimos en casa, sobre todo cuando tocamos unidos el “Maestoso” del Concierto de Chopin, la aventura cambió de carácter y dominó la pasión sobre la travesura.

Cuando le ví tomar la flauta y armarla con destreza y cuando arrancó de ella las primeras notas para acordarla con el piano, tuve una alegría indecible, porque descubrí en él al artista y lo descubrí en un arte que ha sido siempre para mí el más hermoso de todos y mi compañero en la juventud, como lo ha sido más tarde, en la edad madura, en mis días de sol y en mis noches de tempestad y de tinieblas; y porque sentí con honda emoción que no iba a ser aquélla tan sólo la armonía de los sonidos, sino más aún, la armonía de nuestras almas. La ejecución e interpretación del Concierto fué una vibración

al unísono de las más íntimas fibras de nuestro sér, fué un canto de amor que nacía de lo más hondo de nuestros sentimientos. No tuve que afanarme por tocar mejor que de costumbre: ¡si estaba como inspirada, si me venía de muy adentro la comprensión de aquella música y la expresión de sus hermosas frases!

Oía la voz de la flauta como un acento amigo que me hablaba de afectos muy puros, muy hondos y sentidos; desde mi sitio en el piano oía las palpitaciones del corazón de mi compañero que marcaban el ritmo de la música; y cuando alzaba la vista hacia él, lo veía erguido, alto, llegar muy arriba con la ancha frente, mientras brillaban sus ojos con la inspiración y la ternura, y comprendí que ahí había un brazo vigoroso en que apoyar el mío, un pecho muy ancho en que reclinar la frente, una alma grande en que podía acurrucarse la mía como una avechilla en un nido caliente y seguro. Con todas estas impresiones, sentí como nunca la había sentido antes, la honda elegía de esa composición del músico poeta, y al terminar me levanté agitada por la emoción y fuí a ocultar las lágrimas en el pecho de mi madre.

¿Por qué lloré en esos momentos? Tal vez por aquello que Roberto explicaba a Ud. con los versos de Leopardi: “Cuando nace por primera vez en el corazón un afecto de amor, se siente un deseo de morir”. Tal vez porque, según me lo han explicado más tarde los años, en el amor verdadero no hay



V

Pasé la noche como en un ensueño, ni despierta, ni dormida, pero arrullada por una música deliciosa en que se mezclaban sus palabras, su acento tan dulce, tan naturalmente dulce, la voz de la flauta, los acordes del piano; en medio de este arrullo, me volvía a cada momento a la memoria aquella frase suya en que se encerraba su modestia y su amor: "Soy de un pequeño pueblo en que la cordillera sube mucho y el cielo desciende y ambos se unen y confunden sus deslindes."

Pero también, en medio de ese arrullo, oía sonar las cinco notas que se repiten varias veces al final del "Maestoso", mientras la melodía vuela en las alturas, cinco notas lúgubres que recorren el registro grave y que parecen un lamento infinitamente triste y doloroso, como la queja de una alma condenada a perpetuo padecimiento y soledad. ¡Era el anuncio fatídico de mi desgracia!

Al día siguiente, salí al balcón a la misma hora de nuestro primer encuentro, pero no lo ví pasar; esperé la noche y tampoco vino y sentí por primera vez el desconsuelo. Al tercer día tampoco volví a verle; torné más tarde con mi madre a la estatua de San Martín, pero regresé de allí con un nudo en la garganta; y así pasaron tres, cuatro días, una semana, dos, más, y durante este tiempo salía todos los días al balcón, siempre a la hora de la primera vez que nos vimos, pero en vano se cansaban mis ojos en la ansiosa espera. Cada mañana me levantaba con la esperanza de verle pasar o llegar a casa, y volvía por las noches al llanto solitario y contenido, con una nueva desilusión y otra esperanza marchita, que reverdecían con el nuevo día para resolverse después en nuevos desconsuelos.

¡Y no volví a verle nunca más!... ¡Nunca más!

Un día, sin poder ya resistir, le conté a mi madre todo lo ocurrido: era ése el primer secreto que había guardado para ella, y el padecer me llevó otra vez hacia la que siempre debió ser mi natural confidente: mi madre lloró conmigo y entre sus lágrimas sólo pudo decirme:

—¡Pobre Eugenia! Con esos movimientos irreflexivos has comprometido tu corazón, y el dolor se te entró por la puerta que con tanta imprudencia le abriste. Tu mal no tiene remedio, hijita mía: si hubiera muerto, lo habrías sabido siquiera por los avisos de

defunción. Era indigno de tí y te ha olvidado: procura olvidar tú también.

Pero yo me rebelaba contra la acusación de indignidad: mi corazón hablaba en favor suyo, y sin acertar a explicarme tan extraña conducta, no lo condené jamás.

Sólo un consuelo hallaba para aquella nostalgia de mi primer amor: todas las noches, a la hora del concierto interrumpido de aquella noche de Octubre, volvía al piano y tocaba el “Maestoso” de Chopin; pobre consuelo, en verdad, porque la voz del piano estaba también huérfana de su inolvidable compañera de un momento: la flauta.

Y volvía su imagen a mi memoria como en un nimbo de placer y de pena, de luz y de sombra, que me hacía recordar una bellísima estrofa de Mármol:

Mi amor no es un delirio
De ardiente fantasía;
Mi amor está en el alma
Con lágrimas y fe:
Placer que se confunde
Con la melancolía,
Corona de jazmines
Con hojas de ciprés.

Al fin fué pasando el tiempo y se fué curando el mal: dejé de llorar, el padecimiento se amortiguó, cayó sobre mi duelo la mortaja de los días, y aunque el recuerdo de Roberto no se borró jamás por completo de mi memoria, dejó de presentármese entre des-

fallecimientos y congojas del espíritu.

Talvez por discreta insinuación de mi madre, ella y mi padre aceptaron con más frecuencia visitas de jóvenes en la casa, pero muy escogidos, muy examinados previamente. Sin embargo, ninguno de ellos me habló al corazón: había vuelto la sonrisa a mis labios y alguna alegría a mi alma, pero no reconocía ya en mí la misma muchacha alegre e impulsiva de antes.





VI

Así pasaron dos años y yo cumplí los veinte.

Un día mi padre, que me encontró en la antesala tocando el “Maestoso” de Chopin, me rodeó con el brazo la cintura, me atrajo hacia un sofá y sentándome a su lado me habló con un tono más cariñoso que de costumbre y en que se dominaba mal la emoción.

—Eugenia—me dijo—, tu papacito quiere conversar un momento contigo de cosas serias: ¿estás en ánimo de oírlas?

—Sí, papacito—le respondí—: bien sabe que usted y mi mamá son las personas con quienes prefiero conversar siempre.

—¿Y serás capaz de contestar con toda franqueza a mis preguntas?

—Si no tuviera confianza con mis padres, ¿con quién la tendría? Hábleme, que le responderé con el corazón en la mano.

—De todos los jóvenes que visitan la casa, ¿no hay ninguno que te interese más que

los otros?

—Ninguno, papá: los estimo a todos, porque veo que son meritorios y capaces de hacer feliz a cualquiera mujer; pero, la verdad, ninguno me atrae hasta el punto de que por él dejara a mis viejos padres. Porque se trata de casarme, ¿no es verdad, mi viejo?

—Sí, hija mía: es nuestra obligación; debemos pensar en ello.

—Todavía hay tiempo, papá: ¿por qué se apresura a alejarme de su lado?

—Por mí, por tu mamá, jamás nos separaríamos de tí; pero hay que rendirse a la fuerza de las cosas. Yo tengo ya cerca de sesenta años de edad y no he de vivir eternamente; tu mamá puede vivir mucho, pero quedaría sola contigo; Víctor, tu hermano, pasará mucho tiempo sin volver al país, entregado como está a la carrera diplomática; si llego a faltar, ¿qué será de ustedes, mujeres solas? ¿qué será de tí, si te falta tu mamá? Perdóname que te aflija con estas cosas... no llores... óyeme con serenidad. Además, hay que pensar en los intereses materiales: tenemos, como sabes, varias propiedades y algunos valores, y estas cosas no están bien administradas en manos femeninas: un compañero bien elegido sería tu felicidad, tu apoyo, y entre tanto yo iría entregándole la administración de los bienes. Créeme, Eugenia: estoy intranquilo por esto; me aflige la conciencia el temor de tu soledad.

Así me habló largo rato, mientras lloraba yo y me aferraba a él como la yedra al muro; pero en medio de mis lágrimas, no podía dejar de reconocer que todo aquello era muy razonable y prudente y legítimo fruto del cariño paterno.

—Papá—le dije al fin—, aseguro a usted que no me he fijado en ninguno de los jóvenes que vienen a la casa, ni en ningún otro de fuera; mi corazón está libre, pero no me siento inclinada al matrimonio. Sin embargo, tengo que reconocer que lo que usted me dice es muy justo y encaminado a mi bien. Como todos me son indiferentes, pero como a todos los aprecio, designeme usted uno de los jóvenes y yo seguiré gustosa su voluntad.

—Eso nó, hija mía, eso nó: jamás cometeré el crimen de imponerte un marido. De ello depende tu felicidad y no soy yo quien se atreva a hacerla peligrar.

En esto quedamos, pero a la larga se convenció mi padre de que todos me eran iguales, y así otro día volvió a hablarme y me propuso, sin imposición alguna, a uno de ellos, Fernando Reyes, el más juicioso de todos y el que parecía más conveniente a mi carácter y a mi situación. Acepté con la sola condición de hablar con él francamente. En la misma noche vino a casa, sin duda preparado ya, pues él mismo entabló la conversación.

—Fernando—le contesté—, diré a usted lo mismo que he dicho a mi papá: no he po-

dido ni debido elegir, porque en verdad mi corazón no se ha inclinado a usted ni a ningún otro, pero tampoco lo rechaza. No estoy enamorada, pero comprendo sus méritos, lo acepto libremente y, al darle mi mano, se la doy porque tengo la convicción y la voluntad de ser digna esposa de usted.





VII

Desde ese día cerré la puerta al recuerdo de aquella mañana y de aquella noche de Octubre y no volví a tocar el Concierto de Chopin. Pocos meses después, cuando cumplía ya los veintiún años, se celebró el matrimonio, sin pompa alguna, por petición especial mía.

La familia no tardó en venir, pero murió el primero de mis hijos, como si hubiera sido el tributo que mi matrimonio debía pagar a aquel amor de mis dieciocho años tronchado cuando no era más que la yema de una futura flor. Después vinieron otros niños a consolarme de este nuevo dolor y de otro irremediable: murió mi padre cuando yo llevaba tres años de casada y poco después le siguió mi madre, pues se querían tanto y habían sido tan unidos en la vida, que no pudieron estar mucho tiempo separados en la muerte.

¡Fuí feliz en esos primeros años de ma-

trimonio? Si es felicidad la ausencia de todo desagrado, el orden y la paz de la casa, la vida holgada y rodeada de todas las consideraciones sociales y de todas las ventajas de la fortuna, y el respeto y la estimación mutua entre mi marido y yo, entonces puedo decir que fuí feliz. Pero si por felicidad se entiende la realización de nuestros sueños, la plena satisfacción de los anhelos del alma, sin duda no fuí dichosa: era mi felicidad por el estilo de esos versos que hacen los literatos sin inspiración, muy correctos, muy sonoros, muy sensatos, pero fríos; felicidad de razón y de conciencia, en una palabra, pero no de corazón.

Por desgracia la muerte de mis padres me arrebató ese único bien. Mi marido aprendió de mi padre la administración de mi fortuna y la suya propia, que no era escasa, y fué siempre correcto y juicioso; pero cuando se encontró privado del consejo y de la autoridad de mi padre y dueño de cuantiosos bienes, empezó a ceder a las tentaciones de los amigos, y primero las carreras, después los clubs, más tarde los paseos, y por fin otros hábitos lo alejaron más y más del hogar. Su buen juicio no era propio suyo, sino fruto artificial de la educación que había recibido y de la autoridad que siempre se había ejercido sobre él, y se desvaneció apenas se vió Fernando libre y rico.

Ud. permitirá, señor, que no éntre en detalles: bástele que le diga que hice todos los esfuerzos imaginables por curar a mi pobre

marido, que la fortuna se fué muy pronto, que fuí profundamente desgraciada, y que junto con la fortuna se fué la salud de Fernando y murió al cabo de corto tiempo, y quedé viuda, con dos hijos, y en mucha pobreza. ¿Cómo resistí a tantos padecimientos? Puede ser que usted explique esta elasticidad casi infinita del corazón de la mujer para el sufrimiento: por todas partes la acechan los dolores a lo largo de la vida, y hasta sus más gratas emociones se resuelven siempre en lágrimas.

A la tarea de educar a mis hijos me entregué con toda el alma durante los años de disipación de mi marido y más tarde en la viudez; y así como creo, en plena conciencia, haber sido buena esposa, creo también que soy buena madre. Para mis hijos he vivido, siempre retirada, y buscando en el cuidado de ellos y en mi amor de madre la cicatriz para las heridas de mi alma y el consuelo para mis dolores; y hallé este consuelo, porque el amor a los hijos basta para llenar el horizonte de una mujer, y para ocupar todas las horas de su vida.

Razón tengo, pues, para decir, como he dicho antes a usted en esta carta, que aquel amor de hace ya veinticinco años partió mi vida en dos grandes porciones: del otro lado de ese jalón de mi existencia, se quedó mi niñez y mi juventud, con todos sus esplendores, sus ilusiones y sus ensueños; del lado de acá, las congojas del ánimo, las penas arrastradas como una cadena a lo largo de tantos

años, los más hondos dolores, el torbellino que devastó mi hogar y me dejó caer en el abismo de la soledad y el abandono con mis hijos en los brazos.

Sin ese amor, sin aquella mañana y aquella noche de Octubre que no tuvieron día siguiente, habría conservado intacto el corazón, habría elegido talvez con más acierto y talvez hubiera sido otra mi vida. Pero no me quejo: todos esos padecimientos, como una ola espantosa que al fin llega a morir blandamente en la playa, han venido a endulzarse a los pies de mis hijos, flores que el cielo me dió como compensación y desquite, y que crecen a mi lado en un ambiente de perfumes, caricias y plegarias.





VIII

Y bien, en esta situación, señor Ronquillo, me ha llegado su "cuento" del domingo 16 del presente, y ya puede usted imaginar, si no comprender, la impresión que él me ha causado.

Fué todo mi pasado el que revivió ante mis ojos, fué un sacudimiento de todo mi sér, y en esos quince minutos de lectura se revolvieron en torbellino en mi alma, lágrimas y sonrisas, dolores y alegrías, los sueños y los hondos desvelos de otro tiempo; y mientras el corazón se encogía y se esponjaba alternativamente, me ví otra vez ante el piano tocando con aquel compañero el "Maestoso" de Chopin, entre inefables emociones y locas ganas de reír y llorar, y otra vez me ví llorando después que se ocultó aquel sol de mis risueños días en una noche que nunca tuvo amanecer.

Pero después de estas primeras impresiones, cuando recobré la calma, le agradecí

con toda mi alma su relato, porque él disipó aquel misterio nunca penetrado. Exceso de delicadeza de parte de Roberto, quizás exceso de amor propio, falta de aquella audacia que, según se dice, atrae a la fortuna, lo alejaron de mí y segaron aquella flor de mi primer amor que se abría bajo tan radiante luz; pero no fué falta de afecto, ni indignidad alguna, ni sentimiento capaz de hacer ruborizarnos por nuestro naciente cariño.

¿Por qué no fué más valiente? ¿Por qué, si se creía capaz de abrirse ancho camino en la vida, si tenía confianza en sus propias fuerzas, por qué no volvió a buscar en nuestro afecto el punto de apoyo que debía llevarle a la conquista de la situación que merecía? ¡Ah! si hubiera sabido él que mi padre y mi madre tenían ideas tan diversas de las comunes sobre estas cosas de familias; si hubiera sabido que con un nombre limpio y una alma sana y espíritu sincero de trabajo, habría hallado en mi padre su mejor amigo, y éste habría encontrado en él el brazo y la inteligencia que necesitaba para el sostén del hogar! Pero ¿cómo podía imaginar él nuestros sentimientos y nuestro modo de ser? ¿qué otra cosa había de ver que el lujo de nuestra casa, capaz de asustar a un hombre modesto y presentarle como socialmente imposible lo que el amor le brindaba como fácil? ¡Ay! ¡cuántas veces un traje de seda o un mobiliario suntuoso habrán sido insuperable obstáculo para la felicidad de dos seres dignos de ella!

Su relato y mi propia conciencia me convencen de que su amigo y yo pasamos al lado de la dicha y no supimos cogerla: la suerte me lo trajo y en seguida lo alejó de mí para perderse en la distancia, así como la brisa nos trae a veces el perfume de un jardín lejano y en seguida se lo lleva para disiparlo en el espacio.

¿Cuál ha sido su suerte? No lo dice Ud. en su relato y habría sido grato para mí saber que ha sido dichoso: le he pedido tanto a Dios que le diera la felicidad. Me preguntará usted si quisiera yo volver a verlo. ¿Y para qué? Acordémonos de aquella dolora de Campoamor:

 Pasán veinte años; vuelve él,
Y al verse exclaman él y ella:
 (—¡Santo Dios! ¡y éste es aquél!)
 (—¡Dios mío! ¡y ésta es aquélla!)

Talvez estamos mejor así, distantes, guardando por uno y otro lado la poesía de nuestros comunes recuerdos.

Tengo ahora cuarenta y dos años de edad. Aquellos cabellos míos, que él vió una mañana de sol formar alrededor de mi cabeza uno como nimbo de dorada espuma, darían hoy a sus ojos reflejos argentados, por los muchos blanquísimos hilos que se han mezclado entre ellos; los ojos vivaces y juguetones se han empañado con el paso de tantas lágrimas silenciosas; la voz argentina de otro tiempo ya no vibra como copa de cris-

tal; y por las tersas mejillas de los dieciocho años ha corrido el llanto de tantos otros años de dolores. Y el amor de otro tiempo es hoy como las flores que las mujeres guardamos entre las hojas de un libro de piedad, y que sólo conservan el recuerdo de su anterior perfume.

Pero aunque no es más que un recuerdo, es un gran bien para mí, y me llega como un consuelo después de tanto padecer, para traerme la luz de aquella mañana ya tan distante:

Hoy que, ceñido el corazón de espinas,
del sol poniente al resplandor escaso,
me siento a meditar sobre mis ruinas,
por vez postrera, apresurando el paso,
¡ay! llega con sus tintas matutinas
a endulzar las tristezas de mi ocaso.

¿Para qué volver a vernos? Si guarda él también el recuerdo de aquella flor de un día, podemos unirnos otra vez a través de la distancia por medio del arte que nos unió en otro tiempo: el “Maestoso” de Chopin, tocado por él y por mí, a la misma hora de nuestro único concierto, reunirá otra vez nuestras almas, a pesar del espacio que nos separa, y será la vibración al unísono de nuestros recuerdos y de nuestras melancolías.

He escrito esta confesión, señor Ronquillo, en la tranquilidad y silencio de las horas de la noche, mientras mis hijos duer-

men apaciblemente, y oyendo el rumor del mar cercano, que parece formar acompañamiento a los latidos de mi corazón y hablar-me del eterno ir y venir de los afectos humanos.

No soy más que una tarde de otoño: con las manos de mis hijos entre las mías, con el rostro vuelto hacia la línea indecisa de la tarde en que se confunde la última luz con las primeras sombras, con los ojos puestos en el cielo que brilla después de las borrascas del día, espero tranquila y serena la puesta del sol, pidiendo a Dios la paz de los últimos años y la felicidad de mis hijos.

Eugenia.





I.—Advertencia

El periodista es, muchas veces, sin saberlo, instrumento providencial de grandes hechos.

En 1906, por unos párrafos de crónica que publicó uno de mis compañeros, Luis Cruz, en este diario, logró hacer un gran bien—entre muchos otros que ha hecho—: una pobre madre, que llevaba algunos meses de matadoras dudas y zozobras y de angustias indecibles, logró recuperar a un hijito suyo que se había extraviado en la noche amarga del terremoto del 16 de Agosto. El niño había ido a dar a manos de personas extrañas aunque bondadosas que lo cuidaron cariñosamente, pero que no lograron nunca averiguar quién era la madre: y ésta había peregrinado de casa en casa en busca de su hijo sin poder dar con él y lo lloraba por muerto: aquellos párrafos de crónica orientaron a unos y a otros y el hijo pudo unirse a su madre.

Algo análogo me ha ocurrido a mí. El domingo 16 de Enero próximo pasado, publiqué con el título de “Flor de un día” una breve novela, que no era sino una historia auténtica que había oído referir a un amigo mío, poco tiempo antes, y que escribí para los “Cuentos del domingo” de “La Unión”.

Pocos días después de publicada esa breve historia, recibí el manuscrito de Eugenia, que era un eco melancólico despertado a gran distancia en el alma de uno de los protagonistas de aquel suceso por la narración del otro protagonista. Publiqué este manuscrito el 30 de Enero con el mismo título que traía, “Espinass de una flor”.

Pues bien, esta nueva publicación ha dado origen a otros acontecimientos interesantes que seguramente seguirán con vivo placer los lectores; y a fin de que no pierdan nada de su mérito, en lugar de escribir yo una relación, prefiero dar los documentos mismos y los doy en seguida tales como los he recibido.

Ronquillo.





II.—Dos cartas

Santiago, 29 de Enero de 1916. — Mi querido amigo:

Acabo de recibir el manuscrito de Eugenia, que has tenido la generosidad de enviarme.

¡Por todos los santos del cielo! ¡qué sorpresa tan grande la mía! Me ha hecho padecer realmente, y en estos instantes siento remordimientos de conciencia: ¿he hecho tanto mal sin querer? ¡Pobre niña!... ¡Pobre señora!... ¡Pobre amiga mía!...

Pero no acierto a explicarte mis impresiones: te escribo de carrera y con la cabeza mala. Lo que siento no es para escrito en una carta: después hablaremos y me desahogaré.

Te escribo sólo para decirte que recibí el manuscrito y para darte las gracias con toda mi alma: siempre ví en tí un hermano y no me he engañado.

En medio de mis remordimientos, me

ha venido una idea: me parece que es una inspiración providencial. Pero prefiero no decirte nada de antemano: si sale verdad lo que me anuncia el corazón, después te lo contaré todo.

Gracias otra vez y mil veces. No me escribas, porque tengo que ausentarme nuevamente.

Perdona lo desatinado de esta carta, y recibe el más apretado abrazo de tu amigo, acongojado e inspirado a la vez, pero que por el momento no sabe lo que dice. Pide a tus niños rueguen a Dios que me bendiga mi proyecto.

Hasta luego. —Roberto.

Playa del Arrayán (1), 31 de Enero de 1916.

Estimado señor y amigo:

¿Me permite usted que le dé este segundo título? La atención y bondad que usted ha tenido para conmigo me dan confianza para tratarlo de esa manera; además, sólo de un amigo podía haber esperado tanta gentileza.

Recibí hoy en la mañana “La Unión” de ayer, y al verla he comprendido cuánto he abusado de su bondad, cómo le he quitado su tiempo con esa interminable lectura; y he comprendido también su mucha bene-

(1) Este nombre, como los demás nombres propios, es caprichoso y los pongo para no estampar los verdaderos.

volencia para conmigo. Le doy las gracias de todo corazón por todo ello, y a la verdad no se cómo expresarle mi gratitud.

Recibí también su carta y ésta es otro regalo que tengo que agradecerle. Mis niños prosperan más y más y todos vamos ganando en salud, lo cual no es de extrañar: en esta playa tranquila, en que apenas hay unas siete u ocho familias, toda gente sencilla y llana, se vive sin estruendo, sin bullicio, en dulce paz y quietud.

Madrugar, hacer excursiones por los alrededores, bañarnos, pasear por la playa, comer frugalmente, leer, conversar, y dormir temprano: tal es nuestra vida y la de todos, pues nadie viene aquí a lucirse sino realmente a descansar y a ganar en salud y tranquilidad.

La mejor de las excursiones, aunque no ofrece muchas novedades, es la que consiste en ir a pie desde esta playa a un punto vecino, también de playa, situado a unas 15 ó 16 cuadras, donde hay otro caserío, más que esto, un pueblecito, pues tiene hasta un pequeño hotel, y donde hay una buena caleta de pescadores: el viaje se hace por la playa, ancha y tendida, de arena dura, en la mañana o en la tarde. El vecino pueblecito se llama “Las Gaviotas”. Otras veces son los veraneantes de Las Gaviotas los que vienen aquí, al Arrayán. Este paseo es verdaderamente delicioso en las noches de luna.

Le agradezco que al publicar mi “cuento” haya suprimido usted los nombres y de-

talles de mis hijos; fué inadvertencia mía el anotarlos, pues, publicados, por ellos habrían conocido mis niños aquella historia: aunque nada hay en ésta que me inspire el menor remordimiento, he querido siempre evitarles toda ocasión que pueda suscitar en ellos ideas románticas.

No ha cometido usted indiscreción alguna al enviar mi manuscrito a su amigo Roberto: si mi historia estaba destinada a ser publicada y por tanto a que fuera leída por todos y había de leerla él también en el diario, nada veo de incorrecto en que la lea en el original, sobre todo si no era yo quien se lo enviaba, sino usted y por espontánea voluntad de usted, sin sugestión de mi parte. Lo absuelvo, pues, de la duda que me ha manifestado.

No me comprometo a enviarle colaboraciones. Lo único que puedo prometerle por el momento, es enviarle algunas páginas de mi diario íntimo, por si usted encuentra en ello algo que le interese: si no, me guarda el original, pues las mujeres no somos capaces de escribir dos veces las mismas cosas y cambiamos frecuentemente el punto de vista.

Y como ya ésta va muy larga, pongo aquí punto, señor Ronquillo, reiterándole mis cordialísimos agradecimientos por su gentil bondad; y junto con ellas reciba usted el afectuoso saludo de su amiga y Sa. Sa.—Eugenia.



III.—Del diario de Eugenia.

1.º de Febrero.—El día de hoy ha tenido pocos incidentes.

La mañana fué bellísima. Nos levantamos todos muy de madrugada, pues, como siempre, quiero que mis niños vean salir el sol; y después del baño y del desayuno vinieron las Ramírez a convidarnos para ir a Las Gaviotas de paseo. No estaba yo en muchas disposiciones de salir y como las Ramírez son buenas niñas y además iban con el papá y la mamá, no tuve inconveniente alguno en que mis niños fueran de paseo con ellos. Partieron, pues, todos en alegre caravana y desde el corredor saliente de nuestra casita los ví alejarse por la orilla del mar, ágiles, sonrientes y felices, bajo la dorada luz de la mañana.

Las Ramírez son dos muchachas interesantes, y aun con serlo no podía menos de sentir yo íntima satisfacción materna al mirar entre ellas a mi Lucía, no muy alta

de estatura, pero tan esbelta, tan naturalmente graciosa y elegante en sus movimientos, y al ver dibujarse su fina silueta sobre el fondo azul del mar. La miro alejarse y me parece ver reproducirse mi propia lozana y traviesa juventud a los 17 años. “Para su madre no hay hijo feo” — dice el refrán—, pero creo que no es el cariño materno el que me hace ver en ella una muchacha realmente graciosa, inteligente y hermosa, sin ser una belleza llamativa.

En cuanto al niño, Fernando, en sus 14 años es un buen chico, listo como su hermana, cariñoso, pero algo meditabundo, como si llevara en el alma algo así como una herencia de los dolores de su madre. ¡Dios mío, ampárame a mis hijos!

Volví a casa y ocupé el tiempo en leer y en coser. Como a las 11 de la mañana, después de dos horas y media de ausencia, oí las alegres risas que me anunciaban el regreso de los excursionistas. Salí al corredor a recibirlos y entonces ví que, habiendo salido seis, volvían siete.

¿Quién era el séptimo? Pronto lo ví. Todos ellos llegaron hasta la casa, contentos y felices, sobre todo las muchachas, y con los ojos y las mejillas vivamente animados por el ejercicio. ¡Qué atrayente se veía mi Lucía con ese aspecto de alegría y de salud! Mi Fernando no venía menos contento y bien me lo mostró el abrazo cariñoso con que corrió a mi encuentro.

—¡Mamacita!— me dijo Lucía— ¡qué

paseo tan lindo! ¡cuánto hemos sentido que no nos haya acompañado Ud.! Era lo que nos faltaba para completar nuestro contento. Y a propósito, debemos dar las gracias a este caballero que ha tenido la amabilidad de acompañarnos.

Fijé entonces la vista en el nuevo excursionista, que se había quedado respetuosamente a distancia. Al verse aludido, quitóse el sombrero con un rápido y elegante movimiento de la mano hasta dejarlo colgado a lo largo de la pierna, con lo cual dejó al descubierto una ancha y hermosa frente, y adelantándose con soltura y sencillez se acercó a saludarme.

—Señora, ante todo debo hacerme perdonar porque soy casi un importuno: sólo he sido presentado a estas señoritas por la dueña del hotelito en que estoy hospedado, y me he atrevido a hacerles compañía porque supe que era la hora en que vuelven los pescadores.

—Queda usted perdonado, señor, y le agradezco su amabilidad.

Me extrañé yo misma de mi respuesta: mi primer movimiento había sido de disgusto al ver que venía un extraño, pero sus modales y el aire de franqueza y tranquilidad con que me habló, disiparon instantáneamente la desconfianza. Al saludarlo, me fijé más en él. Es un muchacho muy atrayente y muy simpático y que predispone en su favor a la primera vista: alto, esbelto, pálido, ligeramente moreno, de ancha frente y de

ojos grandes, claros, serenos

Yo he visto esos ojos en alguna parte... y esa sonrisa tampoco me es desconocida... Pero su nombre nada me recuerda: Eugenio Ruiz, me dice; su nombre de pila coincide con el mío, pero el apellido no me recuerda a ninguna persona de mis relaciones.

Nos sentamos todos en el corredor, y mientras las muchachas cotorrean recordando los incidentes del paseo, tengo oportunidad de examinar más atentamente a aquel muchacho. Parece tener unos 24 años, es vigoroso y realmente gallardo; y al mismo tiempo que sus ojos—¡yo conozco esos ojos! ¿dónde los he visto?—dan la convicción de una alma muy equilibrada y serena, de toda su persona parece salir un efluvio de salud, de vida, de vigor; en suma, una gran armonía física y moral. Es realmente simpático, hermoso aún, con hermosura varonil. Permanece sólo un instante con nosotras y se despide cortésmente: al despedirse noto que detiene por un instante la mirada en Lucía. En ella nada noto de particular.

En la tarde, al salir a la playa con mis niños he movido la conversación hacia aquel acompañante, sin darle importancia. Lucía me cuenta que, al ir todas al hotelito para comprar algo que necesitaba una de las Ramírez, encontraron a aquel joven y les fué presentado por la dueña del establecimiento, que en seguida les dijo que era sobrino de un caballero que se halla enfermo allí; y al

salir para regresar al Arrayán, la misma dueña les hizo ver que a esa hora se esparcían los pescadores y podía alguno ser menos respetuoso viendo niñas solas—pues el papá de las Ramírez se había rezagado—; entonces el joven se ofreció muy cortésmente para acompañarlas y ellas no se atrevieron a rehusar. Nada más sabían de él sino que en el camino se había manifestado muy buen conversador, muy alegre, de educación exquisita y todo un gentil compañero. Fernando hablaba de él con mucho entusiasmo.

Con esto no volví por entonces a pensar en él. Pero en este momento, al cerrar estas impresiones del día, me acuerdo de repente de la mirada que aquel mozo dejó caer blandamente en Lucía al despedirse y me acuerdo, sobre todo, de sus ojos. ¿Dónde he visto yo esos ojos?

2 de Febrero.— Esta mañana ha sido nublada y había un poco de viento norte, lo bastante para que el mar se agitara y lanzara contra la orilla olas turbulentas y atornadoras. No hemos podido salir y quedamos privadas del baño y del paseo matinal. En consonancia con el estado del mar, he tenido el ánimo malo, triste, y he sentido dentro del alma el sordo oleaje de mis recuerdos y mis melancolías. Con mucha razón ha dicho Núñez de Arce:

No acierto a comprender qué afinidades
Hay entre el mar y el pensamiento humano,

Entre esas dos augustas majestades
Que el abismo contienen y el arcano:
Hondas borrascas, sordas tempestades
Conmueven la razón y el oceano:
Sólo que ruge el mar cuando batalla
Y el corazón en sus tormentas calla.

La tarde ha sido mejor: cesó el norte, se despejó el cielo, volvió a brillar el sol, el mar quedó tranquilo y hemos podido salir a recorrer la playa, que encontramos cubierta de conchas rotas y algas marinas, de la misma manera que quedan en el alma las huellas doloridas después de algunas horas de padecimiento.

Iba yo con Lucía del brazo, mientras Fernando corría delante de nosotras recogiendo conchitas, cuando al doblar detrás de unas rocas hallamos al joven Ruiz, que estaba sentado entre ellas, con un libro en la mano y la mirada perdida en la contemplación del mar. Inmediatamente que lo vimos, sentí en mi brazo un ligerísimo estremecimiento del brazo de Lucía. ¿Sería simple coincidencia? Nó: he visto en los ojos de mi niña algo como un leve deslumbramiento, porque los cerró y luego volvió a abrirlos con una fugaz impresión como de susto. Fernando entre tanto corría hacia él y el joven lo acogió con cariño; al vernos se levantó, saludó respetuosamente y con sonrisa muy simpática, pero sin acercarse. Le agradecí su discreción; pasamos; Lucía estaba ya bien tranquila. Al volver pocos momentos

más tarde, la ví mirar hacia el sitio en que habíamos hallado a Ruiz, pero ya no estaba allí: pasó una sombra por los ojos de mi hija, pero siguió conversando alegremente.

Todo esto me ha dejado vivamente preocupada. ¿Se habrá fijado Lucía en aquel muchacho? La verdad es que el mozo es de éstos capaces de enamorar a cualquiera niña. Pero ¿quién es? ¿y cómo será por dentro? Su apariencia habla mucho en favor suyo: ¿habrá impresionado ella a mi hija? ¿será acaso una simpatía instintiva? A esta idea, me ha venido a la memoria mi viaje en carro en aquella mañana de Octubre y he temblado: ¡no quiera Dios dar a mi hija la herencia materna! Vigilaré, sí, vigilaré mucho. ¡Pobre palomita mía: no quiera Dios que seas herida al primer vuelo, como lo fué tu madre!



IV.—Sigue el diario de Eugenia

3 de Febrero.—Esto se agrava. ¿Acaso se heredan también estas predisposiciones morales, como se heredan ciertas dolencias físicas?

No me equivoco:

Para un viejo una niña siempre tiene
El pecho de cristal,

como dijo Campoamor.

Hoy en la tarde han venido a vernos las Ramírez, y después de tocar distintos temas de conversación, una de ellas dijo, interrumpiendo repentinamente la charla:

—¿Sabes, Lucía, a quién hemos encontrado hoy?

Inmediatamente ví pasar una sombra por los ojos de la muchacha, mientras corría por sus mejillas una fugitiva palidez, seguida de un rábido destello de la mirada.

—¿A quién?—preguntó.

—A nuestro compañero del martes, al joven Ruiz. Lo hallamos cuando se despedía de un grupo de pescadores en Las Gaviotas. Parece que había salido a pescar con ellos muy de madrugada, habían vuelto con los botes llenos y los hombres se hacían lenguas para elogiar la serenidad y el vigor de aquel nuevo compañero. Y al despedirse tomó un congrio solamente, regaló toda la pesca a los hombres y todavía les dió dinero. ¡Qué chico tan simpático!

—¡Si es una perla!—dijo la otra Ramírez.—Me gustaría verlo bailar en un salón: debe ser elegantísimo.

—¡Y qué ojos, niña! ¡Si parecen un mar en calma por lo tranquilos y lo profundos!

Yo no perdía de vista a Lucía y en su rostro iba leyendo la impresión que todo aquello le causaba.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Que será esto una repetición de mi caso? ¡Ilumíname, Señor, para evitar que se repita todo!

4 de Febrero. — Parece que todo esto fuera como dirigido por una voluntad superior a la nuestra. ¡Cómo se encadenan los hechos cual si fueran las cuentas de un rosario a lo largo de un mismo hilo! Me hallo en una situación como si el mar se fuera llevando a mi Lucía y yo fuera impotente para arrancársela.

Esta mañana al llegar a la playa con mis niños, oímos el ruido de unas voces

agrias que disputaban y el llanto agudo de un niño; y al avanzar vimos muy pronto lo que ocurría.

Un hombre de por aquí, conocido por su carácter iracundo, pero que no es un mal hombre, estaba castigando brutalmente a un pobre muchacho, hijo suyo, por una causa insignificante, y las gentes que los miraban no se atrevían a defender al niño por temor a las fuerzas y a la brutalidad del padre. En ese momento llegó Eugenio Ruiz y se lanzó en defensa del muchacho, al cual arrancó de las manos del padre. Quedó éste un momento como clavado por la sorpresa, pero luego prorrumpió en injurias contra el defensor.

Ruiz no se inmutó, se mantuvo firme, con el muchacho a las espaldas, y aprovechando un claró entre las vociferaciones del hombre, le dijo:

—No le entrego el niño, mientras usted no me prometa no volver a maltratarlo.

—¿Y por qué se entromete usted en lo que nó le importa?—respondió el hombre, y añadió una desvergüenza.—Este muchacho es mi hijo y hago con él lo que se me antoja.

—Será su hijo, pero no su perro.

A estas palabras se adelantó el hombre para coger al muchacho, pero Ruiz lo detuvo. El bruto se enfureció y sacando el cuchillo saltó como una fiera contra el joven, mientras todos lanzábamos un grito de horror y Lucía caía desvanecida en mis brazos, llorando y gritando: ¡Mamacita, por Dios!

El horror me hizo mirar, mientras sostenía a mi hija, y ví lo que no podía imaginar: Eugenio, dando un salto muy ágil de costado, evitó la embestida del bruto y le descargó, al pasar, un bofetón terrible, que lo hizo retroceder unos cuantos pasos y al fin caer por tierra; e inmediatamente saltó hacia aquel hombre y cogiéndole la mano armada la oprimió como con una tenaza de hierro hasta que soltó el cuchillo; en seguida, tomándolo del cuello de la ropa, lo ayudó a ponerse en pie.

—Ya conoces mis manos—agregó aquel valiente muchacho—: si maltratas a este niño, las sentirás más duramente. Y tú —dijo al chico—, vete con tu padre, que no te hará nada, y en adelante sé más obediente y respetuoso con él.

El hombre, humillado, quedóse mudo, pero después, cediendo a un buen movimiento, dijo:

—He merecido el castigo y usted no ha abusado de sus fuerzas. Le prometo ser más moderado.

—Bien, dame la mano y seamos amigos.

El hombre dudó un momento, pero al ver el aire de Eugenio, estiró la mano, apretó la de su leal corrector y agregó verdaderamente conmovido:

—¡Gracias, patroncito: es usted un valiente!

Y se alejó con su hijo de la mano. Eugenio tiró el cuchillo al mar.

Entre tanto, nuestros terrores se habían resuelto en lágrimas, y no éramos nosotras las únicas que llorábamos. Eugenio saludó y se alejó rápidamente para evitar las felicitaciones.

¿Cómo puedo ahora extrañarme de la espontánea simpatía de mi hija hacia ese muchacho? ¿Cómo podría reprochársela si yo misma estoy encantada de él? Quiera Dios que si es amor lo que ha nacido en el corazón de mi Lucía, sea ese muchacho digno de este sentimiento.

5 de Febrero.—Hoy no lo hemos visto. Mi Lucía ha estado, no triste, pero callada y meditabunda. Fernando me habla incesantemente de su amigo.

6 de Febrero.—Hoy ha venido, traído por las Ramírez, que lo han cogido para felicitarlo y no lo han soltado. Lo encontramos con ellas en la playa y en seguida nos hemos venido todos al corredor de mi casa para ver una magnífica puesta de sol.

He conversado con él algunos momentos. Me dice que tiene poco más de 22 años, pero representa 30 por su estatura, su buen juicio y la tranquilidad de sus observaciones. Es de un pueblo del sur, pero pasa el tiempo en Santiago, pues estudia Derecho y ha terminado el cuarto año; se recibirá de abogado en poco más de uno. Se halla aquí cuidando a un tío enfermo, que mejora rápidamente, y aprovecha algunos momentos, para leer y hacer excursiones, pues no pue-

de soportar la inacción. Conversa admirablemente, es felicísimo en sus ocurrencias, discurre con un buen criterio admirable, y no puedo menos de hacérselo notar.

—Oigo hablar a Ud. y me parece un hombre de 30 y sin embargo no tiene 23: ¿ha vivido usted más por dentro que por fuera?

—Efectivamente, señora— me responde, con una sonrisa que le devuelve toda su frescura juvenil. (¡Dios mío! ¡esta sonrisa y estos ojos!)—: he tenido que ser hombre y empezar a vivir antes que los demás de mi edad.

—¿No es indiscreción, amigo mío, preguntarle por qué?

—De ninguna manera, señora. Mi madre murió cuando yo tenía 12 años, y esta gran pérdida y el dolor de mi padre me hicieron reflexivo; además, mi padre formó mi carácter de manera que yo pudiera valerme a mí mismo, ya que no tenía madre y porque él estaba absorbido por sus trabajos; y así me acostumbró a que yo pensara bien todo lo que iba a hacer y a que fuera tomándole el peso a la vida; y como tenía que estudiar en Santiago, lejos de la casa paterna, se desarrolló más en mí el espíritu de iniciativa, la reflexión y la capacidad de valerme a mí mismo.

—¿Usted está estudiando leyes?

—Sí, señora: dentro de un año me recibiré de abogado, pero ya estoy recibido de carpintero.

—¿De carpintero? ¡Qué curioso!

—Mi padre tuvo esa feliz idea y se la agradezco con toda mi alma: a cada uno de nosotros nos dió instrucción superior y además un oficio; mi hermano, el que me sigue en edad, comienza a estudiar medicina y es un buen electricista, en lo cual algo entiendo yo también, y mi hermana, la menor, es una respetable costurera. “Si la profesión les fracasa—nos decía mi padre— y se acaba la fortuna, ese oficio puede serles un gran recurso.”

—Realmente, eso acusa muy buen sentido. ¿Su padre es profesional también?

—Nó, señora: estudió leyes como yo, pero no quiso recibir el título; prefirió el trabajo agrícola y explotar algunas industrias dentro de su fundo; y como es hombre de mucha actividad y de mucha empresa, aunque nada heredó, se ha labrado una fortuna considerable, sin ser millonario: todos somos de gustos sencillos.

—¿De manera que usted, como abogado y como carpintero, hará su carrera con las tablas de las causas?

—Sí, señora—contestó riendo con una sonrisa tan alegre y tan gentil, que me hizo evocar un recuerdo de hace más de veinte años—: y en mi carrera procuraré siempre hacer aplicar las tablas de la ley.

Este muchacho me ha ganado decididamente. ¿De dónde viene la profunda simpatía que inspira a todos? ¿Será su esbeltez, su vigor y su belleza física, o será el alma noble y limpia que asoma a cada instante en

la serena mirada de sus grandes ojos claros y en su risa alegre como un toque de clarines? ¿O es el amor profundo pero tranquilo que leo en su mirada para con mi Lucía? Cuando la mira, lleno de ternura y con los ojos radiantes, se me figura un rayo de sol de la mañana, que cae sobre un lago tranquilo y lo ilumina hasta su lecho de dorada arena. Y al ver aquella apacible y respetuosa pero honda ternura, recuerdo los versos de Velarde:

Ten un amor tranquiló, dulce y blando,
No pasiones que estallen con estruendo:
Ama como la tórtola, arrullando,
Y no como el león, que ama rugiendo.





V.—Continúa el diario

7 de Febrero.—Esta noche ha sido para mí de intensa emoción.

Nos reunimos algunas familias y, aprovechando la tibia noche de luna, nos fuimos por la playa hasta Las Gaviotas, y al llegar allí nos sentamos en la arena y entre las rocas que forman el límite del caserío; yo vine a quedar con mis niños y con las Ramírez casi al pie del hotelito y en un punto en que se dominaba el mar, que cabrilleaba bajo la luz plateada de la luna.

Todos charlaban y reían, en la mayor alegría y animación; sólo Lucía y yo estábamos calladas, ambas dominadas seguramente por el mismo pensamiento. De súbito, Lucía alzó la cabeza con un movimiento muy vivo, y dijo:

—¡Silencio, un momentito!..... ¡No oyen?

Todas guardamos silencio y entonces oímos claramente la voz de una flauta que

resonaba purísima en medio de la quietud de la noche y por sobre el rumor del mar. Primero sonó una escala y otra, como si hubieran sido un toque de atención, y en seguida, entre hondas palpitaciones de mi corazón, comenzó a desgranarse una frase de dulcísima melodía, que reconocí inmediatamente: era la frase melódica que sigue a los primeros compases del “Maestoso” del Concierto en Mi menor de Chopin. ¡Ay, Dios mío! ¿Quién podía tocar aquello en la flauta, en tal hora y en tal sitio? Me pareció que, así como una ráfaga de brisa dispersa súbitamente un montón de hojas secas, se dispersaban veinte y tantos años de mi vida, y volví a verme, de repente, en los dieciocho, sentada al piano de mi casa paterna y tocando con Roberto ese concierto inolvidable. Las notas de la flauta, vigorosas y vibrantes a veces, como un canto de victoria, y otras veces débiles y tenues como un lamento contenido, volaban en medio de la quietud de la noche, por sobre la playa y por sobre el mar, como si fueran aves que huyeran temblando del nido, y palpitaban entre las sombras con melancólica poesía. Dominé, sin embargo, mi profunda impresión, y conseguí aparentar serenidad; pero en esos momentos sentí en mis manos las manos de Lucía, mientras ésta se estrechaba calladamente contra mí y me decía al oído:

—¡Mamacita mía! ¡qué hermoso es esto! Debe ser Eugenio el que toca.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé; lo adivino.

Y sus ojos estaban inundados de lágrimas:

Fille de la douleur, harmonie, harmonie!
Langue que pour l'amour inventa le génie!

¡Cómo se repiten las situaciones en nuestra vida!

Algunos de los jóvenes que iban con nosotras fueron a buscar al artista, que era en efecto Eugenio, lo trajeron y todos lo recibimos con grandes aplausos y exclamaciones de entusiasmo. Pero él se negó a tocar, alegando que hay ciertas impresiones que no se renuevan y que sólo valen si son conservadas en toda su virginidad y pureza. Conversamos algunos momentos y nos acompañó al regreso.

De vuelta en casa y después de acostarse Fernando, llamé a Lucía al corredor, y allí frente al mar, en la dulce paz de la noche, cogidas ambas de la cintura, quise sondear aquel corazoncito. La tarea fué muy fácil: el alma de mi Lucía es una fuente cristalina, que deja ver hasta la brillante arena de su fondo.

—Mamacita— me contestó—, no se lo que es el amor, pero cuando veo a Eugenio, me parece que el sol alumbra más y que la noche se cuaja con más estrellas que nunca.

—Y él ¿te ha dicho algo?

—Nó, mamacita, de palabra, nó; pero

sus ojos me hablan tan elocuentemente que mi corazón no pierde ni una sola sílaba.

—¿Pero ni una sola alusión siquiera?

—Sí: ayer la Tere Ramírez le pidió que dijera algunos versos, y él le respondió: “En este momento no recuerdo sino esta estrofa de López de Ayala” y, fijando en mí la mirada, recitó con muchísima expresión:

La luz que en tus ojos arde
Es el alba que amanece:
Cuando los bajas, parece
Que va cayendo la tarde.

Terminó la conversación con la promesa de Lucía de contarme todo lo que aconteciera.

8 de Febrero, 11 de la mañana.—Acaba de salir Eugenio de casa. ¡Dios mío, si esto es un sueño, haz que no despertemos nunca, o que al despertar lo hallemos realizado!

Llegó hace media hora y apenas saludó, me dijo:

—He visto a Lucía y Fernando en la playa, calculé que estaba usted sola, señora, y he venido a hablar con usted. ¿Me concede algunos minutos de conversación?

—Concedidos, amigo mío.

—Gracias, señora, y voy directamente a mi asunto. No sigo el camino de la generalidad, y antes de hablar con Lucía, he querido hablar con usted. ¿Por qué? Yo mismo

no podría explicarlo, señora, pero hay en usted una fuerza que me atrae tan poderosamente, que no es usted una persona extraña para mí: perdóneme esta falta de galantería, pero el corazón me arrastra: me parece que usted es mi madre, señora.

Y lo dijo con una mirada tal y con tal acento de ternura y sinceridad que sentí vivos impulsos de irme hacia él y apretarlo entre mis brazos.

—Vengo, pues, a decirle, señora... que yo quiero a Lucía con todo mi corazón, que éste es el primer amor de mi vida, que me siento capaz de hacerla feliz; pero no me atrevo a venir a pedírsela, sino que vengo sólo a preguntarle si no me juzga indigno de ella.

¡Con qué mezcla de alegría y de miedo oí estas palabras, y cómo al oírlas cantaba la primavera en mi alma! Pero me dominé y disimulé, y dije:

—¡Pero, así, tan de repente, se ha enamorado usted de mi hija? ¡Fíjese que hace sólo ocho días que la conoce!

—Es verdad, señora; pero ha bastado el primer minuto: el resto del tiempo no ha hecho otra cosa que vigorizar mi afecto y darme plazo para estudiarme yo mismo. ¿No me juzga usted como un intruso atrevido?

—Nó, Eugenio, y seré franca con usted, ya que usted se conduce tan hidalgamente. Todo lo que conozco de usted me habla en favor suyo; pero se trata de la felicidad de

mi hija: ¿no encuentra usted natural que yo quiera saber quién es usted, conocer sus antecedentes y ver si su familia confirma su elección?

—Sí, señora, tiene usted mucha razón; pero puedo presentarle buenos antecedentes de familia y creo que son buenos también los particulares míos: mas debo advertirle algo que es mi más grave temor: soy de familia respetable, de hidalgos de aldea, como diría un español, pero no está ella a la altura de usted y de su casa: se lo digo con toda franqueza.

—¿Ese es su temor? Pues nada debe preocuparle por ese lado, pues no me criaron mis padres con tales ideas. Y aunque fuera tan aristocrática mi familia, como usted teme, hay puntos en que la cordillera sube mucho y el cielo desciende, y ambos se unen y confunden sus líneas: oí esta frase hace muchos años y no la he olvidado jamás.

Levantóse pálido de emoción y casi sin poder hablar, y me dijo:

—Señora... gracias de todo corazón por su bondad: me ha abierto usted el cielo... lo esperaba yo de usted... estaba seguro. Gracias también por algo que usted me ha dicho sin palabras.

—¿Qué cosa?—pregunté ansiosamente.

—Nada me ha dicho usted de consultar a Lucía: luego... ella también me quiere...

—Pues vea cómo la experiencia nos sirve de poco a las mujeres: debí empezar por

ahí, y con no hacerlo.

—Me ha dejado usted adivinar la bienhechora verdad. Concédame ahora otro favor.

—Diga usted, Eugenio.

—Que permita que esta tarde venga mi tío a pedirle la mano de Lucía. El le dará los antecedentes que usted desea.

—Lo espero, amigo mío.

Y nos despedimos con un apretón de manos, cuando yo sentía viva tentación de abrazarlo como a un hijo.

8 de Febrero, 11 de la noche. —Después del tumulto de tantas impresiones y después de llorar a mi gusto, como pocas veces he llorado, tengo al fin calma para escribir algunas líneas.

A las 6.30 de la tarde, me hallaba yo sentada en la playa, con un libro que no leía, y mirando hacia el mar, abstraída, con el pensamiento ocupado en mi Lucía y en mi Fernando. Paseaban ambos con algunos amigos por la orilla del mar y oía, como perdidas a lo lejos, las alegres risas de todos ellos. Cuando estaba más hundida en mis pensamientos, oí hacia la derecha una voz dulce y grave, que decía estos versos:

Hoy que, ceñido el corazón de espigas,
Del sol poniente al resplandor escaso
Me siento a meditar sobre mis ruinas. . .

Volví al punto la cara y me encontré

con un caballero alto, vestido de negro, de rostro pálido, ojos claros, de ancha frente— descubierta porque se había quitado el sombrero—, coronada por cabellera negra, en que brillaban ya muchos cabellos blancos, y una fisonomía profundamente simpática y atrayente. Me quedé mirándole, mientras él me miraba también con ojos que ví humedecidos y con una sonrisa en que había a la vez ternura y regocijo, pero sin saludarme y sin decir una sola palabra.

Mas de repente, brilló en mi memoria un inmenso resplandor, el corazón me dió un vuelco y me salió desde lo más hondo del alma un grito incontenible y que era como una enérgica protesta de mi sér entero contra aquellos veinticinco años de distancia, de silencio y de hondísimas penas:

—¡Roberto!

—¡Eugenia!—contestó él y se adelantó hacia mí; y yo, volviendo a hallar los impulsos irreflexivos de mis dieciochos años, le salí al encuentro y ambos nos estrechamos en apretado abrazo. Cuando nuestros brazos se desenlazaron, ambos llorábamos de emoción, de felicidad, pero con un llanto tranquilo, sin sobresaltos, y mezclando con las lágrimas las sonrisas.

Ahora en el silencio de mi casa me pregunto: ¿qué sentí en aquellos momentos? ¿fué resurrección de mi antiguo amor? Nó: ya he dicho, en mi relación, que mi amor es hoy como las flores que las mujeres guardamos en un libro de piedad y que al cabo de

los años sólo conservan el recuerdo de su anterior perfume. No era, no es amor, sino un sentimiento mucho más alto aún, un afecto que, puro en su origen, había sido purificado aún más por la separación, por la distancia, por la muerte de toda esperanza e ilusión, ennoblecido por el dolor, poetizado por el transecurso del tiempo, y que tenía toda la noble y melancólica mejestad de las ruinas. Y al dar a Roberto aquel estrecho abrazo, creí estrechar un sér que era mío, pero no mío por lazos terrenales, sino por una impalpable comunión de almas: fué una irrupción de nuestra juventud que subía a buscar un poco de aire y expansión a través de las capas de hojas secas amontonadas por los años; fué el abrazo de dos recuerdos, la unión de dos rayos de luz extraviados en el fondo de un bosque sombrío y tocado por el otoño.

Pero no me es posible continuar refiriendo ahora nuestra conversación: son demasiadas impresiones para tan breve tiempo y prefiero guardármelas para mí sola por esta noche.



VI.—Carta de Roberto

.....
Perdóname que te haya engañado, mi querido Ronquillo. En mi carta de Santiago te hablé de una inspiración, y no quise decirte cuál era hasta ver el resultado; pero estaba seguro de que era una inspiración providencial. Y continuó mi relato.

Eugenia y yo nos sentamos en la playa y nos quedamos algunos momentos contemplándonos mutuamente. ¡Cómo se ha ennoblecido aún más su belleza en estos veinticuatro años! El dolor, amigo mío, es, sin duda, un gran artista y él le ha dado la majestad que hoy realza su belleza y simpatía. ¡Y qué bien sientan en su frente las hebras de plata que esmaltan sus cabellos! ¡Y qué poca razón tenía al recordar ella en su manuscrito la dolora de Campoamor: “Pasan veinte años”, etc.!

—Eugenia— le dije al cabo de algunos minutos—, mi primera palabra debe ser pa-

ra pedirte... para pedir a Ud.....

—No me trates de Ud., Roberto: vuelve al tú: ¿acaso no debe ser ése nuestro tratamiento?

—Gracias, Eugenia: el corazón y el labio me arrastraban a él, pero no me atreví: nuestro amor fué más grande que nuestro conocimiento, y nos vimos tan poco....

—Pero hemos vivido, amigo mío, más de veinte años, juntos los dos, dentro de la intimidad de un mismo recuerdo: ¿cabe acaso más estrecha amistad?

—¡Bendita sea tu boca, Eugenia! ¡Dios te pague el bien que me haces! Quería yo que mi primera palabra fuera para pedirte perdón: tu relación me ha dado grandes remordimientos, porque me ha mostrado el mal que hice sin querer ni saber.

—¿Y qué hemos de perdonarnos, Roberto? ¿Y qué he de perdonarte yo a tí? ¿No fuí acaso yo la más culpada, si culpa hubo en alguno de los dos, pues yo te atraje con mi cita a la estatua de San Martín y en seguida a mi casa?

—Pero yo te había asediado con mi contemplación en el carro, cuando se me iban los ojos y el alma entera hacia tí.

—Todo lo cual prueba que ambos obedecíamos a una inclinación superior a nosotros y que nos acercaba mutuamente....

—Y que yo no supe secundar más tarde, amiga mía.

—Por exceso de delicadeza tuya o exceso de amor propio, que no puedo ni me

atrevo a censurar, pero que bien caro hemos pagado los dos. Porque tú has padecido, también, Roberto, no me lo niegues: mis ojos descubren en tu fisonomía huellas que son el signo externo de esta nobilísima orden de caballería del Dolor.

—Sí, es verdad: he sido tratado cruelmente. Mi familia, para la cual yo trabajaba con tanto empeño, se fué de mí, hoja a hoja; me casé y tuve varios hijos, pero la muerte me llevó a algunos y se llevó también a mi compañera, y la fortuna pecuniaria vino cuando ya no estaba a mi lado la esposa que me había acompañado y luchado junto conmigo en la adversa fortuna; y después se fué todavía otro de mis hijos.

—¡Cómo siento tus desgracias, amigo mío! He ahí algo que nos une mucho más todavía. Y mira tú como la vida se ha vengado cruelmente de nosotros porque no supimos aprovechar la dicha que nos ofreció en un día de bondad; o si lo quieres en concepto más cristiano, mira cómo la Providencia nos castiga porque no supimos merecer la felicidad que puso entre tú y yo. Desde aquél día tu vida y la mía no han sido más que una larga cadena de padecimientos, y hemos venido a recobrar la paz y a encontrarnos nuevamente cuando ya el sol de la tarde está tan cerca del horizonte.

—Es verdad, amiga mía, mi querida Eugenia; pero podemos decir como Desaix en la batalla de Marengo: hemos perdido una felicidad, pero aun podemos ganar

otra: aun queda sol para iluminar un buen trozo de nuestro día.

—¿Qué locura, Roberto! ¿Crees tú que pueden brotar flores de la unión de dos otoños?

—Posible sería, Eugenia; pero si no es el caso de que se unan dos otoños, es muy fácil que se unan dos primaveras.

—¿Dos primaveras?... ¿Qué quieres decir, Roberto?

—Que con toda solemnidad y al mismo tiempo con todo el ardor de mi alma te pido para mi hijo la mano de tu hija.

—¿Tu hijo!— exclamó, poniéndose en pie, anhelosa y palpitante y con una ansiedad vivísima pintada en el rostro.—¿Pero quién es tu hijo, Roberto, por Dios?

—¿No lo has adivinado? Es ese muchacho que te envuelve en una atmósfera de simpatía y que lleva tu nombre como una promesa de felicidad y de espíritu superior.....

—¿Eugenio!... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Ahora sí que lo comprendo todo!—dijo con un grito que le brotaba desde el fondo del alma.—¿Esos ojos, esa mirada, este afecto casi maternal que he sentido por él desde el primer momento! ¿Y cómo el corazón no me dijo tu nombre en sus latidos, cuando delectaba el rostro de ese niño para escudriñar el secreto de su simpatía?

Y la pobre Eugenia se dobló llorando en la silla, y yo no pude menos de contagiarme con su emoción y con sus lágrimas.

—¡Gracias, Señor!—continuó diciendo con verdadera exaltación.—¡Aunque hayan sido tantos mis padecimientos, no esperaba tanta compensación ni este desquite que excede a todas mis ilusiones!

—¿No es verdad, Eugenia, que aun queda mucho sol para nosotros y que aun durará mucho la luz de nuestro día, aunque sea luz de atardecer?

—¡Ah, sí, amigo mío! No te imaginas cuán feliz me siento: también tiene el otoño sus alegrías y sus encantos. Pero díme: ¿cómo ha ocurrido esto? ¿cómo ha venido Eugenio a conocer a mi Lucía?

—Ha sido una inspiración del cielo. Por medio del buen amigo a quien tú todavía no conoces, recibí tu manuscrito, el de “Espinass de una flor”, y por él supe dónde te hallabas y tuve noticias de que tenías una hija de 17 años; inmediatamente tuve la idea de venirme aquí con Eugenio, porque estaba seguro de que él y tu hija, apenas se vieran, se sentirían inclinados el uno al otro y nacería entre ellos el primer amor, como había nacido entre nosotros a las primeras miradas. Nada dije a Eugenio de mis proyectos, sino que le pedí, sin explicarle para qué, ni la razón, que ocultara su verdadero apellido y mi presencia en Las Gaviotas; y dejé lo demás al cuidado de la Providencia. No quiero referirte qué inmensa fuerza de voluntad he necesitado en estos días para permanecer oculto y no correr hasta tí cuando te veía desde lejos. Y suce-

dió lo que yo había adivinado: los muchachos se vieron y se amaron y tú sentiste desde luego por él maternal simpatía, como él ha sentido por tí filial cariño desde el primer momento.

—Sí, sí; en verdad esto ha sido providencial.

—La Providencia nos acercó en otro tiempo, pero nosotros pasamos al lado de la dicha sin cogerla; nos castigó con el dolor por no haber sabido aprovechar sus dones; pero ahora nos devuelve la felicidad en nuestros hijos en igual forma y también por medio de un afecto tan vivo como espontáneo, tan vigoroso como puro. Cayó sobre nuestro afecto la mortaja de los días, pero vivió como semilla bajo la nieve y hoy retoña en esos dos muchachos. ¡Míralos, Eugenia!

En esos momentos, Lucía y Eugenio de pie sobre una roca, tomados de la mano, miraban hacia el mar, a poca distancia de nosotros, y veíamos perfilarse sus elegantes siluetas sobre el vivo rojo de la puesta del sol, mientras la brisa agitaba blandamente los cabellos de la niña y jugaba con el suelto traje del apuesto muchacho: la leve ondulación del mar, más allá de donde estaban ellos, producía el efecto de que eran ellos y la roca en que se alzaban los que se movían en blando movimiento, y parecían navegar hacia la luz, unidos de las manos, en medio de un nimbo de dorados resplandores.

Buscó mi mano la de Eugenia que temblaba, y que estrechando la mía me dijo:

—Allí estamos tú y yo: la vida se ha repetido para nosotros.

—Y nos ha traído la dicha dándola a nuestros hijos.

—El amor que nos tuvimos, purificado aún más y ennoblecido por el dolor, ha reflorecedo en esos niños y es la mejor herencia que podemos darles. ¡Pero estamos ante el sol poniente, Roberto!

—Pero sol que renacerá mañana con nuevos esplendores para repetir su ciclo luminoso y bienhechor.

—¿Y no los encuentras muy muchachos?

—Nó, Eugenia: tu hija tiene 17 años, el mío 23: no les mezquinemos la felicidad; acordémonos de nuestra historia y no dejemos otra vez pasar la dicha sin cogerla. Te doy mi palabra de que Eugenio es digno de ser hijo tuyo y esposo de tu hija: es un muchacho valiente, inteligente y juicioso; se crió en la escuela de la adversidad; en él encontrará Lucía “una alma grande en que puede cobijarse la suya como una avechilla en un nido caliente y seguro.”

Besé sus cabellos, que daban reflejos de plata bajo la luz de la tarde, y con su brazo en el mío fuimos en busca de nuestros hijos para hacerles la solemne entrega de su dicha.

Todo ha quedado arreglado: apenas

pasen las vacaciones, quedará anunciado oficialmente el matrimonio de nuestros hijos y éste se efectuará en Junio próximo.

Hasta luego, mi querido amigo y gracias mil y mil veces.—Roberto.





VII.—Últimas cartas

9 de Febrero. — Queridísimo amigo nuestro:

En medio de nuestra felicidad, nuestro pensamiento vuela hacia el que ha sido el instrumento providencial de ella, hacia tí que con la publicación de “Flor de un día” abriste el camino de nuestra dicha.

Recibe, pues, junto con este testimonio de nuestra profundísima gratitud, los estrechos y efusivos abrazos que te envían tus amigos del alma:—Eugenia-Roberto.

Santiago, 10 de Febrero.—Eugenia (y no agrego a tu nombre ningún calificativo porque él resume para mí cuanto hay de más grato y de más tierno):

Al llegar me he dedicado a preparar desde luego el nido de nuestros hijos. Y a este propósito quiero pedirte un gran favor y espero no has de negármelo, y es el de que me ayudes a reconstituir en cuanto es

posible nuestra historia.

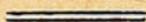
He conseguido comprar la casa de la calle de la Compañía donde tuve la fugaz felicidad de conocerte y amarte y quiero ofrecerla, por conducto tuyo para que le sea más grata, como regalo de boda para Lucía, y con el deseo de que tú vivas con ellos.

Cuando vuelvas, encontrarás en la casa un piano igual al tuyo y sobre el piano una flauta: así Lucía y Eugenio podrán tocar el “Maestoso” de Chopin y en pos de éste el “Rondó vivace”, que forma el final del concierto y que es, como tú sabes, un verdadero canto triunfal.

Estoy con el corazón entre ustedes, Eugenio se quedará allá y las acompañará para cuando regresen: aquí les esperan mis otros hijos, que arden en deseos de conocer a su nueva hermana y su nueva familia.

Hasta luego hermana mía.—Roberto.

EL LIBRO VIEJO





Quando scroscia la piovà, fischia il vento
E nella notte latra la tempesta,
Se dal freddo origlier levo la testa
Chiamarmi da lontano un urlo sento:

E sui cubiti allor, pien di spavento,
Mi levo, ascolto, e il respirar s'arresta:
Ah! la conosco, la conosco questa
Implacabile voce di lamento!...

Eppur nella città dorme ogni cosa;
Eppur l'eterno obbligo l'ossa conforta

Sotto le pietre bianche alla certosa;
Sola tu, sola tu, dietro la porta
Del monumento tuo vegli gelosa
E mi chiami e mi vuoi, povera morta!

R. Stecchetti.





I

Cada día estaba más contento de aquel sitio de vacaciones y de descanso: después del intenso trabajo intelectual de un año entero y que se había prolongado durante los tres primeros meses del nuevo año, no podía haber encontrado un lugar más hermoso y apacible, más tranquilo y luminoso, más adecuado para quien quería vivir algunos días apartado de ruidos y de agitacione- nes. Los buenos Padres me habían dirigido a aquel apartado convento, me habían acogido en él con sencillez y cordialidad y estaba allí completamente a mis anchas.

Imaginen los lectores un estrecho valle de dos o dos y medio kilómetros de ancho, entre dos cordones de montañas que lo cerraban por el oriente con una angosta garganta, se abrían en seguida para abrazar y cobijar el valle y volvían a cerrarse allá, al poniente, a unos siete u ocho kilómetros; por la garganta penetraba un este-

ro de abundantes aguas, casi un río, y corría a lo largo del valle partiéndolo en dos porciones casi iguales e iba a perderse en el desfiladero de la opuesta extremidad; el valle, en ese mes de Abril, estaba alfombrado de un espléndido tapiz de verdura, y los cerros ostentaban abundante vegetación, en que no faltaban algunos manchones de bosques diseminados por aquí y por allá.

Pues bien, a la izquierda de la garganta de entrada del río y en plena falda de uno de los cerros, se hallaba el edificio del convento, edificio que nada tenía de conventual, sino que era una antigua y espaciosa casa de campo, a la cual se había agregado una capilla. Desde los corredores exteriores del edificio se dominaba el panorama espléndido del valle, el río, los cerros, los pequeños caseríos sembrados en ese ancho espacio; el sordo rumor del estero, que entraba precipitada y locamente por el vecino desfiladero y las frescas y perfumadas brisas del sur y del mar arrullaban el sueño de aquella tranquila mansión; la saludaban por el interior las primeras luces del amanecer, y no moría el sol en los más lejanos cordones del poniente sin enviar al convento sus últimos fulgores.

Y allí, en aquella apacible morada, tenía yo mi alojamiento, una pieza modesta pero abrigada y cómoda, y allí vivía en compañía de los tres religiosos que formaban la comunidad.

El superior o prior, el Padre Miguel,

era un religioso de unos 50 años, muy vivo y alegre, de una actividad de ardilla, trabajador incansable: oficiaba, predicaba, salía a hacer confesiones y era el mejor auxiliar del cura—cuya iglesia parroquial se elevaba en el mismo valle, al otro lado del río—, y no se le veía un solo momento desocupado.

Tenía por compañeros a dos hermanos legos, fray Alejo y fray Juan, que eran dos verdaderas antítesis.

Fray Alejo era un anciano de 65 a 70 años, alto, delgado, moreno pálido, grandes ojos negros y fisonomía de enérgicos rasgos, templados por una mirada melancólica y por un modo de hablar muy suave y reposado; pero al verlo, se comprendía que en su juventud debía haber sido un hombre de mucha empresa, y que, si así como se dedicó a la vida religiosa, se hubiera dedicado a la vida mundana, habría sido un mozo gallardísimo y un gran conquistador de corazones y capaz de vencer en la vara a los más forridos guasos. Trabajaba poco, por causa de su edad, era un tanto taciturno pero no brusco ni mucho menos, y sus dos compañeros le manifestaban profundo cariño.

El otro, fray Juan, tenía unos 45 años, era pequeño de estatura, gordito, siempre alegre y risueño, hablaba como una tarabilla, con muy felices ocurrencias y sin dejar un momento de trabajar: era el ecónomo del convento, hortelano de gran mérito, há-

bil cocinero, vinicultor, tenedor de libros, sacristán, carpintero, pintor y, en suma, ejercía todos los oficios y era de una actividad verdaderamente asombrosa.

Los tres compañeros eran muy de mi gusto, pero prefería yo siempre conversar con fray Alejo, en parte porque el Padre Miguel y fray Juan estaban siempre afanados en sus quehaceres, y en parte porque fray Alejo era un sujeto aún más atrayente que los otros, persona de gran ilustración a pesar de ser un simple lego, y porque una vez roto el hielo de su taciturnidad y su reserva era un hombre de conversación interesantísima y muy instructiva y amena. Había sido profesor de latín y de otros cursos en el convento matriz de Santiago y ello le había dado más campo para extender sus conocimientos.

No había, sin embargo, mucho tiempo para conversar. De madrugada y después de un suculento desayuno que me servía fray Juan, tomaba yo la escopeta y, precedido de un buen perro que había en el convento, me lanzaba por los cerros o por el valle para cazar y andar, y no regresaba a la hora del almuerzo; después dormía una siesta corta y volvía a mis cácerías y mis andanzas hasta el obscurecer; llegaba rendido a comer y sólo después de la comida tenía tiempo para conversar algunos momentos con el Padre o los hermanos que se recogían temprano, pues eran más madrugadores que yo.

En estas excursiones recorrí todo el valle y los cerros vecinos, del lado izquierdo del río; y después, pasando por un puente de cimbra que unía las dos márgenes, me dí a recorrer el lado opuesto del valle, visité la parroquia y fuí muchas veces a las casas de una hacienda, denominada de “Los Maiteñes”, situadas allende el río y en posición análoga a las del convento, casas que por entonces estaban casi desocupadas y administradas sólo por un mayordomo.

No podía haber vida más de mi gusto, más tranquila, más saludable, ni sitio más propicio para un descanso como el que yo buscaba. Y para los Padres no podía ser yo un huésped molesto, porque no los estorbaba absolutamente en sus trabajos, y porque no tenían para qué preocuparse de mí. Sin embargo, se preocupaban de que estuviera siempre contento, de tratarme con mucho afecto y de rodearme de cuantas comodidades podían ofrecerme en tan apartado retiro.





II

Como acabo de decirlo, mi compañero de conversación era habitualmente fray Alejo: la gran diferencia de edad que nos separaba hubiera sido un obstáculo para que intimáramos, pues mediaban por lo menos unos treinta años entre él y yo; pero había un punto que nos unió muy pronto, y fué el gusto por los clásicos latinos. Cuando cada cual de nosotros descubrió en el otro esa afición, creo que ambos recibimos el mismo hondo sentimiento de complacencia y vimos que desaparecía la gran diferencia de edad.

Desde entonces aprovechamos, ó aproveché yo, mejor dicho, toda ocasión en que podíamos conversar para entregarnos al placer de la lectura y al comentario de los clásicos, especialmente de Virgilio y Ovidio, mis autores favoritos. Pero donde yo leía lentamente, él avanzaba de corrido, como que la lengua del poeta de Mantua le era

tan familiar como el castellano; y así aquellas charlas eran para mí un manantial de superior deleite, pues el venerable hermano me descubría bellezas que antes apenas había adivinado yo y no había gustado nunca en toda su hermosura.

Mas, con sentimiento mío, eran pocas las ocasiones en que podía brindarme yo el placer de su conversación, por mis incesantes correrías, como acabo de explicar, y porque de ordinario fray Alejo se encerraba en su celda después de la comida, o cena, como ellos la llamaban.

Una noche, revuelta y oscura, en que empezaban a oírse los primeros estallidos de una tormenta de otoño, después de un día de inacción, en que no había podido salir de caza, vagaba yo a solas por los corredores del solitario convento, deseoso de charla y sin hallar quién me hiciera compañía. Me resignaba ya a irme a mi cuarto, a buscar una distracción en la lectura, cuando divisé en el extremo de uno de los corredores, en el que daba frente al río, algo blanco que se agitaba entre las sombras al soplo del viento. Me dirigí allá inmediatamente, en la esperanza de encontrar al Padre o a alguno de los hermanos, y en efecto hallé a fray Alejo, de pie al lado de uno de los pilares, con las manos en la barandilla, erguido y silencioso.

—¿Ud. por aquí y de noche, fray Alejo?—le pregunté, admirado de encontrarlo.

—Sí—me respondió—: la atmósfera es

tá pesada y he salido a respirar el aire libre.

—Tenemos tempestad en toda regla, y va a ser violenta.

—Así parece.

Me dió estas dos respuestas sin dureza alguna, pero cõn acento de persona preocupada y que no está en ánimos de conversación. Para cerciorarme, le dirigí otras dos o tres frases, pero me respondió distraídamente.

Nos quedamos callados, él siempre de pie, erguido, y yo de codos en la barandilla del corredor. El viento zumbaba lúgubremente a lo largo del edificio y corría desenfrenado por el valle sacudiendo los árboles con furia creciente; llegaba hasta nosotros, a ratos, el aleteo de las hojas arrancadas por el vendabal y el sordo rumor del río que se retorció allá abajo bajo el azote de la tormenta; y a ratos también fulguraba el relámpago, seguido de un trueno horrísono y caían verdaderos diluvios tan violentos como cortos; y allá, a lo lejos, veíamos brillar las débiles luces de las casas de Los Maitenes, veladas a rato por el espesor de la lluvia.

Por asociación de ideas, la grandiosa y lúgubre escena de la tempestad nocturna trajo a mi memoria un soneto italiano, y se me ocurrió comunicar aquella impresión a mi vecino.

—¿Comprende Ud. el italiano, fray Alejo?—le pregunté.

—Lo bastante para coger sólo la idea—
me respondió.

—Se lo pregunto, porque esta escena de
tempestad me hace recordar un bellissimo
soneto de Stecchetti.

Y le recité en seguida, lentamente para
que apreciara todas las palabras:

Quando scroscia la piova, fischia il vento
E nella notte latra la tempesta,
Se dal freddo origlier levo la testa
Chiamarmi da lontano un urlo sento;

E sui cubiti allor, pien di spavento,
Mi levo, ascolto, e il respirar s'arresta:
Ahi! la conosco, la conosco questa
Implacabile voce di lamento!...

Epur nella città dorme ogni cosa;
Eppur l'eterno oblio l'ossa conforta
Sotto le pietre bianche alla certosa;

Sola tu, sola tu, dietro la porta
Del monumento tuo vegli gelosa
E mi chiami e mi vuoi, povera morta!

Noté que fray Alejo salía completa-
mente de su abstracción y oía muy atenta-
mente; al terminar, se me acercó y me dijo:

—Se me han ido muchas palabras, pero
eso me parece muy hermoso. ¿Podrías dar-
me una traducción?

—Le ofrezco para mañana una hecha
con cuidado.

—Nó; no quiero una traducción litera-
ria, sino literal, sencilla y en prosa.

—Pues con mucho gusto.

Y le dí la siguiente:

“Cuando chasquea la lluvia, el viento

silba y la tempestad aúlla durante la noche, si de la fría almohada levanto la cabeza, oigo un grito que me llama desde lejos.

“Al punto, lleno de espanto, me levanto sobre el codo, escucho y se me detiene el aliento. ¡Ay! ya conozco, ya conozco esa voz implacable que se lamenta!

“Sin embargo, todas las cosas duermen en la ciudad; sin embargo, el eterno olvido conforta los huesos bajo las piedras blancas de las sepulturas.

“¡Sólo tú, sólo tú, tras de la puerta de tu sepulcro, velas celosa, y me llamas y me quieres, pobre muerta!”

¡Con qué atención ansiosa, casi anhelante, oyó fray Alejo esta composición! Tan hondamente lo conmovió la poesía, en medio de aquella noche de tormenta, que al decir yo las últimas frases, me tenía cogidos los brazos y parecía beberse cada palabra. Guardó profundo silencio, cuando concluí, y después de un momento me soltó los brazos y me dijo:

—Verdaderamente, es muy hermoso eso.

Y volvió la vista para mirar nuevamente, con mirada perdida, hacia el río, hacia la orilla opuesta, hacia la negrura de la noche que se extendía delante de nosotros.

—Muy hermoso—agregué—, pero de un romanticismo lúgubre: eso no es para la vida real.

—¡Quién sabe!—respondió distraídamente otra vez.—Suelen verse en la vida

cosas que parecen fruto de una imaginación enferma.

Quise seguir conversando, pero guardó silencio y poco después se despidió y se recogió a su celda.





III

A la mañana siguiente el día se inició frío y amenazador. Me levanté y salí a cazar y en ello empleé la mañana, pero mientras almorzábamos comenzó otra vez a llover y la lluvia me impidió volver a salir. Me quedé paseándome por los corredores de la casa, pero el frío me hizo huir de ellos y acogerme a mi celda, en el momento en que fray Juan instalaba en ella un magnífico brasero colmado de ascuas.

Quise meterle conversación, pero no me la siguió porque tenía mucho que hacer; pregunté por el Padre Miguel y había salido a una larga confesión a caballo, a pesar de la lluvia; en cuanto a fray Alejo, estaba en su celda ocupado en escribir y no quise perturbarlo. Por indicación del hermano Juan, me dirigí a la pequeña biblioteca del convento en busca de algún libro, tomé de un estante el primer tomo de las "Memorias de Ultratumba" de Chateaubriand y me

lo llevé a mi pieza, donde me encerré a leer, encantado de haber hallado uno de los libros más hermosos que se han escrito y que ha producido siempre la más grata impresión en mi ánimo.

Me encontré con una edición chilena de la Imprenta del Mercurio, de Febrero de 1851, edición modesta, algo amarilla por causa de la edad, pero en buen estado. Abrí al azar en la página 74 y empecé a leer. La traducción no era mala, pero la edición muy descuidada y la corrección de pruebas desastrosa; mas, lo interesante del asunto me hizo sobrellevar con paciencia los errores de la composición tipográfica.

La página que me cayó ante la vista era una de aquéllas en que Chateaubriand refiere su delirio de amor, esto es, su pasión de niño por una mujer que no existía y que sólo era un fantasma de su imaginación, pero de la cual llegó a enamorarse hasta el padecimiento.

“Este delirio duró dos años enteros—decía aquella página—, en los cuales las facultades de mi alma llegaron al más alto grado de exaltación. Yo, que ya hablaba poco, dejé de hablar del todo; yo, que estudiaba algo, arrojé los libros; mi gusto por la soledad redobló. Tenía todos los síntomas de una pasión violenta: mis ojos se cavaban, enflaquecía, no dormía ya; andaba distraído y bravío. Mis días pasaban de una manera salvaje, extravagante, insensata y sin embargo llena de delicias.”

“Cuanto más triste era la estación— agregaba después—, tanto más estaba en relación conmigo: el tiempo de las escarabas, dificultando las comunicaciones, aisla a los habitantes de los campos y entonces se siente uno más al abrigo contra los hombres. Hay un carácter moral inherente a las escenas del otoño: esas hojas que caen como nuestros años, esas flores que se marchitan como nuestras horas, esas imágenes que huyen como nuestras ilusiones, esa luz que se debilita como nuestra inteligencia, ese sol que se enfría como nuestros amores, esos ríos que se hielan como nuestra vida, tienen relaciones íntimas con nuestros destinos.”

Estas ideas se avenían bien con el estado del tiempo, cautivaron pronto mi atención y me entregué de lleno a la lectura.

Pero a poco de estar leyendo, noté que de cuando en cuando había algunas letras cuyos ojos o huecos estaban rellenos con tinta: atribuí esto a un defecto de impresión, a desgaste de los caracteres, pero después observé que la tinta del relleno era más amarilla que la de la impresión, como si hubiera sido hecho posteriormente y con tinta ordinaria; y en seguida comprobé que no sólo estaban entintadas las letras que tienen ojos o huecos, como la a, la e, la o, la n, la c, sino también otras que no los tienen, como la l, la i, la f.

Aquello no podía proceder, pues, de la impresión, de la tipografía, sino que proba-

blemente había sido hecho de propósito, como suelen hacerlo los niños en el colegio; mas, como no eran muchas las letras así señaladas en cada página, se me ocurrió que la señal debía tener un propósito definido, quién sabe si constituía una misiva, una carta escrita de modo que no cayera ante ojos que no debían verla.

Suspendí la lectura y volví atrás en el libro hasta encontrar el punto de partida de las letras marcadas, y cuando lo encontré, me fijé en ellas y tuve la ocurrencia de ir escribiendo en un papel, una a continuación de otra, todas las letras señaladas. Así lo hice y al cabo de cinco minutos tenía en el papel lo siguiente:

“isaBeldeMialmasólotenGoesterecuRso
decomuNicarmeconTigoelpsAntiagOquevaa
LacaSallevaestelibrosinsaBerlaestRatagem
aqUeenCierRaperOcontfíoentusagaCidadYe
ntuaMorparaQueladeScubr”...

A primera vista, esto no tenía sentido alguno: no era sino una amalgama de letras minúsculas y mayúsculas sin orden ni concierto; pero leí en voz alta y al punto descubrí una frase perfectamente construída; volví a escribirla en el papel, poniendo orden en las letras, sustituyendo los signos ortográficos que faltaban y así quedó a la vista este comienzo de carta:

“Isabel de mi alma:

Sólo tengo este recurso de comunicarme contigo. El P. Santiago, que va a la casa, lleva este libro, sin saber la estratagema que

encierra: pero confío en tu sagacidad y en tu amor para que la descubras"...

¡Qué hallazgo aquél! ¡Y cómo bastaban esas frases para suscitar la imaginación y avivar la curiosidad! Bien claramente ponían ellas de manifiesto que se trataba de algún amor contrariado, en que los amantes se hallaban impedidos para comunicarse entre sí; y en tal situación, el enamorado aprovechaba la visita de un religioso a la casa de la dama para enviarle aquel libro, las "Memorias de Ultratumba", en el cual había escrito su carta de amor por tan curioso sistema; y la enviaba sin que el referido Padre Santiago sospechara qué era lo que llevaba consigo. Era evidente además que la dama debió haber sido inteligente y que correspondía al amor del galán, pues así lo manifestaba la última frase: "Confío en tu sagacidad y en tu amor para que la descubras". ¡Y qué mensajeros usaba aquel enamorado: Chateaubriand y un religioso de aquel convento en que estaba yo hospedado!

Era visible también que la fecha de la carta debía ser bastante antigua, pues la tinta había tenido tiempo para tornarse amarillenta, con el amarillo de la herrumbre y de los años.

Vivamente excitada mi curiosidad por tal descubrimiento, seguí trabajando en ir copiando en papel separado las letras señaladas en el libro y después en ir poniendo en forma legible la misiva. El trabajo me

ocupó mucho tiempo, pero el asunto era tan interesante que no sentí pasar las horas; y aunque la labor hubiera sido mucho más penosa todavía, habría sido de sobra compensada con el resultado que obtuve.

Había pasado toda la tarde y llegado la obscuridad de la noche cuando terminé mi tarea, y al tocar la campana que nos llamaba al refectorio, ya tenía en limpio las cartas siguientes:



IV

“Isabel de mi alma:

Sólo tengo este recurso de comunicarme contigo. El P. Santiago, que va a la casa, lleva este libro, sin saber la estratagema que encierra: pero confío en tu sagacidad y en tu amor para que la descubras.

¿Hasta cuándo hemos de soportar la persecución de que somos víctimas? Si no fuera por tí, Isabel mía, ¡qué poco duraría esa persecución! ¡cómo estrujaría entre los brazos a Felipe y aventaría su odio con mis dedos! Pero es tu hermano y no debo atentar contra él. Mas ya es tiempo de que esto acabe, de que tengas valor, de que te resuelvas a que saquemos la tiranía odiosa que goza en separarnos y hacernos padecer, y busquemos el camino de nuestra dicha.

Tú me quieres como te quiero yo: ¿por qué, pues, seguimos soportando irracionales caprichos? Acepta lo que voy a decirte, y tendrá término próximo la desgracia. Co-

nozco bien las casas; me será fácil llegar hasta tus habitaciones, mientras me espera un buen par de caballos, tomarte en mis brazos y sacarte a pesar de los perros y de los inquilinos de tu hermano. La parroquia está cerca y a ella nos iremos inmediatamente; y después, que vengan ejércitos de peones a arrancarte de mí, y verán lo que es el ánimo de un hombre enamorado y resuelto.

He hablado con Felipe, he tratado de convencerlo, he hablado a su razón y a sus sentimientos, he rogado, he suplicado, he llegado a pedirle de rodillas y llorando que no se oponga a nuestra felicidad; y ni razones, ni súplicas ni lágrimas han logrado vencerlo, sino que sigue en sus odios y en sus crueldades.

¿Qué más espero? Ya no debemos soportar más, Isabel de mi alma; el esperar supone razón, y ya no la tengo: son tan negros mis días, tan desesperadas mis noches que siento que se extingue la luz de mi inteligencia. Me es intolerable la soledad de mi casa, y me desespera mirar desde esta altura tu casa y tus jardines, donde otros días felices hablé contigo y cambiamos nuestras purísimas expresiones de amor; y salgo desesperado por las noches, a vagar como un fantasma, lo más cerca de tí que me es posible, capaz de mil locuras, y aun lo sería de prender fuego a tu casa para aprovechar el desorden y la agitación de los demás y sacarte de allí e ir contigo muy lejos, a donde

no nos alcancen las maldades de los hombres.

Ten piedad de mí, Isabel; ten piedad de tí misma: hagamos valer nuestro amor y busquemos el término de nuestros padecimientos. Una sola palabra tuya e iré a buscarte, si no quieres que una de estas mañanas muera de desesperación y de dolor junto a los muros de tu casa. Espero tu respuesta con ansias infinitas; no me dejes padecer por más tiempo. Hasta luego, amor mío; luz de mi alma, hasta luego.—Francisco.”

La respuesta a esta carta había vuelto por el mismo sistema, pero más difícil de leer porque había en las páginas del libro muchos goterones que habían borrado las marcas de las letras: ¡cuántas lágrimas se habrían derramado sobre esas páginas!

“Mi Francisco:

No sabes tú lo que me ha hecho padecer tu carta: ¡si tú supieras cómo he llorado sobre este libro! ¿Crees acaso que soy menos desgraciada que tú?

He suplicado tanto a mi hermano y a mi madre, pero me encuentro entre la dureza y crueldad del uno y la debilidad de la otra, y no me dejan vislumbre de esperanza; pero la desesperación no hace más que avivar y enardecer mi amor. ¡Si desde que nos vimos por primera vez no vivo más que para tí, si no tengo otra luz en mi vida, si muchas veces he estado a punto de huir de estas torturas para ir, a través del río, a bus-

car el amparo de tu firme brazo y el apoyo de tu pecho, que yo sé noble y leal!

Pero renunciemos a estos proyectos descabellados, Francisco, por compasión. Me rodean como una fiera enjaulada, con un cerco de cerraduras, de peones y de perros; los inquilinos me quieren y tienen compasión de mí, pero más que la compasión puede en ellos el temor que mi hermano les inspira: cualquiera tentativa de tu parte sería aumentar nuestra desgracia. ¡Nó, por Dios, Francisco, amigo mío, no vengas nunca!... Imagina mi terror y mi desesperación al verte atacado como un saltador y expuesto al peligro de morir. Me volvería loca.

Tengamos paciencia, por favor: mis lágrimas, mi salud que decae con tantos padecimientos, lograrán al fin ablandar a mi hermano y él consentirá en nuestra unión.

Por Dios, por tu fe y la mía, por nuestro amor te lo suplico: tengamos paciencia, no hagas ninguna locura; espera, y yo te aseguro que no habrá fuerza humana capaz de borrarle en mi cariño ni faltar al amor que te tengo. Estamos desposados con el alma y nada podrá desunir nuestros corazones.—Tuya para siempre.—Isabel.”



V

No había en el libro más que estas dos cartas, que eran dos gritos de pasión y de dolor: el resto de las páginas no ostentaba marca alguna.

Me fuí ansioso a la biblioteca a buscar el segundo tomo de las Memorias, mas no hallé nada en él. Pero esas dos cartas bastaban para excitar vivamente mi curiosidad y moverme a buscar la explicación de tales documentos y conocer toda la historia.

¿A quién interrogar? El Padre Miguel no llevaba más de cinco años de residencia en el convento; fray Juan menos aún; fray Alejo era el más antiguo en la casa, y el mayor de edad de los tres: a él, pues, me dirigiría. Pero ¿querría él referirme, en caso de conocerla, una historia de amor, de pasión y de locura, como la que dejaban entrever las cartas; él, que era un asceta y que se pasaba la vida entre la oración y la lectura de los libros santos, y que de las cosas profa-

nas sólo sabía de su Virgilio y demás clásicos de la antigua Roma?

En toda caso, nada perdería con interrogarlo.

Esa noche no pudo ser, porque el frío hizo que los tres religiosos se recogieran muy temprano. Pero el día siguiente fué luminoso y tibio, y en la noche, después de la cena, ví a fray Alejo pasear solo por los corredores, a la luz de la luna, y me acerqué a conversar con él.

Conversamos de cosas indiferentes y entré indirectamente en materia, a propósito de las luces lejanas de las casas que formaban “pendant” con el convento al otro lado del río.

—Si no estoy equivocado, hermano—le dije—, en otro tiempo debe haber habido toda una historia de amor entre uno de los habitantes de esas casas del otro lado del río y otro de otra de las de por aquí.

Me miró fray Alejo con ojos que ví brillar entre las sombras y me preguntó:

—¿Por qué me dices eso?

—Porque ayer he hecho un descubrimiento muy interesante: unâs cartas de amor y de desesperación, escritas por un sistema muy curioso en el primer tomo de las “Memorias de Ultratumba” de Chateaubriand, y que han excitado vivamente mi curiosidad: talvez usted pueda descifrar-me el misterio.

Y le expliqué el hallazgo que había hecho en el libro del autor de “Los Mártires”.

—Pues, hombre, no creía que todavía estuviera ese libro en la biblioteca. ¿Y has leído tú esas cartas?

—Sí; descubrí por casualidad las marcas de las letras, las reuní y pude leer esas comunicaciones. Usted debe conocer esa historia: le ruego que me la refiera.

—¿Y quién te ha dicho que yo puedo conocer ese asunto?

—Por ser usted el más antiguo habitante del convento. Si no, tendré que ir a las casas de enfrente, que supongo serían la residencia de Isabel, para averiguar allí la historia.

—De seguro te contarían alguna conseja en que se mezclara un poquito de verdad con mucho de mentira aliñado por la imaginación popular.

—Por eso mismo, si Ud. conoce esa historia, le ruego que sea Ud. quien me la refiera hermano, pues así sabré la verdad pura. Además, le aseguro que el asunto me ha interesado vivamente.

Calló fray Alejo algunos momentos y después contestó:

—Pues si tanto te pica la curiosidad, más vale que te haga yo el relato, pues será más fidedigno. Es una historia bastante triste, y que a mí mismo me hizo una gran impresión, pues ocurrió en mi mocedad y fui amigo del actor de esa historia bastante trágica, de modo que puedo comenzar como Eneas: “Infandum, regina, jubes renovare dolorem”: “Me ordenas oh reina, que

renueve mis dolores con el relato que me pides”. Y has de saber, desde luego, que el personaje de esta historia, fué el antiguo dueño de esta casa y estos terrenos, que él cedió al convento: esas ruinas que tú has visto cerca de aquí fueron el convento antiguo, demolido por un terremoto, y estas casas, donadas por su dueño, entraron a reemplazarlo, poco después de los hechos que tienes tanta curiosidad de conocer.





VI

Hace ya unos 45 años, más o menos, vivía aquí un matrimonio, que tenía un hijo, el único, Francisco Aguilar, un muchacho vivo, inteligente, buena figura, hermoso casi, y que desde chico mostraba carácter resuelto y emprendedor. Sus padres, honrados y sencillos campesinos, eran grandes benefactores del convento, y por corresponder a estos favores, el Superior que había aquí entonces tomó al niño y, con el permiso de los padres, lo envió a la casa de Santiago para darle instrucción. Es frecuente pensar que cuando los religiosos se encargan de la educación de un muchacho inteligente o rico, lo hacen por atraérselo y aprovecharlo o por llegar a lograr su dinero; pero no fué ésa la intención, sino el deseo de educar al niño y corresponder a los beneficios de la familia; y además el muchacho no era para el claustro, pues al llegar a los veinte años, mostraba tener esas grandes pasiones o cua-

lidades que hacen del hombre un santo o un demonio.

En las vacaciones se venía Francisco a este lugar por dos o tres meses y volvía en seguida al estudio; pero a los veintitrés años ya no volvió más. Era todo un mozo gallardo, de hermosa presencia, alegre, generoso, abierto, vivo de genio, violento aún, y capaz así de acogotar a un enemigo como de tirarse a un abismo para salvar del peligro a cualquiera criatura: era un potro lleno de bríos, fogoso; tenía un gran fondo moral, sólida instrucción y honrados sentimientos, pero también era susceptible de peligrosos arrebatos.

A poco de llegar aquí y de dedicarse al cultivo de sus campos, no había muchacha en estos caseríos que no se muriera por él; pero no mostraba el mozo preferencia por ninguna, pues todavía no se le había entrado el amor por las puertas del alma, a pesar de sus fogosidades.

Tenía cerca de veinticinco años cuando murieron sus padres, y murieron bendiciéndole, porque había sido modelo de hijos, y con eso heredó esta casa y estas tierras, que constituían aun entonces una fortuna no despreciable. Francisco lloró a sus padres y se dedicó más que nunca al trabajo, por consolar su pena, y en los ratos de ocio acudía al convento a charlar con el Superior, el Padre Santiago, que lo quería entrañablemente.

Era el principal propietario de este la-

do del río, pero su fortuna era insignificante al lado de la hacienda de “Los Maitenes”, la de allende el río, cuyas casas se divisan desde aquí y que en este momento nos muestran sus luces. Los propietarios de la hacienda, los Argensolas, además de ser muy ricos eran de una empingorotada familia de Santiago, y por entonces se componían de la viuda del hacendado y dos hijos, Felipe e Isabel: él un mozo muy orgulloso, muy terco y muy pegado a los pergaminos de la familia, y ella una muchacha que era una ascua de oro por lo hermosa, por lo buena y por lo fina y pura.

Por aquel tiempo, no había cura en la parroquia del otro lado del río, y cuando estaba en servicio el puente de cimbra, cortado con mucha frecuencia, solían venir los Argensolas a oír misa a la capilla del convento. Y en una de esas veces sucedió lo que tenía que suceder: Isabel y Francisco se encontraron al salir de misa, se vieron, se miraron y en ambos prendió a la vez la chispa del afecto, que después fué hoguera de amor.

Francisco se volvió loco por la muchacha, la siguió desde lejos, la vió pasar el puente y regresar a las casas de Los Maitenes; y como era hombre en quien la acción seguía inmediatamente al pensamiento, al otro día se dirigió a la hacienda y fué a la casa de los Argensolas con el pretexto de una compra de animales.

Lo acogieron bien pero sin cordiali-

dad, como se acoge al campesino acomodado con quien se pueden hacer buenos negocios, pero esto dió motivo para que volviera repetidas veces, y así logró ver a Isabel con frecuencia y hablar con ella; y con el trato y con las buenas prendas de uno y otro, la chispa se volvió hoguera y ambos quedaron profundamente enamorados. En cuanto al hermano y a la mamá, no podían imaginar en su orgullo aristocrático que aquel campesino pudiera tener jamás la insolencia de enamorarse de la niña, ni que la niña cayera en la abyección de sentir amor por aquel campestre galanillo. La madre era una buena señora y a pesar de sus vanidades de familia bien comprendía los méritos del joven, pero era una persona muy débil de carácter e incapaz de defender la felicidad de su hija; y Felipe no tenía más que su opulenta nulidad... ¡oh, perdón, mi amigo! estoy faltando a la caridad!... no era capaz de comprender las grandes cualidades de Francisco.

El enamorado, en su profundísimo y ardoroso cariño y en la dicha de ver plenamente correspondido su afecto, no se dió cuenta de la situación, no supo medir lo que es el orgullo de una familia pegada a su apellido y a sus títulos nobiliarios, y creyó que el amor todo lo puede y resuelve todos los problemas. Y así un día, montando en su mejor caballo, pasó el río, llegó a las casas de la hacienda y pidió hablar con

la señora y con Felipe y planteó franca y dignamente su petición:

—Acabo de cumplir veinticinco años, soy libre e independiente, tengo suficiente fortuna para dar bienestar a mi futura esposa y educación bastante para que sea la reina de mi hogar, y soy un hombre honrado y de limpiísima vida: les pido, pues, que me den en matrimonio a la señorita Isabel.

La señora se puso pálida como un cadáver y Felipe se quedó mudo y rojo de ira, y estallando después en palabras tartamudas contestó entre una lluvia de injurias:

—¿Cómo te atreves tú, gañán infeliz, a pretender a mi hermana? ¿te has creído que una señorita puede ser la esposa de un villano como tú?... ¡Fuera de aquí, insolente, que has abusado del favor que te hemos hecho en recibirte, para poner tan alto los ojos!... ¡Fuera de aquí!

Francisco se levantó pálido con la impresión, y por un momento, según me refirió, tuvo la intención de echar las manos al cuello de Felipe y hacerle pagar ahí mismo sus injurias, pero dominó en él la prudencia, se contuvo y contestó:

—No soy gañán ni villano ni de condición tal que mi amor deshonne a nadie; no he creído ni podido creer que pudiera ser una ofensa mi petición, y así lo ha estimado Isabel, que ha aceptado mi amor y me ha dado el suyo. Apelo, pues, a ella para que resuelva.

Pero estas palabras imprudentes no produjeron otro efecto que el de aumentar la ira de Felipe: no le bastaron las injurias, sino que salió al patio dandé voces para llamar a los sirvientes; acudieron éstos corriendo, de varios puntos, y Felipe les ordenó:

—¡Saquen fuera de aquí, a patadas, a este miserable que ha venido a faltar al respeto a mi casa!

Los sirvientes se echaron sobre Felipe, pero éste derribó a dos que llegaron hasta él.

—¡Que nadie me toque!—gritó con una voz que puso miedo a aquellos hombres.—Yo me iré por mi propia voluntad de ésta que no puede ser una casa decente, puesto que así se trata en ella a un hombre honrado.



VII

Ese día principió el martirio de los enamorados. Felipe comenzó por no permitir que su hermana viniera a misa ni saliera de la casa, y como más tarde sorprendiera las cartas con que ella y Francisco se comunicaban, le puso una verdadera guardia para evitar nuevas comunicaciones y expulsó de la hacienda al que había servido de correo.

Francisco tentaba todos los medios imaginables para hablar o escribir a Isabel, pero Felipe multiplicaba su vigilancia y burlaba todas las astucias del enamorado, y pronto se convenció éste de que cada nueva tentativa suya se transformaba en un nuevo padecimiento para la mujer que amaba, pues el hermano hacía pagar a Isabel en duras palabras y en amenazas los esfuerzos de Francisco. El ama de leche de la niña, antigua sirvienta de Los Maitenes, fué su último medio de comunicación, pues

ella venía aquí alguna vez y traía a Francisco los mensajes de amor de Isabel y llevaba a ésta los fervorosos juramentos de su enamorado; pero esa misma pobre mujer fué arrojada cruelmente por Felipe de la casa en que había servido treinta años.

Francisco esperó entonces en los caminos a Felipe y lo abordaba donde lo veía, para pedirle en todos los tonos posibles que cediera en su testarudez, que permitiera el matrimonio con Isabel; pero ni las reclamaciones enérgicas y vigorosas del amante, ni sus peticiones suplicantes hicieron mella alguna en el obstinado mozo, que no quiso ceder jamás a tales pretensiones. Habló Francisco algunas veces, a hurtadillas, con la madre, y ésta habría cedido, porque podía más en ella el amor de madre que el orgullo de familia, pero nada podía hacer la pobre señora para doblegar la inflexible obstinación de su hijo.

Entre tanto los dos muchachos padecían cruelmente.

Intervino entonces el P. Santiago, que procuró influir con la señora y con Felipe, mostrándoles las grandes cualidades de Francisco y haciéndoles ver que era un mozo capaz de hacer la felicidad de Isabel. Pero nada consiguió sino que un día le respondiera el hermano:

—Mire, Padre: si vuelve Ud. a amparar aquí en mi casa esa pretensión humillante, a Ud. mismo lo hago arrojar de aquí con mis sirvientes, y dejará Ud. los hábitos

en los colmillos de mis perros.

Es increíble tanta oposición ¿no es verdad? Pero en las cabezas que no tienen otro mérito ni otra idea, el orgullo de un apellido llena todo el horizonte y no deja pensar en nada más. Ellos eran Argensolas, de lo más granado de la aristocracia santiaguina, gente de antigua e ilustre alcurnia, con títulos nobiliarios procedentes desde los más remotos reyes de Castilla, mientras que Francisco no era más que un campesino de padres modestos, de abuelos absolutamente ignorados, fruto del terruño, apreciable como producto agrícola, pero socialmente insignificante y nulo: ¿cómo tolerar la mezcla de la fina sangre azul de la hermosa y aristocrática niña con la sangre roja, espesa, gorda de un aldeano que apenas se llamaba Aguilar, es decir nadie? Tales cruzamientos son buenos para mejorar las razas vacunas o caballares; pero de ninguna manera las familias humanas.

El pobre mozo se consumía entre la profundidad de su amor, la violencia de sus pasiones y el persistente rechazo que padecía. Muchas veces volvía aquí, después de alguna nueva e inútil conferencia con Felipe, en que había tenido que hacer grandes esfuerzos sobre sí mismo para no estrujarlo entre los hereúleos brazos, y volvía palpitante y quebrantado y entonces se le veía llorar como un chiquillo, en las sombras y en el silencio, a la vista de la man-

sión de su amada.

Pero no creas tú que Francisco se abandonará flacamente a su desesperación, nó: nosotros le veíamos aquí luchar heroicamente por vencer y dominar su estado de alma, y buscar el alivio moral en medio de los trabajos más rudos así como en la oración más fervorosa. Pero su amor no era sensualidad, sino sentimiento: los apetitos y las rebeldías de la carne se vencen con la voluntad, la oración y los ayunos, pero su amor estaba en el alma y no en los sentidos; era una sola cosa con su pensamiento y estaba en vela constantemente en su corazón como la lámpara en el santuario.

¿Ves tú desde aquí aquella lucecita que brilla en estos momentos en las casas de Los Maitenes, la que se divisa más a la derecha? Pues esa luz está en la que era habitación de Isabel y brillaba también en aquel tiempo: Francisco lo sabía, y él encendía también aquí su luz, y así se comunicaban sus almas a través del espacio, por encima del valle, por encima del río, en medio de la noche y de la tormenta, como si uno y otro se dijeran por medio de esa luz: “Nuestro amor vela y es superior a todas las violencias y a todos los caprichos humanos”.

Y otras veces se iba Francisco muy de madrugada o al caer la noche a rondar por las orillas del río, cerca de las casas de la hacienda, y allí, venciendo su dolor, entonaba algunos tristes cantares, porque tenía

hermosa voz, como para advertir a Isabel de la constancia y firmeza de su afecto.

¿Recuerdas tú lo que se cuenta de Orfeo en las *Geórgicas* de Virgilio, después de la muerte de Eurídice? Esos versos pintan muy bien la situación de aquel enamorado tan injustamente perseguido:

Por consolar sus amorosas penas,
Al triste són de la doliente lira,
A tí, oh dulce esposa, a tí en la playa
Del mar, a solas con su amargo duelo,
A tí cantaba al despuntar la aurora
Y al declinar la tarde te cantaba (1).

Y muchas veces, en esas ocasiones, llegaban los sirvientes de Felipe, armados de palos y horquetas, para expulsarlo de allí como un animal feroz; pero no se atrevían a tocarle, pues muchos de ellos habían probado ya las temibles manos del enamorado, y a otros inspiraba respeto su profundísimo dolor: se limitaban, pues, a rogarle que se alejara.

(1) “Ipse cava solans aegrum testudine amorem,
Te, dulcis conjux, tecum in littore solus.
Te veniente die, te decedente canebat”.

Geórgicas, libro IV. versos 464, 465 y 466.





VIII

Un día enfermó gravemente una sirvienta de Los Maitenes y el Padre Santiago tuvo que ir dos o tres veces a llevarle auxilios religiosos. Entonces aprovechó Francisco la ocasión para pedir al Padre que llevara a Isabel el primer tomo de las "Memorias de Ultratumba", para que la lectura la consolara; días más tarde volvió el libro por conducto del mismo Padre, que no sospechaba que pudieran viajar en él semejantes mensajes.

La respuesta de Isabel fué un poderoso acicate para Francisco: le hablaba de los peligros que él podía correr en su audaz tentativa, y a él cabalmente lo excitaban los peligros.

Una noche, pues, noche de invierno y de tiempo borrascoso, atravesó el río llevando otro caballo de tiro, dejó escondidas las cabalgaduras en sitio seguro, y avanzó a pie entre las sombras, saltando murallas,

hasta que logró llegar al pie de las ventanas de Isabel y golpeó en ellas. Abrió la niña sin saber qué podía ser aquello y quedó muda de terror al ver a Francisco entrar de un salto pero prudentemente para no provocar el menor ruido.

—¡Isabel, vengo a llevarte!

—¡Por Dios, Francisco! ¡qué locura!

—Ya es demasiada locura nuestra seguir padeciendo por caprichos irracionales: concluyamos, saliendo de aquí.

—¡Oh, nó, Francisco! ¡Eso sería peor que todo!

—¿No tienes confianza en mí, Isabel de mi alma? De aquí iremos inmediatamente al convento, para que el sacerdote nos bendiga, y después iré a dejarte en lugar respetable, a donde no pueda llegar la furia de tu hermano.

—Nó, por piedad, Francisco: eso sería echar a perder nuestra causa: retírate, por favor; ya sabes que te quiero con toda mi alma, pero sigamos siempre por el camino recto.

—¡Y dejamos a tu hermano el cuidado de labrar nuestra desdicha y de perseguirnos odiosamente! Nó, Isabel, ya es bastante padecer: ven conmigo.

Y cogiéndola de las manos, la acercó suavemente a la ventana, sin que ella tuviera valor para resistir. En ese momento overon gritos en la pieza vecina, se aterrizó Isabel y cayó desvanecida; Francisco, sosteniéndola, apagó la luz, y al punto le-

vantó a la niña en sus vigorosos brazos, saltó con ella por la ventana y emprendió la carrera hacia el sitio en que había dejado los caballos.

Avanzó buen trecho, pero luego oyó detrás de sí carreras y gritos de gente que lo perseguía, y entre ellos la voz de Felipe, que azuzaba a los demás:

—¡Búsquenlo!... ¡que no se escape!... ¡Mátenlo como un perro!...

Francisco seguía corriendo, pero los perseguidores procedían de todas partes: alguien lo había visto pasar, seguramente, y lo había denunciado, y por esto ahora lo rodeaban. Buscó los puntos más oscuros y donde había menos ruido, siempre corriendo en dirección a los caballos; pero, tenía que trepar murallas, no muy altas para él, pero difíciles por la preciosa carga que llevaba consigo, y que retardaba su marcha. Al fin, logró vencer todos los obstáculos naturales y llegando a campo más abierto, pudo correr más libremente; pero también era más libre el campo para sus perseguidores, que lo acosaban sin verlo, ya más de cerca. Su vigor era grande y el ánimo resuelto aumentaba sus fuerzas, y así logró sacar ventaja y llegó muy cerca del sitio en que había dejado las cabalgaduras, que eran para él la libertad y la dicha: unos cuantos pasos más y tomaría los caballos, uno solo que fuera, y burlaría a sus perseguidores. Dió esos cuantos pasos, saltos más bien dicho, y buscó entre las som-

bras...

—¡Maldición del cielo!—gritó arrebatado de desesperación y de ira.

Los caballos no estaban allí: los habían substraído diestramente.

Avanzó a pie hasta el río, con nuevos alientos, pero pronto lo rodearon los hombres, algunos de ellos con antorchas de pino. Depositó en el suelo a Isabel y sacando del cinto una pistola se dispuso a defenderse; y como los perseguidores avanzaran, disparó contra ellos con la resolución de una desesperación infinita, resuelto a matar y a morir: hizo dos disparos y cayeron dos hombres por tierra; desarmado ya, cogió piedras y a cada pedrada derribaba un hombre, en medio del vocerío que lo rodeaba, pero de repente se oyeron otros dos disparos y Francisco cayó por tierra herido, sin conocimiento e inerte.

Volvió en sí, algún tiempo más tarde, y se encontró tendido en tierra solo, abandonado; inmediatamente recobró la memoria, y buscó en torno de sí a Isabel, pero no pudo hallarla. Se sintió atacado de una desesperación horrible, pero dominándose siguió buscando a su amada, llamándola en voz queda al principio, y después a grandes voces, con una angustia infinita, como Eneas cuando buscaba a Creusa entre las calles destruidas de Troya asaltada por los griegos:

En mi ansiedad llegué al atrevimiento
De levantar la voz entre las sombras,

Corriendo desalado, y con mis gritos
De angustia y de dolor, llené las calles
Llamando en vano a mi adorada Creusa,
Y una vez y otra vez entre clamores
Su nombre inútilmente repetía. (2).

Gritó desesperado entre las sombras
llamando a Isabel, pero tan sólo le respon-
día el eco triste de las montañas que moría
muy pronto entre las sombras y el silencio;
hasta que, vencido por el dolor moral, por el
dolor físico de las heridas que había recibi-
do y por la sangre que perdía por ellas, ca-
yó por tierra nuevamente, casi exánime y
moribundo.

(2) “Ausus quin etiam voces jactare por umbras
Implevi clamore vias, moestusque Creusam,
Nequidquam ingeminans iterumque iterumque vocavi”

Eneida, Libro II, versos 768, 769 y 770.





IX

Al amanecer lo encontraron algunos hombres y lo trajeron al convento, y aquí pasó muchos días al borde de la sepultura; pero al fin triunfaron su poderosa constitución y su generosa juventud; pero con la salud volvieron las congojas del ánimo.

Mas tuvo un consuelo al saber que Isabel se había salvado en aquella noche fatal: no fué herida, y su hermano la recogió y la llevó a la casa.

Francisco se restableció rápidamente, gracias a su enérgica voluntad de recobrar muy pronto el antiguo vigor para tentar nuevamente lo que él llamaba la salvación de su Isabel; pero a nadie contaba sus proyectos.

Mas así como hay sitios en nuestras montañas a donde no llega jamás un rayo de sol, así también hay amores predestinados para no recibir nunca una sonrisa de felicidad y que mueren fatalmente en el

dolor.

Una mañana vinieron a buscar apresuradamente al P. Santiago, y horas más tarde, al volver éste, se esparció aquí rápidamente una triste noticia. ¿Quién se la dijo a Francisco? Quizás el aire, que se encarga siempre de derramar las malas nuevas cuando las bocas las callan. Poco importa cómo, pero Francisco supo que Isabel estaba moribunda o muerta.

Se quedó pálido como un cadáver y todos creíamos que iba a morir de la impresión: se estuvo en silencio y doblado algunos minutos, y en seguida sin pensar en nada, sin decir una palabra, mudo, sombrío y llevando en los ojos la muerte de su alma, bajó, se encaminó al puente y, como lo halló cortado, se metió a pie por el río, luchó con la corriente, pasó y se dirigió a las casas de Los Maitenes.

Al llegar allí, lo divisaron algunos sirvientes, dieron la voz de alarma y acudieron otros y el mismo Felipe, resueltos a cerrar el paso al intruso, formados en grupo ante la puerta.

—¿Qué vienes a hacer aquí?—gritó Felipe.—¿Vienes a gozarte con la muerte de mi hermana?—¡Véte de aquí! ¡No nos ofendas con tu presencia!

—señor—respondió Francisco, con verdadera humildad e inclinando la cabeza—, señor: no me niegue este único y doloroso favor. Usted nos separó en vida y nos hizo desgraciados: déjeme el pobre consue-

lo de verla por última vez, después de muerta.

—¡Fuera! ¡fuera! ¡atrevido, villano!... ¡fuera inmediatamente!

—¡Señor, por piedad se lo ruego; por compasión, por amor a Dios!

—¡Sal de aquí! ¡No vengas a insultar nuestra pena! ¡Ea, sirvientes: echen fuera a este insolente!

Y levantando Felipe una huasca que tenía en la mano, quiso azotar con ella al enamorado.

Aquello era más de lo que podía soportar la escasa paciencia de Francisco: irguióse, pues, bajo el latigazo, y gritando ¡miserable! ¡asesino de tu hermana! dió un salto terrible, el salto del puma cuando caza en las montañas, y cayó sobre Felipe que ni siquiera tuvo valor para moverse. Francisco lo cogió del cuello y de un brazo, lo apretó y lo sacudió con inaudita furia, pero viendo el pavor y la inmovilidad de su enemigo, lo arrojó con bríos, gritándole:

—¡Cobarde! ¡No sirves más que para martirizar mujeres!

Felipe fué a rodar por el suelo a cinco o seis pasos de distancia. Entre tanto los inquilinos asombrados y amedrentados, no se atrevían a dar ni aún un grito de protesta. Y Francisco, erguido, resuelto, se metió por el patio de la casa, avanzó al interior y, guiado por su propio corazón, buscó la pieza en que debía hallarse el cadáver de Isabel.

Felipe volvió de su aturdimiento y, reaccionando, se levantó furibundo y echó a correr al interior, cogiendo armas en los muebles que encontraba a su paso, y tras él corrieron también los sirvientes para ir a expulsar al enamorado. Llegaron todos en tropel a la pieza mortuoria, pero quedaron clavados en la puerta, silenciosos, mudos, ante la escena que se les presentó: sobre una mesa cubierta de blancas colgaduras, yacía Isabel, en la inmovilidad del eterno sueño, blanca como un lirio, vestida toda de blanco, con las finas y nacaradas manos juntas sobre el pecho; su boca entreabierta parecía sonreír ante el consuelo de la muerte, mientras la rubia y abundante cabellera se desbordaba en ondas que formaban un marco de oro al hermoso rostro dormido para siempre. Y allí, a los pies de la mesa, de rodillas, sollozaba convulsivamente Francisco, oprimiendo entre los labios el blanco velo de aquella novia del sepulcro, sacudido todo su cuerpo por las explosiones de un dolor inacabable, mientras al otro lado del féretro lloraba silenciosamente la pobre madre que no había sabido defender la felicidad de su hija.

Felipe se quedó de pie un momento en el umbral, y sintiendo quizás por primera vez el remordimiento, se adelantó a su vez y cayó también, de rodillas, al pie del cadáver, mientras los demás hombres se descubrían ante el dolor y la muerte.

Volvió al fin en sí Francisco, se levanta-

tó y siempre llorando besó respetuosamente la frente helada de Isabel.

—Sea éste—dijo—nuestro único beso de amor.

Y salió tropezando como un borracho, loco de dolor, sin saber por dónde iba, cerrado a toda luz y a todo consuelo.





X

Por la noche llegó a esta casa, desgredado y casi desnudo, buscó su pieza y se dejó caer, no en su cama sino en el pavimento, y allí permaneció mudo e insensible, sin dar más señales de vida que la convulsión de los sollozos.

Al día siguiente volvió a salir y acompañó a pie el cortejo que llevó el cadáver al campo santo, no muy distante de las casas de Los Maitenes: de allí lo recogieron sus servidores y lo trajeron a la casa, donde volvió en sí sólo para tornar al llanto. “Plorans ploravit in nocte: non est qui consoletur eum”: lloró hilo a hilo durante la noche y no hubo consuelo humano para su pena.

Los días siguientes continuó aquel delirio de dolor: Francisco salía de la casa y se iba hasta Los Maitenes y allí penetraba en la estancia de Isabel, sin que Felipe ni nadie se atreviera a detenerlo; otras veces

se instalaba en aquel sitio donde había depositado a Isabel desmayada en la noche de la fuga, a la orilla del río, y allí se quedaba largas horas en la inmovilidad de una estatua. De él podía decirse lo que de Orfeo cantó Ovidio:

Siete días enteros,
Sumido en su dolor, pasó en la orilla,
Sordo a toda palabra y rechazando
El natural sustento: la honda pena,
Las congojas del ánimo afligido
Y el llanto inacabable día y noche
Fueron el solo pan del desdichado (3).

Una mañana, sin despedirse de nadie, montó en su mejor caballo y se alejó de aquí, siguiendo el curso del río, a lo largo del valle, y ya los habitantes de éste no volvieron a verle y no tuvieron más noticias de él. Pero lo vieron llegar nuestros padres a su casa de Santiago, inconocible por la extenuación y envejecido.

—No vengo a hacerme religioso—dijo—, sino a pedir un asilo donde puedan correr juntas mis oraciones y mis lágrimas. Vengo demasiado lleno del único amor de mi vida, para que pueda entregarme a Dios.

Y allá vivió mucho tiempo, en dura penitencia y continuo trabajo, sin querer ver a nadie de fuera, hasta que los años cicatrizaron las heridas y le devolvieron la

(3)

“Septem tamen ille diebus.

Squalidus in ripa, Cereris sino munere, sedit.

Cura, dolorque animi, lacrimaeque alimenta fuere”.

Metamórfosis, Libro X versos 75, 76 y 77.

paz del alma. Entonces pidió el hábito y entró en la Orden, pero no quiso avanzar al sacerdocio, sino que se quedó de humilde lego.

Con esa ocasión, donó a la Orden esta propiedad, con encargo especial de que la casa fuera ocupada como convento.

Años más tarde, por probarlo, los superiores lo mandaron aquí: obedeció gimiendo y se vió entonces que aun quedaba dolor en el fondo del alma herida. Muchas veces lo vieron por las noches instalado en este mismo sitio, abstraído, silencioso, inmóvil y con los ojos clavados en las lejanas luces de las casas de Los Maitenes; pero nadie se atrevía a interrogarlo.

—Cuando veo aquella luz de Los Maitenes—me dijo un día—, todavía me parece que Isabel vive, y que vela su amor como el mío; y por las noches, en la solitaria celda, despierto a veces creyendo oír su voz como un gemido que me llama tristemente desde el cementerio.

Quisieron sacarlo de aquí para quitarle su pena juntamente con la vista de los sitios de sus padecimientos; pero pidió humildemente que no lo movieran:

—Sólo aquí podré sanar—dijo—con la familiaridad del dolor: lo ofreceré a Dios por... mis culpas.

¿Adquirió alguna vez completa resignación? Dios lo sabe; pero yo que lo conocí puedo asegurarte que su alma era una víctima que ardía perpetuamente como ho-

locausto en la llama de un dolor incurable pero tranquilo y reposado.

Y ésta es la historia ligada con esas cartas que tú has descubierto.

—Bien triste historia, ciertamente, fray Alejo—respondí—, pero aún más interesante que triste. Pero dígame Ud. qué es de Francisco: ¿está aún en la Orden? ¿vive todavía? ¿ha muerto?

—Ya ni su nombre queda: aquí nadie lo recuerda, pues en casi medio siglo han desaparecido dos generaciones, y hasta nuestros mismos compañeros lo han olvidado. Y lo mismo ha ocurrido seguramente en la casa de Los Maitenes: desapareció la madre de Isabel, desapareció Felipe, y los que allí viven ignoran seguramente aquellos tristes sucesos. Pero ya es tarde: acuérdate de que soy un hombre anciano y no me tengas más tiempo bajo el relente de la noche. Rezaré mi rosario antes de acostarme.

Y me despidió sonriendo dulcemente bajo la luz de las estrellas; yo me volví a mi pieza y él se quedó allí rezando y con la capilla calada: su alta silueta, no doblegada aún por los años, se perfilaba en el fondo del corredor como una estatua de mármol.



XI

Pocos días más tarde me despedí del P. Miguel y los dos hermanos, entre repetidas protesta de afecto de todos ellos; y volví al trabajo y a los afanes de cada hora, pero con el recuerdo de los gratos días que había pasado allí y con el de la historia referida por fray Alejo.

Por desgracia, no volví a ver a este buen anciano y amigo. Dos meses después de haberme despedido de él, recibí una carta del P. Miguel, que me decía:

“Mi querido amigo: Nuestra reliquia, el hermano Alejo, se nos va. Como él mostró por Ud. tan paternal afecto y como Ud. le correspondía filialmente, le doy este aviso por si quiere verlo antes de su partida: el pobre está muy grave, y debe Ud. apresurarse.”

La carta tenía ya tres días de fecha. Corté mis trabajos y emprendí el viaje sin perder tiempo absolutamente, hasta la es-

tación de ferrocarril más cercana, y desde la estación me fuí al rápido galope de un caballo hacia el hermoso valle y el apacible convento.

¡Llegué tarde, demasiado tarde! El P. Miguel y el hermano Juan me recibieron muy afligidos y me dieron la triste nueva.

—Hasta el último momento se acordó de Ud.—me dijo el P. Miguel—: ayer lo enterramos.

—Pero a lo menos podré ir a visitar su sepultura.

—¡Ah, sí! Vamos allá. ¡Era un santo!... ¡un santo!—iba repitiendo el P. Miguel, mientras íbamos a buscar la última y definitiva celda de aquel religioso.

Y fuimos al pequeño cementerio anexo al convento y allí nos arrodillamos ante la humilde loza y oramos con lágrimas en los ojos. Al terminar, me fijé en la inscripción, que decía bajo una sencilla cruz:

Aquí yace
el Hermano Fray Alejo, de esta Orden,
Y que en el mundo fué
Francisco Aguilar.
¡Hermanos, rogad por él!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL

14 OCT 1997

FIN

Ca. D. CC
SECC. CHILENA